

An illustration featuring two hands, one light-skinned and one darker-skinned, holding two long, flowing ribbons. The ribbon on the left is a vibrant pink, and the ribbon on the right is a deep blue. The ribbons are held together in the center, creating a visual metaphor for choice or balance. The background is a soft, light pink gradient.

¿Rosa o azul?

Esther Galiano

Esther Galiano

¿Rosa o azul?

Copyright C 2024. Esther Galiano.

Reservados todos los derechos

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del autor del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

Esther Galiano

ISBN: 9798343450323

Sello: Independently published

AGRADECIMIENTOS

Querido lector/a

Antes que nada, ¡gracias por darle una oportunidad a este libro! Tu confianza significa muchísimo para mí y gracias por ser parte de esta aventura.

Con mucho cariño,

Esther

En el amor, como en la moda, a veces los estilos más inesperados crean las mejores combinaciones

PRÓLOGO

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Dormida.

—Ya te veo.

—¡Jooooo! ¡Es que tengo mucho sueño...!

—Hace tiempo, mucho tiempo, se inventó algo para evitarlo. Un grupo de estudiosos se reunió durante días para crear algo que impidiera que los seres humanos volviéramos a tener sueño. Aquellos genios lo llamaron ¡Dormir!

—Je je, muy gracioso, de verdad. Como si tú no tuvieras sueño nunca.

—Como si no te lo hubiera dicho mil veces. El truco es dormir ocho horas cada día, ni más ni menos. Y no lo que haces tú, hermanita, que te vas de fiesta entre semana y, claro, a la mañana siguiente, te das de bruces con la realidad: que tienes que ir a trabajar.

—¡Ay, calla! No estoy para sermones. Te podrás quejar de las veces que salgo, pero no es como si lo hiciera día sí y día también. Anda, pásame la leche y cambiemos de tema.

—Toma. Recuérdame que compre café, que ya queda poco.

—Ok. Te lo recordaré a cambio de que no seas tan pesada. Oye, y hablando de otra cosa, ayer me llamó papá.

—A mí también me llamó, creo. Alguien me llamó mientras me duchaba. Tengo que revisar las llamadas perdidas. ¿Qué te dijo?

—Pues están pensando en ir a visitar a los tíos Agustín y María. Me comentó que el primo Alberto se había prometido.

—¡Caray con el primito Albertito! Pero, ¿sabes qué? Podría estar bien. Hace tiempo que no hacemos nada los cuatro juntos. ¿Qué le contestaste?

—Que lo hablaría contigo. Le dije que lo comentaría contigo y que esta noche le llamaría para decirle una cosa u otra. Yo quiero ir.

—¡Adelante, pues! Déjame que les llame yo luego, así les saludo también, ¿vale?

—Ok, perfecto, así me ahorro saldo.

—¡Qué burra eres! Hablar de saldo para llamar a tu propia familia. Oye, ¿te dijo algo más?

—No. Bueno, sí. Lo típico de todas las llamadas: el breve, pero intenso interrogatorio sobre si ya tenemos novio o no.

—Je je, no te quejes, que les va por rachas. Aunque es verdad que últimamente la han tomado contigo.

—Sí, supongo que por la posibilidad de tener nietos. Ya les dije que todavía no, que no quedan chicos guapos en oferta en el supermercado. Tal vez algún día encuentre a mi príncipe azul.

—¿Ofertas en el supermercado? Ya te vale, me imagino la cara que puso mamá.

—Ya te lo digo yo. Seguro que haría lo de siempre: agacharía la mirada, suspiraría muy fuerte, miraría a papá y se preguntaría en voz baja: “¿Por qué Manuel? ¿Por qué le cuesta tanto encontrar pareja como a los demás, casarse como los demás y darme nietos, como hacen todos los hijos de su edad?”

—Qué bien la imitas. Además, qué manía con lo de los nietos, ¿verdad?

—Sí, supongo que es normal. Además, seguro que luego continuó con lo de “¿por qué tengo dos hijos guapos y no son capaces de tener pareja?”

—Es como si la estuviera viendo. La imitas muy bien.

—Sí, o al menos eso creo. A papá no lo sé imitar tan bien, pero seguro que también hizo lo de siempre: miraría a mamá con su cara de “a mí qué me cuentas” y diría algo así como “María, tenemos dos retoños muy guapos, pero tu hija Esther tiene complejo de Bridget Jones y tu hijo Héctor es mariquita, así que no hay nada que hacer”.

—Pues ya sabes. Búscate un chico guapo y dales nietos antes de que se te pase el arroz, porque lo mío es más difícil. Al menos, hasta que encuentre a un tío que sea capaz de quedarse embarazado como Schwarzenegger en “Junior”.

—Sí, en eso pensaba yo ayer.

—¿En sentar la cabeza?

—No. En un tío con barriga. Bueno, a ti con barriga.

—¡Vaya chispa que tiene mi niña!

—Démonos prisa, que se hace tarde. ¿Te llevo al trabajo?

—Sí, gracias.

1

Nos situamos en la primavera de 2007. A Héctor le encantaba pasear por el parque que tenía cerca de su casa. Le llenaba de vitalidad; absorbía todo el oxígeno que los árboles desprendían. Además, le agradaba que fuera un remanso de paz en medio de la ruidosa y agitada ciudad, con su trajín diario de vehículos contaminantes y personas estresadas por el día a día laboral. Le gustaba pensar que ese parque influía en muchas vidas. Por la mañana temprano, el silencio acompañaba a aquellos que practicaban deporte antes de acudir a su cita laboral. Por regla general, eran chicos y chicas que hacían footing, aunque siempre destacaba como excepción algún ciclista o patinador. En pocos minutos, llegaba el turno de los perros, acompañados de sus dueños, aún legañosos, en busca del desahogo matutino tras una larga noche. Más tarde, se podía ver y escuchar al personal de limpieza, que hacía su habitual puesta a punto, o a niños jugando de arriba abajo, si era día festivo. Por las tardes, el parque se llenaba de gente de todas las edades: desde niños jugando con la pelota o montando en bicicleta, hasta jubilados esperando que se terminara otro día más. Por las noches, la vida del recinto era muy distinta. Los jóvenes hacían acto de presencia desde todas partes, llenando el parque para pasar el rato con amigos, mientras disfrutaban, medio escondidos, de botellones y sustancias no muy legales. Eso, y alguna que otra pareja furtiva que aprovechaba el camuflaje que les brindaban los arbustos para dar rienda suelta a sus sentimientos.

Héctor era un chico de 28 años, con una estatura superior al metro ochenta, moreno, con el pelo corto, siempre bien peinado y con ojos color miel. Era una de esas personas discretas que no llamaban la atención. Más bien callado, pero para nada tímido, era muy observador. Sabía acertar prácticamente siempre en la forma de vestir para cada ocasión. Podía ir de manera joven e informal a una fiesta, o con traje y corbata, sin desentonar en ninguna boda. Siempre “divino de la muerte”. Aunque, también es cierto que esta última combinación era la que más usaba por su trabajo y con la que se sentía más cómodo.

Derrochaba sinceridad, simpatía, seguridad, amabilidad y buen hacer. Y lo había hecho así desde hacía unos años, cuando decidió tomar las riendas de su vida. Años atrás, había sido un joven amargado, apartado del grupo. En el colegio, todos los niños se burlaban de sus gestos afeminados, algo que le amargaba. Cosas del destino. Resulta que todos los niños tenían razón al afirmar que no le gustaban las chicas, sino los chicos. Aunque parezca fácil, la época en la que comenzó a descubrir su sexualidad no fue agradable para él. Ni para él ni para su familia, que no sabían cómo ayudarlo.

Con el tiempo, y una vez cumplidos los 18, se armó de valor, aprendió a aceptarse y, tras unas pruebas fallidas con varias chicas de su edad, descubrió que era una persona perfectamente normal, pero con gustos diferentes a los de sus amigos.

Tras tener sus primeras experiencias con chicos (un inicio muy ligero), comenzó a evolucionar y a conocerse. Una vez traspasada la enorme barrera de la primera experiencia, todo fue más fácil.

Evidentemente, la vida siempre te da una de cal y una de arena, así que tuvo que convivir con la alegría que experimentaba al poder disfrutar por fin de ciertos aspectos íntimos, y la tristeza de sentirse rechazado de forma habitual.

Con el tiempo, las relaciones fallidas le fueron dando más y más golpes, algunos demasiado fuertes. Esto hizo que la personalidad de Héctor se fortaleciera, no permitiendo que nadie se burlara de él. Desde entonces, aprendió a ignorar y a ser selectivo con sus parejas, ya fueran duraderas o esporádicas, sin conformarse con cualquiera. Eso no quitaba que, de vez en cuando, se viniera abajo cuando una relación no funcionaba. En esos casos, era bastante blando y sensible.

Aquella mañana de domingo, Héctor la aprovechaba para dar una vuelta de regocijo. Quería pasear tranquilamente, mostrando a su nueva pareja como si fuera un trofeo recién conseguido, mientras se le iluminaban los ojos al ver que era suyo. Solo suyo. Este chico en cuestión se llamaba Raúl. Era solo unos pocos centímetros más bajo que él, moreno, con el pelo engominado y siempre bien vestido con su traje, corbata y mocasines brillantes, dada su profesión de comercial en una inmobiliaria. Era delgado, sin llegar a ser musculoso, pero caminaba orgulloso de su existencia. Ambos se conocieron dos semanas atrás en un local de ambiente de la ciudad. Se vieron, se acercaron, hablaron durante un rato, y el flechazo fue rotundo.

Pocas veces le ocurría esto a Héctor. Casi siempre conocía a chicos, ya fuera en discotecas, en su trabajo o mediante amigos comunes, pero nunca se prendaba de ellos a la primera. Era más de ir conociendo y dejar que el tiempo pusiera a cada uno en su lugar. Pero a veces, y solo a veces, se quedaba de piedra con una primera mirada. Precisamente ahí comenzaban los problemas para él. Toda la seguridad que emanaba al caminar se desvanecía cuando se enamoraba, pasando de la confianza a la inseguridad; de la decisión a la indecisión; de la felicidad a la tristeza. Quizás, para hilar fino, se podría precisar que ese era su único problema: demasiado enamoradizo.

Héctor y Raúl caminaban juntos, pero separados por el parque. Las miradas que Héctor dirigía a su pareja no eran correspondidas de la misma forma por Raúl, que tenía la mirada perdida, unos ojos tristes, un semblante serio y un andar más pausado. Lo malo de estas relaciones es que, a veces, el silencio de la mañana se rompe con algo más que el trinar de los pájaros.

—Cariño, me gustaría que quedáramos mañana para presentarte a mi hermana. Es un sol; verás cómo te encanta —comentó Héctor de manera entusiasta.

—¿Mañana? No puedo. El viernes tengo una reunión importante, ¿te acuerdas? Terminaré tarde, no merece la pena quedar.

—Bueno, como quieras. Podemos quedar entonces el martes; seguro que podemos los tres.

—Sí, bueno, supongo.

—¿Supones? ¿A qué viene ese "supongo"? Lo has dicho como si no quedara más remedio, como si no quisieras conocerla.

—No me importa conocer a una persona. Conozco decenas de personas al cabo del día. Estoy acostumbrado. Pero... ¿significa de verdad que quieres que esto vaya en serio?

Héctor se quedó mudo durante unos minutos. Ese comentario desgastado sonó casi como el principio de una de esas conversaciones que son preludio de ruptura. El eterno problema de saber hacia dónde va una relación. Se quedó callado, pensando si era más oportuno dejarlo estar y no

darle más importancia, esperando a que todo fluyera como por arte de magia, o cortar por lo sano, plantarse y preguntarle directamente si estaba considerando romper con él.

Pero si algo destacaba en Héctor, a diferencia de años atrás, era que no podía callar. Se había llevado tantas desilusiones y se había repuesto de tantas rupturas, muchas veces acompañadas de faltas de respeto hacia su persona, que había desarrollado una personalidad más fuerte. No estaba dispuesto a que nadie le pudiera herir, ya que sabía que si lo hacían, se desmoronaba con facilidad. Al menos, esta vez intentaría defenderse.

—Escucha, cariño, quiero presentarte a mi hermana porque es una parte muy importante de mi vida. Lo es todo para mí. Estaría muerto de no ser por ella. Es una de esas personas que te animan, te dan confianza, cariño, respeto y asesoramiento. Es sangre de mi sangre, y creo que las dos personas más relevantes en mi vida, es decir, mi pareja y mi hermana, deben conocerse y llevarse bien. En este caso, mi pareja eres tú. Así que si tienes algún inconveniente, me gustaría que me lo dijeras para que lo hablemos y podamos solucionarlo juntos.

Directo y contundente. Héctor había roto la magia que le envolvía unos minutos antes. La poesía del paisaje había dado paso a una situación difícil y tensa.

Héctor se había parado en seco, mirando fijamente a su cabizbajo compañero y obligándolo a detenerse también. Raúl, avergonzado, no podía mirarle a la cara y buscaba cualquier punto de referencia. Temblaba un poco y se rascaba la cabeza levemente. Su respuesta, al menos, pareció ser honesta.

—No estoy seguro de que queramos lo mismo. Tú intentas que entre en tu vida, pero yo... me estaba planteando dejarte hoy mismo.

¡Tocado y hundido! Héctor pedía sinceridad, con demasiada insistencia en todas sus relaciones, y había recibido lo que pedía con creces. No podía dar crédito a lo que había oído. Le miró a la cara, intentando clavarle la mirada en sus ojos, y preguntarle lo más evidente:

—¿Qué?

—Ya lo has oído —prosiguió él con un tono de voz débil—. Creo que he sido claro, ¿no? Yo lo que buscaba ya lo he conseguido. Nos hemos conocido y nos hemos divertido. Te prometo que esta noche ha sido especial, pero ya lo hemos hecho, así que ya está. No me pidas más. Como mucho, volver a quedar para un polvo rápido y ya está.

Esa doble sesión de sentimientos, junto a esa enorme cantidad de "y ya está", provocados por su nerviosismo después de una fiebre del sábado noche entre sábanas, era lo último que se hubiera esperado de cualquiera en una mañana dominical. ¿No podía haberse callado y esperado hasta el lunes? ¿O quizás era mejor así, no dejando que se hiciera ilusiones por algo que era imposible? Sea como sea, eso tumba a cualquiera.

—Me has dejado de piedra, chico. ¿De verdad piensas eso? ¿Solo he sido un polvo de una noche? ¿Es que tengo esa etiqueta? —contestó con un tono algo más elevado.

—Por favor, no te enfades. Tú pediste sinceridad...

—¡Siempre pido sinceridad! Pero eso no quiere decir que quiera que me dejen insultar por cualquiera. —El enfado de Héctor se hacía más que evidente. Se esforzaba siempre en no herir a las personas a su alrededor y ahora, el herido era él. Una vez más, era él.

—¿Hubieras preferido que te mintiera? Dime, ¿hubieras deseado hacerte ilusiones?

—Está claro que no. —Ambos se miraron de reojo, avergonzados por el rumbo que tomaba la conversación.

—Entonces... ¿no volvemos a vernos?

—¡Qué remedio! Si es que no falla. Soy demasiado inocente para no darme cuenta de lo que pasa. Las mujeres se pasan la vida gritando que todos los hombres somos iguales, que solo queremos sexo y que para nosotros los sentimientos no cuentan para nada. Yo siempre defiendo que ellas se equivocan, pero supongo que hay de todo en esta vida: chicos con o sin sentimientos, chicas con o sin sentimientos y cerdos como tú. —El insulto fue rápido y mortal a la yugular. Era su pequeña forma de intentar herir a alguien que le acababa de ofender. A pesar de liberar tensión, no sirvió de nada el discurso, porque Raúl ya estaba comenzando a girarse, a dejar de oírle, a intentar no volver a cruzarse con él.

—Adiós, Héctor. Buena suerte.

Y eso fue todo. Raúl se giró en dirección contraria, se metió las manos en los bolsillos y caminó con la cabeza agachada, intentando dar muestras físicas de su dolor. Evidentemente, nadie que supiera lo que había ocurrido se habría creído esos movimientos tristes y lentos. Héctor solo pudo mantener la vista durante unos minutos, viendo cómo se alejaba y pensando que solo había una persona que le podría levantar el ánimo: su hermana Esther.

2

Pasaba media hora larga de las once de la mañana cuando el timbre de Esther comenzó a sonar insistentemente. Era Héctor, que, entre sollozos, presionaba el timbre para levantar a su hermana de la cama.

—¿Quién es?

—Soy yo, cariño, tu hermanito. Acabo de romper con un chico y necesito hablar. ¡Traigo el desayuno! ¡Vamos, gordita, ábreme!

—Buff, voy.

Esther apretó el botón para abrirle la puerta mientras se resoplaba para quitarse los pelos de la cara, con los ojos más cerrados que abiertos.

—Buenos días, gordita. Espero no haberte despertado.

—Sí que me has despertado, pero no importa. Mientras no me interrogues demasiado...

Esther todavía se estaba quitando las lagañas. Vestía un jersey de cuello alto de lana gris, unos leggings negros y unas botas altas también negras. A simple vista, parecía que acababa de llegar de fiesta.

—¿No me dejas entrar, gordita? ¿Es que tienes compañía?

Héctor alzó la vista por encima del hombro de su hermana y observó, detrás de ella, a un chico alto, bien vestido, con una camisa a rayas y zapatos marrón oscuro. Miraba sorprendido hacia la puerta, desorientado y un poco asustado, sin saber quién era Héctor.

Héctor, estupefacto, notó cómo su hermana, bastante dormida todavía, no dejaba de tocarse los ojos mientras agachaba la mirada. Finalmente, alguien se decidió a hablar.

—Mejor me voy. Veo que tienes visita inesperada y no soy bien recibido. Te llamo luego y me cuentas, ¿vale?

El chico misterioso se despidió, dándole un beso en la mejilla a Esther y saludando con un gesto a Héctor mientras se marchaba rápidamente.

—¿Quién era ese, gordita? —comenzó a interrogar Héctor con una sonrisa desdibujada en su cara triste.

—Uno que conocí anoche en una discoteca. Nos has despertado —dijo, invitándole a entrar.

—¿Y has pasado la noche con él?

—Sí, pero no es lo que parece.

—¿Que no es lo que parece? Pues no sé, chica, a mí me parece que te has acostado con él. Pero por la cara que pones, no sé si darte la enhorabuena o no.

—Mírame bien —dijo, señalándose el conjunto—. ¿No crees que si me hubiera acostado con él, me hubieras pillado desnuda, con una bata o yo qué sé, su camiseta?

—¿Entonces?

—Conocí a ese chico ayer por la noche en una de esas cenas maravillosas a las que Diana me obliga a ir. Dimos una vuelta, bebimos, bailamos y, al llegar a casa, nos sentamos en el sofá, abrimos una botella de cava y... —hizo una pausa mientras iba a la habitación a recoger una toalla.

—¿Y? —preguntó Héctor, ansioso.

—Y... nos quedamos dormidos. Hasta que tú me has quemado el timbre, me he despertado y hasta aquí puedo leer.

—Vaya, o sea que solo habéis dormido. Bueno, no temas, ha salido huyendo, pero te llamará, seguro que lo intenta otra vez esta noche.

—Jajaja, ¡pues no sé cómo! ¿Tú le has dado mi número? —dijo sonriendo mientras le daba un beso en la mejilla y se dirigía hacia la ducha.

Desde pequeña, Esther había sido más fría que su hermano, más seria y bastante introvertida. Cuidaba mucho las apariencias y disimulaba bien su estado de ánimo. Era difícil que Héctor la hubiera visto llorar por una ruptura o desolada por la muerte de una amistad. Casi siempre era él quien necesitaba ayuda emocional.

Media hora después, ambos pasaron al comedor. Héctor ya había preparado el desayuno en la mesa, con leche, azúcar, miel, cucharillas y ensaimadas que había comprado en la panadería de la esquina. Además, había comprado una pequeña cajita de bombones, que no tardó en abrir.

Últimamente, se estaban acostumbrando a desayunar juntos los fines de semana en casa de Esther, quien era la perezosa de la familia. Ella podía invitar a cien personas a su casa, con tal de no desplazarse a casa de nadie. En cambio, a su hermano le agradaba muy poco quedarse en casa.

Esta chica de 26 años, dos años menor que su hermano, había conseguido independizarse gracias a su trabajo en una sucursal bancaria. Logró el puesto tras estudiar administrativo y un bonito regalo de su tío Agustín, en forma de enchufe laboral. Llevaba disfrutando de un sueldo alto desde hacía cinco años, lo que le daba cierta tranquilidad económica, permitiéndose algunos lujos, casi siempre en forma de viaje o ropa.

La hermana pequeña de la familia era alta, alrededor del metro setenta, morena, con el pelo largo y liso, y unos ojos azules embaucadores. Estaba delgada ya que salía a correr casi todos los días con su mejor amiga. Solo descansaba del deporte matutino el fin de semana, que para ella era sagrado. El único defecto físico que tenía era su nariz. Tras escuchar miles de bromas sobre ella y Cleopatra, había comenzado a aceptarse, pero no a gustarse.

Solía vestir de forma elegante y discreta, tal y como le pedían en su trabajo. Con el tiempo, le había comenzado a gustar ese tipo de ropa “ejecutiva”, convirtiéndolo en su sello de identidad. Dada su juventud, también le gustaba salir de fiesta y buscar novio, algo que no había conseguido. Por las noches, cambiaba su look diario por ropa más desenfadada, siendo las minifaldas su elección más repetida.

Una de sus grandes aptitudes era ser muy organizada. Era difícil que algo en su casa no estuviera en su sitio, con un orden estricto y una limpieza más que eficaz. Había recorrido todas las tiendas de muebles para decorar su casa de manera que todo estuviera guardado, facilitando la limpieza

en pocos minutos.

Sin embargo, tenía un problema: era incapaz de retener a un hombre en su vida. Atraía muchas miradas, pero su suerte en el amor era escasa. Aunque conocía a muchos chicos buenos, los dejaba escapar o metía la pata en algún momento. Era un imán para los que no valían la pena. Así que, casi siempre, terminaba sola.

—Ya estoy lista, hermanito.

—¡Traje nuevo! Date una vuelta que te vea.

—Sí, me lo compré ayer en la tienda de Nadia. Me hizo buen precio.

Héctor observaba con orgullo lo bien que le sentaba el traje nuevo. Siempre le había gustado la moda y a ambos les gustaba vestir elegantemente.

—Sírreme más café de lo normal, que he dormido poco.

—Ahora, hablando en serio, ¿quién era ese chico?

—Lo conocí anoche en el bar de Carol. Se acercaron él y su amigo para intentar ligarnos a mí y a Diana. Bailamos, bebimos y, tras formarse dos parejas, nos separamos.

—¿Así que Diana tampoco ha dormido sola?

—Seguro que está bien acompañada ahora mismo.

Estuvieron charlando en el sofá mientras Héctor le explicaba en detalle la conversación que llevó a su ruptura con Raúl, escuchando una emisora de radio. Ambos eran capaces de tirarse horas hablando de sus problemas, dándose consejos que sabían que caían en saco roto, y como casi siempre, terminaron viendo juntos alguna película.

3

Como cada lunes, Héctor caminaba por la ciudad, en dirección al hotel. Desde hacía un par de años, había conseguido un trabajo en un céntrico hotel de cinco estrellas, donde se encargaba del departamento de recursos humanos. Supervisaba aproximadamente a ciento cincuenta personas y gestionaba las posibles contrataciones. Además, participaba con su opinión en las grandes decisiones para el correcto funcionamiento interno.

Dado que hablaba inglés correctamente, era educado y amable, querido por todos sus compañeros, y poseía la iniciativa de ayudar, el director tenía gran confianza en él. Esperaba que esa confianza se convirtiera algún día en un puesto de mayor responsabilidad.

—Buenos días, Héctor.

—Buenos días para ti también, Pastís.

—El jefe te estaba buscando esta mañana. Creo que quiere consultarte algo sobre el hotel de Madrid.

—Gracias, me acercaré ahora a su despacho.

Pastís era la camarera del hotel. Su nombre real era Amanda, pero todo el mundo la llamaba Pastís, que significa "pastel" en catalán. De padres catalanes, creaba auténticas obras de arte culinarias, aunque eran los postres donde su reputación había dado la vuelta al mundo. Sus compañeros pensaban que, al ser una mujer tan dulce y simpática, le resultaba fácil hacer pasteles. Todos se alegraban de tenerla como compañera, sobre todo el director, que veía con orgullo que el único problema que tenía con ella era tener que subirle el sueldo una vez al año para evitar que otra cadena hotelera se la llevara.

El director se llamaba Agustín. Era un hombre que rondaba la cincuentena, padre de tres niñas, responsable, trabajador y poco exigente. Tenía la teoría de que “un trabajador contento es un trabajador eficaz”. Una placa en su despacho con este lema, muy conocido pero no utilizado tanto como a muchos les gustaría, servía para ganarse con facilidad el respeto de los integrantes del hotel. Tras una década a sus espaldas gestionando aquel pequeño imperio, se había convertido en una persona experimentada. Conocedor de los problemas del hotel, sabía anticiparse para evitarlos. Por ello, los inversores deseaban blindarlo con cifras mareantes.

Uno de esos inversores había pedido que se valorara la idea de comenzar a aumentar el número de hoteles en España, con el fin de ganar más dinero, en contraste con el resto de inversores que preferían mantener uno, pero ampliarlo publicitándolo en el ámbito internacional.

Pasaban pocos minutos de las nueve de la mañana cuando Héctor se presentó en el despacho del director. Tras recibir permiso, entró observando cómo le indicaba, mediante gestos, que se sentara y que esperara a que terminara de hablar por teléfono.

Su oficina casi siempre estaba bien iluminada con luz natural, gracias a un gran ventanal que

daba a un pequeño y cuidado jardín. Las plantas exteriores animaron el ambiente con sus hojas verdes y flores coloridas, transformándolo en un espacio sereno y concentrado.

Las paredes están decoradas con fotografías enmarcadas de momentos importantes: reuniones con compañeros, reuniones a las que asistió, dos retratos familiares que le recordaron la importancia del equilibrio entre la vida laboral y personal. Cada carpeta estaba cuidadosamente etiquetada y los documentos se ordenaban por año, desde proyectos completados hasta prioridades. correspondencia.

Una pizarra blanca en un rincón mostraba guiones y notas, restos de pensamientos surgidos de horas de trabajo. Había una pequeña mesa al lado donde dejó su café ahora frío y un par de libros abiertos, cada uno con un marcapáginas marcando la última página leída.

Cerca de la puerta, tenía otros dos contenedores de almacenamiento que le habían traído recientemente y que todavía estaban siendo ensamblados. Se preguntó si encontraría tiempo en su agenda para dedicarse a ellos, aunque en ese momento la pila desordenada de papeles sobre su escritorio le recordó que las prioridades podían cambiar rápidamente y en su corazón hacía mucho tiempo que sabía que los muebles nuevos representaban una pequeña parte de su vida. intensificar la institución y la envidiada Podría aportar claridad mental y eficiencia.

El director colgó el teléfono tras despedirse de su interlocutor y anotaba en su agenda las conclusiones de la llamada.

—Buenos días, Héctor. Perdona que te haya hecho esperar.

—Buenos días. No se preocupe. Me ha comentado Pastís que quería hablar conmigo.

—Sí, en efecto. Quería hablar contigo por la tarde, pero ya que estás aquí, lo adelantaremos unas horas. —Se levantó y buscó en su maleta un pequeño archivador. Lo abrió por la primera página y comenzó a explicarse.— ¿Recuerdas cuando te comenté que me habían propuesto abrir un hotel en Madrid?

Hacía un par de meses que el director había reunido a todo el personal para comentarles los futuros proyectos. Una de las características de Agustín era informar a sus trabajadores sobre cualquier asunto que tuviera relevancia. Odiaba los malentendidos, los rumores y que se trastocara la verdad, por lo que emitía muchos comunicados internos para evitar problemas. Como el hotel iba bastante bien, normalmente eran buenas noticias.

—Sí, en efecto, recuerdo que nos informó.

—Te explico. Esta noche tengo una reunión con los inversores. Quieren explicarme el estado de las obras, los tiempos estimados y problemas diversos sobre permisos y cosas así. Como ya os comenté mediante circular, han comprado un hotel en la capital y quieren decorarlo para que se parezca lo máximo posible al nuestro. Por cierto, perdona mi educación, ¿quieres beber algo?

—No, gracias, acabo de desayunar.

—Bien, continúo entonces. La idea es que esté listo en menos de un año. Creo que es bastante improbable que lo consigan hacer en tan poco tiempo, pero quieren abrir solo unas cuantas habitaciones para comenzar a ganar dinero. A partir de mañana, comenzaremos a entrevistar a los tres o cuatro candidatos que optarán por dirigir el hotel bajo mi supervisión.

—¿Prefiere que esté presente en las entrevistas o les hago yo una previa y luego les dejo con usted?

—Quiero que hagamos una entrevista conjunta. Ya sabes que tienes vía libre para preguntarles lo que quieras. Además, la persona que entre tendrá que hacerse cargo del hotel y responsabilizarse de contratar al personal adecuado para cada departamento. Desde que estás en este hotel, he visto que te desenvuelves bien en muchos departamentos, así que creo que puedes ser de gran ayuda para que el hotel arranque con buen pie.

—¿Se refiere a que quiere que opine y les dé formación cuando entren?

—Exacto. Sobre todo, que les des formación. Las normas del hotel, los turnos establecidos, las labores que deben realizar y, aunque es algo sumamente complicado, intentar elegir a personal polivalente que esté contento en el hotel. En el plazo de un año, me gustaría que volviéramos a hablar para proponerte como subdirector del hotel de Barcelona, ya que Nicolás ha pedido el traslado y se irá al de Madrid.

El trabajo bien hecho durante años parecía dar sus frutos, a modo de oportunidad para crecer profesionalmente.

—Perdone que le pregunte, pero... ¿cree que estoy capacitado? —Héctor dudaba, a pesar de que deseaba tener una oportunidad como esta.

—Estoy convencido de que sí. La idea sería que trabajaras aquí con la persona que dirija el hotel allí durante un mes mínimo. Te servirá para que él o ella aprenda nuestra forma de trabajar y te ayude a preparar lo que necesites.

—Me ha pillado de sorpresa. Pero quiero agradecerle la oportunidad.

—Jeje, no seas educado. Todo el mundo sabe que te lo mereces. Evidentemente, mi labor es recordarte que, cuando el hotel esté en marcha, nos volveremos a sentar para hablar de los días de vacaciones que te debamos, tu aumento de sueldo y tu merecida comisión. Es la única condición que te pongo. Es decir, la recompensa llegará cuando todo esté funcionando.

—Como siempre entonces. Ya sabe que soy consciente de que usted siempre cumple —Poco a poco, Héctor comenzaba a creérselo, tal como demostraba su sonrisa.

Una de las políticas de la empresa es pedir un esfuerzo y gratificar económicamente cuando el trabajo esté hecho. A diferencia de otras empresas, aquí sí se cumplían las promesas. Esto provocaba que los trabajadores hicieran horas extras por iniciativa propia y de manera habitual.

—Y siendo conocedor de tu nuevo cargo, y aunque no sea oficial todavía, te pediré que comiences a tutearme. Volveré a reunirme mañana o pasado, dependiendo del trabajo que me quede pendiente, para comentarte lo que me hayan comunicado los inversores y comenzaremos a enumerar las tareas pendientes para ponernos manos a la obra.

—¿Me avisará usted entonces?

—¿Qué parte no has entendido cuando te he dicho que me tutees? Sí, te llamaré en cuanto pueda.

—Es verdad. Quería decir: ¿me avisarás tú? —dijo recalcando la última parte.

—Sí, te avisaré yo. Y una última cosa: confío en que lo harás bien. Sé de lo que eres capaz y estoy convencido de que lo harás bien. Aplícate, muchacho, que me gustaría retirarme dejando el hotel en buenas manos.

Héctor salió del despacho sonriendo. Le estremecía pensar que por fin podría dar ese paso que deseaba desde hace tiempo. Con la moral por las nubes, se fue rápido a su despacho. Tenía

mucho trabajo por delante, así como llamar a su hermana y a sus padres para ponerles al corriente de su nueva situación.

4

El despertador interrumpió el sueño de Esther. Como cada día laboral, a las seis en punto de la mañana, el silencio de la noche daba paso a un incesante timbre al que nadie termina de acostumbrarse.

En una rutina casi enfermiza, Esther se levantaba de la cama, se lavaba la cara, se cepillaba los dientes y, en pocos minutos, salía de su casa enfundada en unas mallas de licra bien ceñidas para dirigirse hacia la playa. Tenía la suerte de haber conseguido una ganga cerca de la playa y de su trabajo, que estaba a pocos minutos caminando. Era una zona de negocios, llena de edificios de más de veinte plantas, repletos de contables, abogados y teleoperadores.

Cuando llegaba a la playa, se paraba en el puesto de la Cruz Roja, donde esperaba a su mejor amiga, Diana, compañera inseparable desde niñas, quien la acompañaba cada día en sus ejercicios matutinos. Charlaban de sus cosas, se contaban secretos y confidencias sobre chicos, y se apoyaban mutuamente, como un matrimonio, en lo bueno y en lo malo.

Diana era una chica bajita, delgada, de la misma edad que Esther, con el pelo muy corto, teñido de rubio y una vitalidad fuera de lo normal. Ambas habían estudiado juntas en el colegio y eran casi como hermanas. Con un optimismo digno de mencionarse en el libro Guinness, trabajaba en una guardería de su barrio, rodeada siempre de niños y, en muchas ocasiones, de padres que la acosaban sutilmente.

A pesar de ser diferentes en muchos aspectos, compartían una nefasta suerte a la hora de retener a sus parejas. Si el defecto de Esther era su nariz, el de Diana era su altura. Sin embargo, ya fuera con chicos más altos que ella o rodeada de su mejor amiga, que no era bajita precisamente, casi nunca se ponía tacones, un detalle que no escapaba a los ojos de más de uno.

—Hola, Esther, ¡buenos lunes!

—Hola, cariño, ¿preparada para perder?

—¡Jaja! ¿Qué te hace pensar que me voy a dejar ganar?

Cada día, recorrían una distancia de unos cinco kilómetros por el paseo asfaltado de la playa, a un ritmo no demasiado elevado, para poder así hablar de sus cosas sin que les faltara el aliento. El último tramo, que casi siempre consistía en un sprint por la arena, les servía en la mitad de las ocasiones como una apuesta para que la ganadora eligiera su premio y la perdedora tuviera que ceder. Invitaciones para tomar café, concesiones para hacer excepciones en la dieta y poder disfrutar de un pastel de chocolate, o dejarse unos zapatos, solían ser los premios más repetidos.

—Bueno, Esther, es buen momento para hablar de nuestros respectivos ligues del sábado. ¿Qué tal el tuyo? ¿Dio la talla?

—Si hablamos de tallas, seguro que me llevé al adecuado, ya que era más alto y más gordo que el tuyo.

—¡Jaja! Venga ya. ¿A qué te refieres?

—Pues que, como siempre... No ocurrió nada.

Esther recordaba con humor cómo su hermano les había pillado en casa: la situación, las caras, los nervios, cómo fue la noche y cómo terminó.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada. Pero mi hermano ha vuelto a tener problemas sentimentales y nos despertó temprano, teniendo en cuenta que era domingo, claro.

—Vaya racha que lleva también. Tendría que volverse hetero. Es tan guapo...

No era un secreto que Diana estaba locamente enamorada de Héctor. Desde muy pequeña, siempre se había interesado en él. De hecho, antes de descubrir que era gay, había intentado salir con varias chicas, siendo Diana una de ellas. Tras varias citas inocentes entre ambos y un par de intercambios de besos, consiguieron ser amigos, olvidando lo que habían compartido. Según Esther, el problema que tenía su mejor amiga era que aún pensaba en su hermano como el amor de su vida, por lo que nunca le funcionaba ninguna relación.

Otro de los defectos de Diana, aunque no lo fuera tanto cuando estaba con chicos, era su exquisito vocabulario. Se diera o no cuenta de sus palabras, repetía numerosas palabrotas, hablaba de sexo de manera demasiado explícita y jamás había aprendido a callarse.

—¿Y qué tal te fue a ti?

—Pues como siempre. Nos besamos, nos fuimos a su casa, que estaba un tanto desordenada, por cierto, e intentó hacerse el romántico conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Que encendió un par de velas, sacó dos copas y me preguntó si prefería un vino, un cava o un cubata.

—¿Qué le respondiste?

—Nada. Le quité la ropa y lo arrastré a la cama.

Esther pensaba con frecuencia que su amiga era un hombre atrapado en un cuerpo de mujer. A pesar de los años que habían pasado, todavía le incomodaba hablar de ciertos temas con ella. Era demasiado varonil. Suponía que era por haberse criado con cuatro hermanos, pero aún le sorprendía. En parte, por eso a veces se ganaba el mote de “camionera”.

Siguieron hablando mientras terminaban de recorrer la playa y se citaron para ir al cine esa misma tarde. Ambas se dirigieron posteriormente a sus respectivas casas para ducharse, vestirse y acudir a sus trabajos.

En su pique personal del último sprint, Diana había ganado con autoridad a su amiga y, como vencedora, le pidió que fueran juntas a una doble cita con un padre divorciado y su mejor amigo. A pesar de que eran planes que no solían terminar bien, accedió a acompañarla.

5

Era viernes, y ambos hermanos se dirigían en el coche de ella a casa de sus padres. Habían quedado para cenar y celebrar en familia el ascenso de Héctor.

Esther tenía un Citroën Saxo, con el que más de uno había bromeado cambiándole la letra "A" por la "E". Su amiga del alma, Diana, le repetía que el nombre del coche era idóneo y que, solo por tenerlo, ligaría más. Así era su amiga: si estaba nublado, despejado, si llovía o nevaba, si llevaba un jersey azul o verde, todo era buena señal para ligar. En cambio, Esther solo veía un coche pequeño, práctico y que usaba de vez en cuando.

—Aún no puedo creer que mi hermanito, el marica, vaya a ser dentro de poco uno de esos jefazos a los que todos odian.

—No digas eso, por favor, que suena muy raro.

—¿Lo de jefazo o lo de marica?

—Lo de jefazo. Bueno, y lo de marica también me molesta, pero a ti te lo permito. Eso sí, no te acerques tanto que me vas a sacar un ojo con esa narizota.

La confianza que había entre ellos siempre les había ayudado a aceptar sus defectos. No era necesario que lo hicieran, pero al menos se tomaban la licencia de tomárselo a broma. No cabe duda de que, en la mayoría de los casos, el problema no radicaba en lo que se decía, sino en el tono.

—¿Y qué te gustaría que te regalara?

—¿Regalar? ¿A mí? No creo que sea necesario.

—¿Y por qué no? Es un ascenso importante y creo que hay que celebrarlo. Además, ya lo tengo casi decidido.

—¿Decidido? Jaja. ¿Entonces para qué preguntas? ¿Se puede saber en qué estás pensando?

—Hace un par de semanas, un cliente vino a pedir un crédito para ampliar su negocio y estuvimos hablando un buen rato. Total, que parece ser que es modista y está especializado en trajes a medida para hombres.

—¿A medida? ¿Los trajes o los hombres? Porque no sería mal regalo.

—¿El qué? ¿Un hombre hecho a medida? Cariño, si pudiera conseguir uno, no te lo dejaría a ti. Me lo quedaría para mí y no lo dejaría salir de casa por si me lo quitaban.

—Jeje, pues consigue dos. Uno para ti y otro para mí.

—Di que sí, eso es mucho mejor.

Ambos rieron y, acto seguido, se hizo un silencio durante unos segundos. Ambos habían aprovechado para dar forma en sus mentes a esos dos hipotéticos hombres que iban a pedir por

encargo.

—Bueno, ahora en serio. Había pensado en comprarte un traje. Así podrás ir bien vestido, con un traje nuevo y sentirte más... ¿poderoso?

—Sí, eso estaría bien. Un tío cagado de miedo, pero poderoso al fin y al cabo.

—No digas eso. Tú ya estás preparado para ese puesto. Llevas mucho tiempo preparándote. Desde mi punto de vista, ahora estás más reconocido, sobre todo económicamente. Y en un futuro, otro ascenso más.

—Sí, creo que sí. Pero es inevitable estar nervioso, supongo. Eso sí, te agradecería que nos ciñéramos al presente. Lo del futuro ascenso queda lejos todavía; antes tengo que ganármelo. Aún no lo he visto, pero ya sé que me agrada tu regalo.

—Me alegro. Solo tengo un par de dudas. Aparte, evidentemente, tendrás que ir a que te tomen medidas.

—Vale, busquemos un día y te acompaño. ¿Qué dudas son? ¿Se pueden saber o son secreto?

—He visto dos camisas que creo que te quedarían muy bien. Son muy bonitas. Pero no sé por cuál decidirme. Además, han de hacer juego con la corbata.

—¿De qué color es la corbata?

—Ahí está mi segunda duda. Hay dos que me gustan: una azul y otra rosa. Me gusta la azul, pero... estaba pensando que, como reflejan parte de la personalidad, podrías ponerte una rosita —dijo burlándose entre risas.

—Jajaja. A partir de ahora, cada vez que me cruce con un hombre con una corbata rosa, le preguntaré si celebra el día del orgullo gay.

—Solo digo que quizás quede más acorde contigo. Yo prefiero que los chicos vayan con corbata azul; queda más varonil.

—Tú y tus teorías, hermanita. ¿Sabes qué te digo? Cómprame las dos. Así decidiré a última hora cuál ponerme.

—Vale, pero no olvides decírmelo para saber hacia qué lado te inclinas. Ya te veo delante del espejo, decidiendo qué corbata ponerte.

Unos minutos antes de las ocho, llegaron a casa de sus padres. Aparcaron en la calle paralela y sacaron del coche la tarta que habían comprado para el postre. Bajaron hacia su antiguo hogar, hacia el lugar donde se habían criado de pequeños. Los recuerdos nostálgicos sobrevolaron sus mentes durante unos segundos.

A pesar de llevar tiempo fuera, esa siempre sería su casa. Habían vivido allí toda su vida. Era una sensación rara. No estaban a demasiados kilómetros de distancia, pero para ellos, esa casa, el barrio, el pueblo entero, eran muy suyos y lo llevaban muy adentro.

Picaron al segundo y muy pronto les abrieron la puerta. Al otro lado se encontraba su padre, Manuel, que les esperaba recién afeitado, con un jersey de cuello alto y las gafas que se había tenido que comprar un año antes y que le sirvieron para darse cuenta de que también para él pasan los años.

—Mis dos tesoros. ¿Cómo estáis? Pasad, vuestra madre está en la cocina terminando la comida.

—Caray, papá. Qué guapo te has puesto. ¿Héctor, no te parece que ha perdido barriga?

—Sí, sí que ha perdido. ¿Qué haces con los kilos?

—Jeje, tu madre, que me los esconde en las ensaladas.

—Mira tú por dónde, ahora resulta que nuestros padres se han apuntado a la vida sana y ya se deben de cuidar más que nosotros.

—Lo malo es que, con mis años, no creo que pueda haceros sombra. —Mientras los miraba de arriba abajo comprobando que estaban bien, de una pieza y que gozaban de buena salud, obsequió a los presentes con un grito anunciando la llegada de los hermanos— ¡María, ya están aquí tus hijos, ven a verlos!

Tanto Manuel como María llevaban más de cuarenta años casados. Aun se querían como el primer día. Tal vez ese cariño y esa compenetración eran la envidia de sus vecinos. Rara vez se escuchaba un grito en esa casa, y siempre se les pasaba a una velocidad de récord.

—¡Míralos! ¡Si cada día están más guapos! —La orgullosa mamá salió de la cocina con delantal puesto y con una pila de platos en las manos. Su marido se los quitó de las manos al ver que le había desobedecido una vez más en su petición de ayudarla en todo lo posible—. Y felicidades, Héctor, cariño. Estamos orgullosos de ti.

—Ahora os cuento, mamá, ahora os cuento.

Dado que era un acontecimiento reciente, aún se ruborizaba cuando alguien le felicitaba. Quizás no se había hecho todavía a la idea de su nueva situación en el hotel.

Todos pasaron al comedor, donde charlaron y rieron durante la cena; intercambiaron opiniones en el sofá mientras tomaban un té y terminaron la visita, como no, viendo una película de la filmoteca particular de la familia.

6

Héctor salió ese fin de semana con su grupo de amigos para celebrarlo. Desde hacía varios años, aprovechaban cualquier hueco en sus agendas para salir a tomar algo, ir al cine, echar una partida a los bolos o jugar un partidito de tenis, uno de los pocos deportes que les gustaba practicar. Desde el principio, habían conseguido mantener un equilibrio en su relación, donde el respeto mutuo era la única y más importante premisa. El grupo lo formaban, aparte de Héctor, tres chicos más: uno también homosexual y los otros dos heterosexuales. Así, cuando iban a jugar, se duchaban en turnos, y si salían de fiesta, respetaban las distancias y mil y un pequeños detalles que habían conseguido pulir entre ellos, para que siempre hubiera complicidad. El único problema era que, por motivos de trabajo, no se veían todo lo que quisieran.

José María, también conocido como “la Mari”, era mucho menos discreto que Héctor. No se cortaba a la hora de hablar y soltaba verdaderas barbaridades. Tal como él mismo afirmaba, “soy un gay con pluma y plumero”. Trabajaba en una tienda de moda femenina de reconocido prestigio, y estaba muy a gusto, a pesar de tener que trabajar, como suele pasar en casi todas las tiendas, sábados, algunos domingos y casi todos los festivos. Según bromeaba con sus compañeras, su castigo era estar rodeado de tanta ropa bonita y no poder lucirla. Evidentemente, sí que podía, pero siempre se cortaba un poco si se trataba de vestirse de mujer. Eso sí, que nadie se piense que jamás ha salido a la calle con botas de tacón, minifalda, medias y camisa de tirantes. Porque lo ha hecho, y más de una vez.

Jesús era el más joven del grupo. Tenía muchos sueños en la vida, sueños de grandeza. Había querido ser cantante, actor, compositor y ahora pretendía ser escritor. Lo que más tenía era ilusión, pero carecía de lo más importante: talento. Trabajaba como vigilante nocturno en un centro comercial, lo que le daba demasiadas horas para rediseñar su futuro. A pesar de tener un buen sueldo, gracias en parte al plus de nocturnidad, echaba de menos salir de fiesta. El pobre Jesús vivía acompañado de su timidez, lo que le hacía pasar casi todo el día solo. Por eso, Héctor siempre bromeaba con él, recordándole que “no se puede ser tímido y cantante a la vez. ¿Has visto alguna vez a un cantante que sea tímido cuando tiene más de mil personas pendientes de él?”.

Bruno era el cuarto en discordia. Alternaba novias con las que salía en periodos que oscilaban entre tres meses y un año. Siempre que conocía a una chica nueva, afirmaba que “por fin he encontrado el amor de mi vida”, hasta que transcurrían unos meses y lo repetía con otra. A veces, nadie sabía que había roto con la anterior cuando ya estaba con una nueva. De todas formas, no era un ligón empedernido; más bien, sabía estar siempre en el lugar adecuado, en el momento oportuno y elegir las frases correctas. Trabajaba en una empresa de mecánica, en la cadena de montaje, por lo que tenía que rotar en turnos de mañana, tarde y noche.

—¡Un brindis por nuestro Héctor, que está a punto de comerse el mundo! —gritó “la Mari”.

—¡Por el éxito que está a punto de llegar! —añadió Bruno.

—Esto... ¡Viva Héctor! —dijo Jesús, como no, en su línea.

—Gracias, chicos. Sois los mejores —Héctor alzó su copa y miró a sus amigos con una leve sonrisa conciliadora—. Si estoy logrando mis propósitos, es porque estoy rodeado de buenos amigos que me apoyan en lo bueno y en lo malo.

—¡Di que sí, cariño! ¿Dónde te has dejado al cura? Ni que esto fuera una boda —interrumpió “la Mari”.

—Bueno, Héctor, menos mal que uno de nosotros va a triunfar en la vida, aparte de Jesús, claro —dijo Bruno mientras cortaba el entrecot que le habían servido.

—¡Vaya chispa que tiene mi Bruno!

—No te piques, Jesús, jajaja —añadió “la Mari”—. Que no pasa nada, cariño, ya sabes que te lo dice en broma. Además, hoy el protagonista de la mesa es nuestro forrado amigo Héctor.

—¿Forrado? Ya me gustaría estar forrado como dices tú. Me parece a mí que, como no me toque el Gordo esta Navidad...

—¿Qué más da, gordo que flaco? —comentó “la Mari”—. El caso es que te toque quien sea. Que te meta mano, jolines. Venga, un brindis, que esta noche nos lo vamos a pasar en grande. No penséis en el resacón de mañana. ¡Viva Héctor y abajo la sangría de este local, que sabe a rayos!

El grupo brindó por el ascenso de su amigo y charlaron, rieron, bromearon y compartieron anécdotas hasta que se les echó la hora encima. El bar cerraba y más de uno ya pensaba en ir a descansar.

Ya en la puerta, se despidieron, tomando direcciones opuestas, siendo Bruno quien acompañaba a Héctor.

—¿Con quién sales ahora, Bruno? Ya ni me acuerdo de cómo se llama la última chica que nos presentaste.

—Ahora salgo con una chica brasileña. Esta es la definitiva, ya lo veréis. Es simpática, cariñosa, fogosa y divertida.

—Espero que así sea, aunque ten cuidado y no me hagas locuras, que ya nos conocemos.

—Descuida, tendré cuidado. ¿Y tú qué? Me dijiste que habías conocido a alguien.

—Salió mal. ¿Qué te parece si te lo cuento otro día?

—Por supuesto, ya sabes que lo respeto. Mientras no me cuentes de nuevo lo de los tipos de gays...

—Descuida —finalizó, sonriendo.

Héctor siempre ha opinado que una pareja entre hombres es lo más normal del mundo. Que lo raro sería si saliera con un oso panda. Le gusta pensar que, pese a lo que se dice y se piensa en la sociedad moderna, vivimos en un planeta donde ya se ha superado ese rechazo hacia toda persona no hetero, aunque la vida le ha enseñado demasiadas veces que es un pensamiento erróneo.

Pero él también es una persona de manías. A la mínima que le des confianza (no demasiado difícil con él), siempre te suelta la misma historia, contada siempre de la misma forma, y que no se cansa de repetir. Para él, en este mundo, existen tres tipos de gays: por un lado, están los

“mariquitas”, que son aquellas personas homosexuales que se esfuerzan en aparentarlo, que suelen intentar vestir con ropa más cercana a las modas femeninas, y que tienen una voz un tanto repelente, fina y con un acento conocido por todos.

En un imaginario segundo grupo estarían los “maricones”, que, a pesar de ser una palabra que parece obscena (y mucho más salida de alguien como él), es la forma que tiene de englobar a aquellos hombres que mantienen relaciones con otros hombres, pero sin buscar nada más. En pocas palabras, son los de “aquí te pillo, aquí te mato, pero no te esfuerces en recordarme tu nombre, porque me da igual”.

Y en tercer lugar, están los “gays”, por supuesto. No hay duda de que es con quienes se siente personificado. Para él, en este grupo entrarían todos aquellos chicos que se sienten atraídos por otros chicos, nunca por chicas, y que, básicamente, lo que buscan es una relación estable. Y es que siempre defenderá con uñas y dientes que un homosexual no es más que una persona que busca lo que todos: alguien con quien compartir el resto de sus vidas; solo que no lo busca en alguien de su sexo opuesto.

Por otro lado, en lo que él denomina “mención especial”, estarían los “indecisos”, que son aquellos hombres, casi todos casados con mujeres, que se lanzan a tener experiencias nuevas; y los “avergonzados”, que nunca reconocen sus sentimientos, y que prefieren el rollo voyeur.

Héctor era, por tanto, un tipo bastante peculiar.

Esther terminó de ducharse después de hacer deporte en la playa. Desayunó un vaso de leche, un zumo de naranja recién exprimido y un par de tostadas con mantequilla. Se vistió con un traje gris oscuro, compuesto por pantalón y chaqueta, y se dirigió al trabajo.

Caminando por la calle, se debatía si debía tomarse unas vacaciones. En el banco, llevaba una mala racha, provocada por lo ocurrido con la señora Laurens. Esta señora, de origen inglés, había pedido una hipoteca estando en el paro, con un marido en la cárcel y tres hijos a su cargo. Era evidente que un banco no iba a concederle ningún préstamo, pero después de recibir tantas negativas, afloraron sus nervios y lo pagó con Esther, que tuvo que escuchar insultos, gritos, y si no fuera por un cliente, tal vez algún que otro golpe. No había sido el único incidente; en los últimos meses, habían aumentado las anécdotas negativas en el trato al público.

Semanas atrás, se había planteado cambiar de trabajo, pero después de una larga charla con su padre, comprendió que era un error. Se serenó y entendió que no se puede dejar un trabajo sin pensarlo concienzudamente. Ahora, transcurridos unos días, sopesaba pedir unos días de vacaciones y olvidarse de su rutina durante un tiempo. El problema era que no sabía cómo aprovechar ese tiempo. Le agradaba la idea de viajar a algún país europeo, como Francia o Italia, pero odiaba ir sola y sabía que la gente de su entorno, o no podía o no quería viajar en esa época. Divagando sobre su futuro cercano, llegó al banco, donde le esperaba, como cada día, el señor Mateos, responsable de la entidad y encargado de abrir la puerta cada mañana.

—Buenos días.

—Buenos días, Esther.

—Un día más y un día menos a la vez, ¿a que sí?

—Jeje, si te sirve para llevarlo mejor, te diré que sí. Por cierto, quiero hablar contigo. ¿Te va bien ahora o a la hora de comer?

—Ahora me va bien.

—Vale, entonces ahora te explico. —Esther hizo un gesto de indiferencia. No creía que su jefe pudiera sacar tiempo para ella tan rápido.

—Con respecto al incidente de la señora Laurens, me han hecho saber que están pensando en invertir dinero en nuestro local. —Hablaba del banco como si fuera un comercio particular, intentando siempre quitarle importancia, como si fuera una frutería.

—¿Qué significa exactamente? ¿Me vais a subir el sueldo? —Ella sabía perfectamente que eso no pasaría, pero era una de esas cosas que siempre se deja caer, por si acaso.

—No, está claro que no. —Sonrió—. Están pensando en remodelar nuestros puestos de trabajo y protegerlos con cristal blindado. Esa es una opción. La otra sería contratar a un guarda de seguridad que nos sirva de refuerzo y protección.

—No lo veo mal. Pero... ¿por qué me lo comentas? ¿Acaso mi opinión cuenta? —dijo, algo molesta por el tono sarcástico con el que comentaba las soluciones para evitar que alguien pudiera agredirla.

—Sí, de hecho, todo gira en torno a ti, aunque no lo creas. —Se sentó, encendió el ordenador y acercó un expediente azul que tenía en la estantería de su derecha—. Algunos directivos tienen miedo de que denuncies a la empresa por no disponer de las medidas de seguridad necesarias. También temen que puedas pedirte la baja alegando estrés laboral.

—Eso es una soberana tontería. ¡Soy incapaz de sacar tajada de esto y lo sabes! —replicó Esther, ofendida por lo que su jefe insinuaba de ella.

—Yo te conozco bien y sé la verdad. Ya les comenté por teléfono que tú no causarías ningún problema. A pesar de eso, antes de dar luz verde a las reformas, han decidido venir un día de estos, entrevistarse con nosotros y charlar acerca de lo ocurrido.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé, me lo dirán durante el día de hoy. Calculo que en un par de días los tenemos por aquí.

—Bueno. De acuerdo.

—¿Qué me querías preguntar antes?

—Quería pedirte unos días de vacaciones, para relajarme un poco. Pero después de lo que me has dicho, prefiero esperar unos días.

—Cuando quieras pedírmelos, hablamos. No habrá inconvenientes por mi parte.

—Ok, estupendo.

Esther llevaba tiempo trabajando para el señor Mateos. A lo largo de todo este tiempo, había conseguido ganarse su confianza. Pero, por desgracia, no era una persona responsable y solía delegar sus problemas en otras personas, como ella misma, que a veces debía reunirse con directivos e incluso políticos locales para tratar temas importantes. Eso le molestaba mucho, aunque luego siempre terminaba pensando que le servía de experiencia para el futuro.

Una vez más, Esther se había levantado de la cama orgullosa de su trabajo, pero no de su jefe.

8

Pasaban cinco minutos de las seis de la tarde cuando comenzó a replicar el timbre de Héctor. Era Esther. Habían quedado para pasar juntos la tarde del domingo y cenar mientras veían un capítulo más de su serie favorita. Era muy raro que ambos coincidieran en algo; por eso, cuando les gustaba el mismo cantante, el mismo actor o la misma serie, intentaban por todos los medios aferrarse a ello.

Así, Alejandro Sanz, George Clooney y la serie de Las chicas Gilmore se habían convertido en una excusa para poder compartir más su tiempo libre. Disfrutaban de esos momentos casi sagrados, apagando en ocasiones sus móviles para no ser molestados y evitando quedar con nadie más para que no interfiriera en un “rato de hermanos”.

—Hola, guapo, ¿qué tal? ¡Qué frío hace hoy!

—¡Anda ya! Lo que pasa es que hace muy poquito calor, jajaja.

—Míralo, has estado sembrado, tío.

—No será que el frío se te cuela por debajo de ese cinturón al que llamas falda. —Era imposible no fijarse en la minifalda negra, las botas altas y el escote con el que intentaba lucir sus encantos.

—Me apetecía ponerme esto, ¿vale? Ayer estuve en el centro comercial. He comprado la quinta temporada. Creo que solo nos quedarán dos más, aparte de esta.

—Estupendo. Ya tengo las palomitas listas, la manta preparada y la estufa a mano por si la manta no fuera suficiente. Y te he lavado el pijama, así que yo creo que ya debe estar seco.

—Estupendo. Ya voy yo a mirarlo.

Como las visitas a la casa del otro eran bastante constantes, cada uno guardaba ropa del otro en un trozo de armario o de estantería. Estaban así prevenidos por si a uno de los dos se le hacía tarde y tenía que quedarse a dormir en casa ajena. Como el mes pasado, cuando una tormenta les sorprendió al salir del teatro y no pudieron evitar llegar chorreando a casa de Esther. Así que Héctor, en una casa que no era la suya, pudo darse un baño y encontrar ropa limpia y, claro está, seca. Por tener, tenían hasta cepillo de dientes, algo muy sagrado.

Esther se puso un pijama rojo, unas zapatillas de estar por casa de invierno y colocó su bata en una silla cercana al sofá, por si recurría a ella más tarde. Se fue a la cocina para colocar dentro de la nevera y de la despensa los refrescos y la comida que le había encargado su hermano. Al llegar al salón, encontró a Héctor introduciendo el DVD dentro del reproductor mientras leía la contraportada de la funda del disco, ansioso por leer el resumen impreso y descubrir qué pasaría en esta temporada.

—¿Me has puesto algo para beber? —preguntó Esther.

—Sí, está todo aquí. Ya está todo preparado.

—¿Y hielo?

—Sí, ya te he dicho que está todo.

—Vale, no le des todavía. Tengo que ir a saludar al señor Roca. —Esther usaba a menudo la forma más discreta y metafórica para decir que iba al baño a hacer aguas mayores.

—¡Vale, pero no me hagas como tu ex!

—No te prometo nada —comentó sonriendo tímidamente—. ¡Pero deja de recordármelo ya de una vez!

En el pasado, Esther estuvo saliendo con un chico llamado Jordi. Era un mecánico que se había parado para auxiliarla un día que pinchó. Se paró detrás de ella, en un pequeño terreno cercano a la carretera y tras comprobar el pinchazo, se presentó y la sustituyó por la de repuesto. Una vez había terminado, le propuso una cita, a la que ella accedió.

Evidentemente le gustó la idea y, como encima lo consideró guapo, accedió a salir con él a pesar de que sabía que el inesperado mecánico, buscaba más bien el postre que la cena en sí.

Todo fue muy bien durante la noche, dando indicios de que podría terminar muy bien para ambos. La cena fue tranquila, la conversación animada, el postre muy dulce y las copas que se tomaron en el bar de al lado, terminaron de hacer el resto. Iba todo tan perfecto, que Esther no tardó en pedirle que subiera a casa. Tras jugar un rato en el sofá, finalmente terminaron acostándose.

Ella se durmió en sus brazos, mientras lo imaginaba levantándose temprano de manera silenciosa, para ir hacia la cocina y preparar un rico desayuno e intentar sorprenderla llevándoselo a la cama para que pudiera tomarse el primer café del día, sin tener que levantarse. De todas formas, ella se hubiera conformado con la intención y no le importaba ni lo que preparase, ni si lo hacía bien o mal.

Y efectivamente, Jordi era de los que sí tenían esos detalles. Pero no como se los imaginaba ella. Esther se despertó por la mañana, se restregó sus ojos lagañosos con el ruido de la cafetera de fondo y su ligue silbando feliz mientras preparaba todos los ingredientes para preparar unas tostadas. El problema llegó cuando, al entrar en el baño, comprobó con pavor como él ya había pasado por allí, sin caer el detalle de que es bueno y aconsejable tirar de la cadena. Hay recuerdos que no es necesario inmortalizar.

Al entrar en la cocina, se lo encontró completamente desnudo, bailando y agitándose, mientras tocaba las tostadas y los cubiertos a la vez que se rascaba el culo. No era para nada fino ni educado. Al verla, se puso todavía más contento si cabe, y se acercó a ella para darle un beso, abrazarla y aprovechar la tesitura para rozarse de nuevo descaradamente. Tras pedirle a ella que se sentara, se giró para coger el bote de azúcar y deleitarla ante un tremendo y rotundo pedo, que salió pulverizando toda la cocina.

Lejos de disculparse, soltó una tremenda y ruidosa carcajada. Como el que conseguía batir su propio récord, hizo una mueca de satisfacción y se sentó mientras repasaba de arriba abajo el cuerpo de Esther.

Aquella anécdota, debería de haber quedado entre Jordi y Esther, pero también se enteraron Héctor y Diana, siendo recordado más a menudo de lo que quisiera Esther.

Habían pasado dos semanas desde que le dieran la oportunidad a Héctor y aún no había podido hacerse a la idea del todo. Estaba preparando un curso de formación general para todos los trabajadores y otros más personalizados, con contenidos distintos, dependiendo de si iban dirigidos al personal de limpieza, de recepción o de cocina. Nunca le había gustado dejar nada a la improvisación. Por eso, cuidaba y mimaba cada uno de los puntos de sus pequeños cursos.

Pasadas las diez de la mañana, Agustín le hizo llamar a su despacho.

—¿Me habías llamado? – preguntó Héctor mientras esperaba una respuesta al lado de la puerta.

—Sí, pasa. ¿Qué tal va tu trabajo?

—Bastante bien. Lo tengo todo bastante adelantado.

—Bien, me gusta oír eso. Te he llamado por qué voy a comenzar a entrevistar a diversos candidatos para cubrir la plaza de director para el hotel de Madrid. Como te dije, estas entrevistas me gustaría hacerlas a mí. Pero me gustaría que estuvieras presente, como observador, para que veas a los candidatos y me des una opinión cuando se vayan. Al fin y al cabo, trabajarás con esta persona durante un tiempo y necesito que también me des el visto bueno.

—Pero, ¿solo como observador? ¿No tendré que preguntarles nada?

—Claro que puedes interrumpirme. Puedes interrumpir, participar, aclarar o lo que quieras.

—En ese caso, claro que estaré.

—Bien, pues de aquí a una hora, llega el primer candidato. Ven un poco antes. Te tendré preparado sus Curriculumms para que puedas darme una valoración.

—Ok, perfecto.

Héctor se dirigió entonces a su despacho. Quería coger una libreta de apuntes, un bolígrafo y recoger su despacho. Siempre era bastante ordenado y no le gustaba dejar nada por medio. Aunque fuera su propia mesa.

Tras pasar por el baño para apaciguar sus nervios, y tras hacerse la hora de la primera entrevista, se dirigió al despacho para estar presente en la primera entrevista.

Al entrar de nuevo en el despacho, observó que Agustín estaba sentado en su despacho hablando por teléfono. Éste, le saludó con la mano y le hizo gestos para hacerle saber que le había dejado una carpeta en el asiento cercano a la ventana. Héctor se sentó y observó que contenía cuatro dossiers, muy bien colocados, que contenían todos los datos de dichos candidatos.

Héctor dejó su chaqueta en el perchero y se acercó a la máquina de agua para reponer los vasos que faltaban. Se sentó y comenzó por el primer candidato. Al ver su nombre, casi le da un pasmo: Osvaldo Fernández.

Osvaldo, es un chico cubano, que era el objetivo de todos los chicos gays de la ciudad. Estaba

considerado como “el chico más guapo del mundo mundial”, y Héctor había tenido el placer y la desgracia de conocerlo. Años atrás, ambos se conocieron en un bar y comenzaron una relación que duró algo más de tres años. Eran felices, pero Osvaldo tenía dos caras. Era capaz de mostrarse simpático, amable y educado; pero también era muy violento.

Tras esa relación, Héctor había estado en depresión varios meses. Había pasado tiempo desde aquel día en que Osvaldo quería pasar un fin de semana esquiendo en las montañas. Sabía perfectamente que Héctor tenía que trabajar, pero no lo aceptaba. Se enfadó mucho, le recriminó, le gritó y ambos se recordaron disputas pendientes de tiempo atrás y la discusión terminó cuando Osvaldo le pegó un puñetazo.

Para Héctor, ese puñetazo simbolizó algo más que un golpe. Era un rechazo en toda regla. Dudó entre volverse y responderle tal y como le había dicho su padre de pequeño “Si alguien te pega una vez, pégale dos veces. Si te pega cuatro, dale ocho”; pero finalmente, no hizo nada. Se quedó de pie, quieto, inmóvil, con mirada desafiante y le animó a que le volviera a pegar. Osvaldo no tardó en darse cuenta del error y le pidió disculpas. Evidentemente, no fueron aceptadas.

Tras insistir durante tres semanas pidiendo disculpas, Osvaldo por fin decidió ceder y hacer lo que Héctor le reclamaba. Que desapareciera para no verlo nunca más. Creía que se había marchado de la ciudad. No había tenido noticias hasta ese día. Héctor tenía delante de él su curriculum, con una carta de recomendación y un post—it pegado en que indicaba la hora en que vendría a la entrevista. Solo faltaban cinco minutos para volver a verle.

Alzó su mirada, y observó como Agustín terminaba de hablar por teléfono. Tomó apuntes en su agenda y se dirigió por fin hacia su empleado.

—¿Has visto el primer candidato? ¿Has leído su experiencia?

—Sí, lo he visto y... – Héctor dudaba entre ser sincero y decirle a su jefe quien era en realidad o inventarse algo para ser más discreto – He de decirle señor, que preferiría que no lo entrevistara señor.

—Bueno, no sé, si me das algún motivo...

No pudo contestar, cuando la puerta del despacho se abrió. Era Amanda, la secretaria de Agustín, que le informaba de la llegada del candidato. Héctor tembló de arriba abajo cuando volvió a ver esos ojos conocidos, que se habían clavado también en los suyos. Tras unos segundos de silencio, Agustín se puso en pie y se dirigió hacia la puerta

—Espero que me disculpe señor Fernández. ¿podría esperarme unos minutos aquí fuera, sentado? Gracias – se giró sobre sí mismo, y volvió a preguntar — ¿Me das algún motivo por el que no deba entrevistarle? Sabes que me fio de ti. Ten en cuenta que no tengo por qué contratarlo si no quieres.

—Entrevístelo. – se limitó a decir.

Y así fue. Osvaldo entró cabizbajo. Se mostró muy nervioso, distante, con la mirada perdida. Respondió a las preguntas que le hacían evidenciando una clara pérdida de interés por la oferta.

Agustín no quiso alargar demasiado esta situación tan embarazosa. Tenía en la misma habitación a dos personas que se evitaban, que estaba claro que se conocían y que además, pasara lo que pasara, no habían terminado demasiado bien.

Se levantó de la mesa, extendió su mano para estrechársela y le invitó a enseñarle partes de la instalación del hotel mientras se iba. Osvaldo, se paró y le preguntó:

—Fue usted muy amable. Quiero agradecerle la oportunidad que me brindó. ¿Podría dejarme hablar unos minutos con su... con su... con Héctor?

—Bien, claro que sí. – Agustín sonrió de forma educada, aunque no entendiera lo que ocurría e invitó con un gesto a Héctor a que fuera él el que le acompañara hasta la salida.

La pareja se dirigió hacia el pasillo, donde tras unos segundos de silencio, por fin alguien se arrancó.

—Héctor, yo... quería pedirte perdón por... por lo que sucedió aquel día.

—Ya me pediste disculpas. Está bien, no te preocupes. Escuché los mensajes en el contestador.

—No, no está bien. Actué mal. Muy mal. He estado acudiendo a un psicólogo para tratarme, para curarme. Sé que no volverá a pasar. Por favor, créeme. ¿Por qué no me das una nueva oportunidad?

—No se trata de que te crea o no. Me hiciste daño. Me rompiste el corazón, y ahora no quiero que vuelva a pasar.

—Te pido una oportunidad. Déjame demostrarte que he cambiado, que puedo ser mejor persona. Te he echado tanto de menos...

Héctor caminaba mirando hacia el frente. Observaba los cuadros, las ventanas e incluso las macetas. Procuraba no mirarle directamente. En el pasado, Osvaldo había cometido un error, pero él aun le seguía queriendo. Escasos días atrás, aun admitía a su hermana que sentía algo fuerte por él, con el correspondiente enfado de Esther.

—Mira Héctor. Hagamos una cosa. Te apunto en este papel mi número de móvil. Te dejo que lo pienses. Que pienses en volver a darme una oportunidad. Si en una semana no he recibido noticias tuyas, entenderé que no me quedan más opciones y te dejaré en paz, si es eso lo que quieres.

Héctor cogió la hoja con el móvil apuntado sin poder todavía mirarlo a la cara. Osvaldo aprovechó el momento, para pasarle la mano por el hombro, intentando mostrarle confianza y se fue. En silencio.

Esther bostezaba tímidamente en su silla. Su trabajo en el banco pasaba por momentos de aburrimiento, contrastados con aquellos en los que no paraba de atender a clientes. En ese momento, preferiría estar tumbada en un sofá, tapada ligeramente por una manta, y cerrar los ojos mientras el sueño se apoderaba de ella. Sin duda, no opondría resistencia.

Tenía su despacho orientado hacia la puerta, muy iluminado y decorado con un marco de fotos que contenía una instantánea de su familia. En ella, recordaba aquella barbacoa que disfrutó con sus padres y su hermano, un día que acabó en susto cuando una pequeña chispa saltó a las maderas secas cercanas al fuego. Suerte que su madre se dio cuenta enseguida y evitó males mayores. Fue el año en que su hermano y ella se asociaron para regalarles una barbacoa nueva, por supuesto, con medidas de seguridad mucho más óptimas que las de antes. Aparte del mencionado marco, en su mesa había una pantalla de ordenador, un teclado, un ratón, un par de archivadores para tener a mano todo tipo de impresos y una calculadora. Poco más. Le encantaba trabajar en ambientes ordenados, siempre con mucho espacio en la mesa.

Debajo de la mesa emergía uno de sus secretos a voces, ya que todos conocían la "adicción" de Esther a los zumos. Le encantaban. Daba igual que fueran de naranja, de piña, de manzana, con leche o sin ella. Solía beber entre dos y cuatro litros diarios, que, según ella, le aportaban "muchas vitaminas, una piel suave y muchas visitas al baño". Años atrás, había sufrido una gripe muy fuerte, y al visitar a su médico, este le recomendó que tomara zumo de naranja para aprovechar la vitamina C que contiene. Evidentemente, siempre es mejor una pieza de fruta, pero comenzó a acostumbrarse a beber tan preciado néctar hasta el punto de no poder vivir sin él. Se excusaba explicando que, desde entonces, el número de resfriados había disminuido considerablemente.

A pesar de esto, no era una persona propensa a enfermar. Solía comer de todo, muy variado y casi siempre sano; hacía ejercicio con regularidad y bebía mucho líquido. La dieta mediterránea cuidaba de ella y de su organismo. Sin embargo, le encantaba creer que todo se debía al zumo, y así lo proclamaba a los cuatro vientos. Sus compañeros le hacían bromas al respecto, sin ofender nunca, por lo que el tema era muy bien recibido, convirtiéndose en objeto de bromas constantes. Además, cualquiera que trabajara con ella en la entidad bancaria sabía que debajo de su mesa había un verdadero almacén.

Entre la clientela, Esther había conseguido ganarse la confianza de la gran mayoría. En ese barrio, las visitas más repetidas eran de gente jubilada que acudía para comprobar que habían cobrado correctamente su pensión, asegurarse de que nadie les había cobrado de más y que no les habían robado, por supuesto. Esther comprendía su recelo. Habían vivido tiempos difíciles en su juventud y era normal que fueran tan precavidos. Sin embargo, todos ellos habían encontrado en Esther una persona que les explicaba con infinita paciencia y amabilidad los entresijos del sistema bancario. Tanto era así que algunos jubilados no querían ser atendidos por nadie más,

repitiendo casi como un disco rayado: "No es que no me fíe de ti, pero prefiero esperarla a ella". Había conseguido, por tanto, muy buenas amistades, una confianza total de sus superiores y un trabajo bastante ameno.

Eran las doce de la mañana cuando dos hombres trajeados, portadores de sendos maletines color marrón, entraron en la entidad preguntando por Esther. Al llegar al mostrador, no tardaron en identificarse:

—Buenos días, ¿es usted la señorita Montero?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarles?

—Me llamo Braulio López y este es mi compañero Germán García —dijo mientras señalaba disimuladamente a la persona a su izquierda—. Somos abogados internos y venimos a hablar con usted sobre el incidente de la señora Laurens. ¿Podría concedernos unos minutos de su tiempo?

—Por mí no habrá problema —contestó Esther tranquilamente—. Pero déjenme avisar a mi superior para que esté al tanto de la reunión.

Pocos minutos después, con el beneplácito y la presencia del señor Mateos, los cuatro se reunieron en la sala de reuniones que hay al fondo del local y, a puerta cerrada, el abogado Germán comenzó a exponer los motivos exactos de su visita.

—Cada vez que ocurre un incidente como el de la señora Laurens, intentamos investigar lo sucedido. Y, por favor, no me malinterprete, ya que la empresa no le culpa de lo sucedido, sino que, en este caso, teme por la seguridad de sus trabajadores.

—Esta entidad en la que nos encontramos —prosiguió su compañero Braulio— es una de nuestras oficinas que cuenta con menos medidas de seguridad. Esto se debe a que, en los años en los que ha estado abierta, el número de incidentes siempre había sido cero. Se realizó un estudio, si usted mal no recuerda, señor Mateos, en el que se valoró que tres de cada cuatro clientes eran personas mayores que venían a realizar pequeños movimientos bancarios. Esto garantizaba una total seguridad frente a posibles agresiones, por lo que se decidió no incorporar medidas al respecto.

—Dicho de otra forma, este local nunca ha necesitado personal privado de vigilancia, ni cristales blindados, ni detector de metales, ni ninguna otra medida especial —retomó la palabra el abogado Germán—. Después del incidente con esta clienta tan... especial, se desea evitar que la persona agredida, en este caso la señorita Montero, decida presentar una denuncia interna por la falta de seguridad en el local. Además, también se desea valorar el estado emocional de la trabajadora en cuestión para realizar una primera valoración y así evitar bajas laborales.

—Disculpen, caballeros, que les interrumpa —dijo el señor Mateos—, pero no entiendo por qué acusan a una de mis trabajadoras de que pueda presentar denuncias contra su propia empresa.

—Todo se debe a los antecedentes —añadió el abogado Germán—. En el pasado, una trabajadora de un banco de la ciudad de Córdoba, viéndose en la misma situación que la señorita Montero, presentó una denuncia que terminó ganando en los juzgados.

—Por favor, ¿podríamos agilizar todo esto? —preguntó Esther—. Doy por hecho que ustedes han venido para que firme que no denunciaré. ¿No es así?

—Le hacemos entrega de estos documentos —dijo el abogado Germán mientras sacaba un dossier amarillo de su maletín—. Váyase los leyendo y, en caso de que quiera consultarlo con

otro abogado o gestor, le comunicamos que no habrá problemas por nuestra parte. En ellos se detalla que usted accede a no denunciar a la empresa a cambio de que nosotros hagamos todo lo posible para que esto no vuelva a pasar. De hecho, ya se ha destinado un fondo para este local, y en los próximos días se estudiará la opción de contratar a un guarda de seguridad.

Esther cogió todos los documentos con desgana. No quería decirlo en voz alta, pero ya pensaba en firmarlos desde que comenzó la reunión. Solo deseaba que terminara pronto el día, llegar a casa, relajarse en el sofá mientras veía un rato la tele y firmar. Firmar sin casi mirar.

11

Héctor y Esther quedaron pronto aquella tarde. Les había llamado mucho la atención una película que se había estrenado el día anterior, y se habían acercado al centro comercial para verla y aprovechar la tesitura para ir al supermercado y comprar lo necesario para sus respectivas casas.

Tras salir del cine, ambos hermanos pasearon visitando diversas tiendas. Esther aprovechó para comprarse algo de ropa para la cita a ciegas a la que tenía que ir junto a su amiga Diana. Días atrás se había fijado en un vestido de flores con colores verde, azul y gris. Dudaba combinarlo con unos leggings negros o con medias. Como siempre, dejaba esa decisión a última hora, ya que de lo contrario, comenzaba a cambiar de opinión cada hora y terminaba de los nervios.

Mientras ella se probaba vestidos, chafardeaba colgantes y miraba el precio de las botas, Héctor la acompañaba parándose en diversas tiendas. Dado que tenía que ir a Madrid, pensaba en comprarse otro traje y un par de camisas. Su hermana le había prometido un traje, pero quería tener ropa más variada para no ir cada día vestido igual. Y aun persistía en su cabeza el debate de comprarse una corbata azul o una rosa. O puede que comprar dos, una de cada color.

En su nuevo cargo, debía y quería causar buena impresión, aunque también dudaba en ir más informal de vez en cuando, para parecer más accesible. Al fin y al cabo, el daba una formación a los que serían sus nuevos compañeros. Separados por muchos kilómetros, pero compañeros al fin y al cabo.

—Entonces, ¿qué harás esta noche Esther?

—Diana me ha convencido para acompañarla a cenar. Conoció a uno, que viene con amigo incluido y voy para conocerlo.

—Aun no entiendo cómo consigue embaucarte para estas citas. Al menos, ¿es guapo? Por qué me imagino que tú no, pero ella lo habrá visto.

—Pues no sé nada de él. Y Diana tampoco sabe como es. Es alto. No sé nada más. – Hizo una pausa mientras miraba una tienda de lencería y se debatía en entrar a comprarse algún conjunto o esperar a que no estuviera su hermano. – Ya sabes cómo somos. Nos vamos a hacer footing y nos picamos. En este caso, perdí yo.

—Pues nada nena. Si pierdes y es guapo, bendita derrota. Si no, más te vale mover ese culo gordo y entrenar más que ella.

—Al menos, esperemos que esta vez tu cita no acabe como la última.

—No me lo recuerdes hermano. Si ocurre como la última no pienso ser educada. Me levantaré de la mesa y me iré.

—¿Prometido?

—Sí, te lo prometo.

Cuatro meses atrás, Diana ya la había pedido que la acompañara a una de sus citas increíbles, pero casi siempre a ciegas. Como en casi todas estas citas, terminaban sentándose en la mesa cuatro personas. Una mezcla heterogénea donde se distinguía perfectamente a una pareja que se hablaban, se miraban y en muchas ocasiones, se deseaban y la otra pareja, que solía mirarse en silencio, sin temas de conversación y mirando continuamente la hora. Por mucho que intentara evitarlo, Esther terminaba no solo mirando la hora, sino intentando hacerle ver a Diana que no estaba a gusto.

En su última cita, Diana había quedado con un ex—compañero de trabajo por el que había sentido algo cuando compartían su horario laboral. Éste, vino acompañado de su hermano. El hermano, resultaba ser un salido sin nada de tacto, que se hubiera desnudado nada más verla. En pocos minutos, y ni tan siquiera intentar entablar conversación con ella, ya le había acariciado la mano, le había dado unos golpecitos con el pie por debajo de la mesa, se había agachado a recoger el tenedor tres veces para mirar por debajo de la mesa aprovechando que ella llevaba un vestido corto y había jugado con la comida intentando hacer referencias demasiado evidentes con la zanahoria y la mayonesa.

Tras la cena, salieron a la calle. Antes de que pudiera darse cuenta, Esther sintió como sus frías manos le acariciaban el culo y como intentaba besarla mientras se rozaba con ella. La reacción fue bastante rápida y tras el rodillazo en la entrepierna que recibió el chico, ambas posturas quedaron rápidamente aclaradas.

La cita terminó con un “deshuevado” por un lado, y con Esther durmiendo sola nuevamente por el otro lado. Al menos, Diana había tenido más suerte y disfrutó de una “magnífica velada”.

—¿Cómo va la selección de personal en tu hotel?

—De momento ha comenzado fatal. Soy optimista y estoy convencido de que no puede empeorar. Es imposible. Así que ya deseo que llegue el lunes para ver a los otros dos candidatos.

—Entonces, hoy has conocido a dos. ¿No fue eso lo que me dijiste? ¿Dos hoy y dos el lunes?

—Sí, es lo que te dije. Pero solo he conocido a uno. Y me he afectado tanto que no he podido quedarme para conocer al otro. – Tras su conversación con Osvaldo, Héctor le pidió a su jefe ausentarse de la segunda entrevista, explicando sólo lo justo y necesario.

—¿Y qué le ha pasado a mi hermanito para que esté tan afectado?

Héctor permaneció callado durante unos segundos. Un matrimonio joven estaba parado al lado de ellos y llevaban en un carrito a una niña recién nacida.

Ambos se quedaron mirando a esa criatura angelical, mientras meditaban las opciones que tendrían de ser padres en alguna ocasión. Tras respirar hondo, decidió contárselo ya.

—El primer candidato, llegaba con muy buenas referencias y con un Curriculum muy bueno. Pero se llama Osvaldo.

—¿Osvaldo? ¿Insinúas que era Osvaldo, tu ex? – Esther se había parado en seco mientras lo miraba asombrada.

—Efectivamente. Después de tanto tiempo, he vuelto a verlo.

—¡Qué fuerte! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado?

—Me ha dicho que no me olvida y me pidió perdón. Quiere una segunda oportunidad y que nos veamos un día de estos.

—Le habrás dicho que no, ¿verdad?

No hubo respuesta. Héctor seguía inmerso en un mar de dudas y pensaba en él con ojitos de cordero degollado. Esther comenzaba a impacientarse.

—Espero que le hayas dicho que no a ese cerdo. Después de lo mal que lo pasaste, ¿no pensarás volver a salir con él? ¡No puedo creerlo!

—No lo sé. Le dije que no, pero no he sido capaz de tirar el papel que me dio con su número apuntado. No sé por qué.

Esther estaba a punto de estallar. Le hubiera montado un buen escándalo a su hermano por lo que estaba pensando hacer. Y más aún, sabiendo que seguro, terminarían quedando. Dado que no era ni el momento ni el lugar, decidieron dejar la conversación pendiente para más adelante y dedicarse única y exclusivamente a la compra.

12

Esther se levantó para prepararse un café. Era un día extraño; la calle estaba casi desierta. Desde su despacho, miraba al mostrador principal, donde sus compañeros atendían rápidamente a las pocas personas que entraban por la puerta.

En los últimos meses, había disminuido el número de personas que solicitaban hipotecas. El alto precio de los pisos y el bajo sueldo de la mayoría habían influido de manera notable. Agradecía haber tenido suerte al comprarse el piso años atrás; de lo contrario, habría tenido que pagar mucho más.

Mientras se tomaba el café, buscaba una excusa para librarse de la cita a la que se veía obligada a ir por culpa de su amiga Diana. Días atrás, estaban citados los cuatro, pero Diana tuvo que ausentarse por motivos personales, y debieron posponerla. Hoy era el día en que se llevaría a cabo un segundo intento, pero si en la primera ocasión se sentía bastante desanimada, en esta deseaba decir que no y no conocer a nadie. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un nuevo cliente.

—Buenos días, ¿es usted la señorita Montero?

—Sí, pase. Buenos días.

Esther se levantó de la silla, apartó la taza de café de su mesa y se quedó helada. Delante tenía a un chico alto, rubio, con impresionantes ojos azules y vestido con un traje marrón oscuro. Le pareció el hombre más guapo del mundo. Él no tardó en darse cuenta de que la miraban fijamente y se sintió aludido.

—Vaya, veo que me mira con atención. ¿Nos conocemos, tal vez?

Esther hizo una mueca, abrió los ojos como platos y se dio cuenta de que se había quedado inmóvil mirándolo. Intentó reaccionar.

—Disculpe, ¿podría tomar asiento?

Para tener un puesto de trabajo en el que debía tratar con el público, no estaba demostrando saber estar en ciertos momentos. ¿Por qué le había dicho "guapo"? ¿Era eso algo que se le decía a un cliente? ¿Se estaba convirtiendo en una acosadora bancaria, o podría excusarse asegurando que era una nueva modalidad de publicidad agresiva? ¿Era una nueva y poderosa forma de ligar?

El chico sonrió mientras tomaba asiento y le agradeció el piropo:

—Ante todo, gracias por lo de guapo. No todos los días uno puede ser piropeado por una mujer tan hermosa como usted.

Hizo una pausa y le dedicó una sonrisa. Tras su respuesta, Esther comenzó a ponerse colorada por lo que había dicho en voz alta. Se sentó en su silla y le escuchó con atención mientras él proseguía con su presentación.

—El motivo de mi visita es que me gustaría informarme acerca de adquirir una de esas cuentas de vivienda. Me han dicho que desgravan, ¿es eso cierto?

—Sí, sí, contamos con cuentas de vivienda. Es decir, sí que tenemos. —Esther cerró los ojos con fuerza e intentó serenarse. —Lamento lo que le he dicho; debo estar cansada y no he medido bien mis palabras. Debió ser el café.

—No se preocupe. No me ha ofendido en lo más mínimo. Si lo desea, puedo venir en otro momento.

—No, por favor, no. Ya me centro. —Se sentó más recta en su silla y acercó un folleto informativo sobre el tema, al mismo tiempo que intentaba demostrar con una sonrisa que ya estaba preparada. —En nuestra entidad podrá encontrar la mejor oferta del mercado en cuentas de ahorro. Con ella, podrá desgravar hasta un quince por ciento durante los primeros cuatro años. Por cierto, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Me llamo Carlos. Carlos Caballero. ¿Y usted?

—Me llamo Esther. ¿Podemos tutearnos?

—Será un placer. —Carlos le dedicó una sonrisa complaciente y siguió—. Y entonces, cuando hayan pasado unos años, tendré que dedicar este dinero a comprarme un piso, ¿no es así?

—Sí, en efecto, transcurridos unos años, es necesario que lo haga.

—Entonces tendré tiempo de encontrar novia en esos años.

El comentario era una carta de presentación en toda regla, y un tirito bien dirigido.

—Estaré atenta entonces. —Nada más decir eso, Esther volvió a sonrojarse al darse cuenta de que había vuelto a insinuar de forma descarada con un desconocido.

Carlos cogió el folleto que le habían mostrado y sacó de su bolsillo una tarjeta y un bolígrafo. Le dio la vuelta y escribió en el dorso. Volvió a guardarse el bolígrafo en el bolsillo y le tendió la tarjeta.

—Espero no ser demasiado atrevido, puesto que acabo de conocerla, señorita, pero me preguntaba si podría ampliarme más información cenando. Conozco un buen restaurante en el centro. Digamos... ¿este viernes?

—Sí que es usted muy lanzado, caballero. —Cogió la tarjeta mientras se tocaba el pelo como una colegiala. —Prometo pensármelo.

—Espero que me llames. No quiero que pierdas un cliente.

—Descuida. Me gusta cuidar a mis clientes.

Ambos se dieron la mano y se despidieron en silencio, mirándose. Mientras él salía del local, Esther miró el número apuntado y le dio la vuelta a la tarjeta. Estaba impreso su nombre, sus datos personales y su profesión: “Abogado”.

Héctor llegó el lunes al hotel muy cansado. No había podido dormir bien. Se lamentaba en silencio preguntándose por que era tan tonto de seguir dándole vueltas al hecho de quedar o no quedar con Osvaldo. Solo tenía su teléfono y ya estaba pensando hasta donde podrían ir en una hipotética cita. Se debatía entre finiquitar el asunto rompiendo su tarjeta, olvidarse de él y desterrar para el recuerdo la parte positiva de su antigua relación con Osvaldo o darle una oportunidad para averiguar si eran ciertas sus palabras acerca de un cambio en su actitud.

Mientras repasaba mentalmente la conversación mantenida la semana anterior con su ex, llegó al despacho de Agustín. Su jefe no había llegado todavía. En la pizarra que colgaba de la pared, había anotaciones con instrucciones para él: “Te he dejado en la mesa los expedientes con los candidatos y mis anotaciones. Revísatelas”. Observó la mesa donde efectivamente estaba dicha carpeta. No pudo reprimir la curiosidad y se fue directamente a la carpeta de Osvaldo para ver que había anotado. Cogió la ficha con sus datos y en el apartado valoraciones, ponía “No apto. Héctor no da su aprobación”.

Tras leerlo, se sorprendió que lo hubiera rechazado sin hacer ninguna pregunta. Se sentía halagado por la confianza depositada en él, pero tampoco sabía si en el fondo daba o no el visto bueno. Mientras miraba la foto del curriculum, consiguió decidirse por fin. No lo quería. No quería que fuera el elegido. Si decidía pasar de él, no quería volver a verlo nunca más. Y si finalmente se decantaba por perdonarlo, y se convirtiera en su nuevo compañero, estaría destinado a trabajar en Madrid, por lo que tampoco sería muy práctico. Mientras sonreía levemente, guardó todos los papeles referentes a él y los apartó. Al menos, ya tenía una cosa clara.

Al apartarlo, observó como debajo estaban los otros dossiers con la información de las otras tres personas. El que estaba en la parte superior, era un hombre que rondaba la cuarentena. En los apuntes, estaba anotado como puntos a favor que había estado trabajando como director en varias empresas pequeñas. En el aspecto negativo, se destacaba el hecho de que tenía pretensiones económicas más altas. Era probable que, si finalmente fuera el elegido, ese tema pudiera solucionarse, teniendo en cuenta que se estaba informando a los candidatos con un sueldo inferior al real para intentar ponerlos a prueba también en ese aspecto.

Debajo de este dossier, estaban los datos de las dos personas que conocería ese mismo día. A las once de la mañana, llegaba el primero. Un chico joven, de 25 años, llamado Rubén y que contaba con experiencia en un hotel de tres estrellas. Tras repasar por encima sus datos, destacaba la carta de presentación, en la que explicaba que deseaba casarse e irse a vivir a Madrid, por lo que era bastante oportuno. La segunda entrevista, se le concedería a una chica, llamada Mónica, que tenía un cargo de mando intermedio en un balneario.

Mientras ojeaba la información de ambas personas, Agustín entró en el despacho, bostezando y con una bolsa de la farmacia.

—Buenos días Héctor.

—Buenos días. Veo que ya ha ido de compras.

—Buff, no me hables – Contestó resoplando – Mi mujer comió algo ayer en mal estado y hemos pasado una noche bastante movidita.

—Vaya. Espero que te mejores pronto.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. Reposo, mucho líquido y dieta durante unos días. Lo malo es hacerse cargo de mis hijos que están últimamente muy revolucionados.

—No exagere, que seguro que son unos angelitos.

—¿Es que ya no te acuerdas de ellos?

Héctor sonreía recordando como hace unos meses, conoció a los hijos de Agustín. Son dos niños de siete y nueve años, que se portan de maravilla cuando hay visita en casa. Pero cuando no hay nadie, son como dos pequeñas versiones de Daniel el travieso. Discuten constantemente, dejan las cosas por el suelo, tumban sillas, juegan con la pelota y mil y una actividades no aptas para hacer dentro de casa. Los que habían podido conocer a sus retoños en plena actividad, no daban crédito de la energía que tenían.

Cuando Héctor entró en casa aquel día, los pequeños estaban especialmente alterados. Si realmente el azúcar revoluciona a los niños, éstos debieron comer diez kilos cada uno. Aunque lo peor es analizar sus actividades y juegos favoritos. Había que estudiar sus juegos, ya que de lo contrario, puedes no darte cuenta de que el juguete de hoy, es el mechero de la cocina. Uno no siempre se aparta a tiempo o consigue convencerles de que con esas cosas no se juega. Así que antes de que pudiera gesticular palabra, notó un calorcito que provenía directamente de su corbata. Y es que aquella primera visita, terminó un tanto calcinada.

—He visto que el señor Rubén Baños estaba esperando ahí fuera. ¿Te has leído algo de él? ¿Le digo que pase ya?

—Solo me ha dado tiempo a ojearlos. Ahora me lo leeré un poco mejor si te parece bien.

—Sí, está bien. Comencemos ya.

Tras una hora larga de entrevista, en la que intentaron averiguar lo máximo posible del entrevistado, y una vez el entrevistado se hubiere ido, Héctor charló durante cinco minutos con su superior para intercambiar su opinión y, en este caso, comentarle que lo veía apto. Casi todo lo que habían escuchado de él, era bueno. Sólo le habían encontrado una pega. Tras preguntarle qué pasaría si se terminara la relación que mantenía con su novia, éste había respondido que se volvería para Barcelona. Y lo dijo bastante seguro, sin darse cuenta que su respuesta era analizada para el puesto de trabajo. Daba demasiada importancia a la relación y no parecía involucrarse todo lo que se esperaba del cargo ofrecido.

Tres horas más tarde, después de que Héctor pusiera sus cosas al día, llegó el turno de una nueva entrevista. La última de las cuatro planeadas. No iba con demasiadas ganas, pues aunque podía delegar su trabajo a otras personas, se había encontrado con un problema de catering y con un cliente con causas pendientes con la ley. En el hotel, como cada noche, se envían todos los datos de los clientes a la jefatura de policía quien, tras revisarlos, a veces suelen encontrarse a personas

con multas por pagar, algún que otro ladrón o personas que evadían impuestos.

A parte de llevar el departamento de recursos humanos, una de las misiones de Héctor era, en estos casos, no solo avisar a sus superiores de lo ocurrido, sino además, abrir y cerrar la habitación a los agentes, proporcionar copias de las cintas del sistema de televisión, asegurarse que nadie entrara en esa habitación sin permiso, etc. Así que tuvo que ir a recepción, recibir a los agentes, explicarles la situación y delegar sus obligaciones. Volvió a pasar por su despacho, cogió sus apuntes y se dirigió al despacho para una nueva entrevista.

Una vez cruzó el vestíbulo principal y alcanzado el pasillo principal, que da acceso al restaurante, observó como una chica le hacía un gesto sutil para que se parara. Así pues, se acercó para atenderla.

—Hola, buenos días. Vengo a una entrevista de trabajo ¿Podría indicarme como llegar al despacho del director? – se interesó ella.

No obtuvo contestación. Era ella, era Mónica, la chica a la que estaban esperando. La reconoció enseguida gracias a que acababa de ver su foto en su Curriculum. Héctor se había quedado petrificado. No pestañeaba. No respiraba. Estaba como hipnotizado. Simplemente, miraba esos ojos verdes como quien descubre un tesoro.

Mónica resultó ser una chica morena, con el pelo largo y liso, con unos ojos deslumbrantes. Medía alrededor del metro setenta y su cuerpo era delgado y atlético. Era difícil cruzarse con una chica de estas características y no volverte para mirarla. Llegó al hotel vestida con un traje gris oscuro, con pantalón liso y chaqueta ceñida, camisa blanca y zapatos de tacón alto. Transcurridos unos segundos, por fin pudo reaccionar.

—Sí, al fondo del pasillo a mano derecha.

—Muchas gracias.

—Disculpe. ¿Es usted la señorita Mónica Sánchez verdad?

—Sí, así es.

—La estábamos esperando. Me llamo Héctor y estaré presente en la entrevista. Por favor, acompáñeme.

Mientras caminaban por el pasillo, ella miraba a su alrededor observando la decoración del hotel y observaba de reojo a Héctor, que caminaba recto hacía el despacho, a un ritmo más bien alto. Sin dirigirse a ella, sin comentarle nada ni de la oferta, ni del hotel. Ni siquiera un tema de conversación sacado a la fuerza. Simplemente, caminaba recto y rápido.

Al entrar en el despacho para presentarle a Agustín, Héctor cayó en un detalle que hizo que comenzara a temblar de arriba abajo. Su piel se estremeció como el niño que cree ver a un fantasma. Toda la seguridad que solía tener en sí mismo, había desaparecido por arte de magia. La chica había entrado en el despacho y él la observaba fijamente. Le miraba las piernas, observaba el movimiento de su pelo al andar, sus brazos, sus manos, su cuello y... ¡no conseguía quitarle ojo a su culo! Era la primera vez en su vida que miraba con deseo a una chica.

Esther esperaba en la puerta del restaurante, vestida con sus mejores galas, en espera de su amiga Diana y con el deseo de que la noche pasara lo más rápida posible. Había hecho la promesa de acompañarla, tras perder aquel día en aquel fatídico último sprint, pero había pasado mucho tiempo, por lo que aun tenía menos ganas de conocer a ese chico alto el cual era su cita en el día de hoy.

Su combinación de falda azul lisa, a la altura de las rodillas, con botas con tacón alto (si de verdad ese chico era tan alto, había que intentar recortar la distancia de alguna forma) y su jersey ceñido, estaba provocando que el sector masculino del restaurante no pudiera apartar su mirada de ella. Lejos de sentirse admirada y querida, sentía una enorme vergüenza. Como buena mujer, le encantaba sentirse guapa y deseada, pero cuando pasaba a convertirse en el centro de atención, provocaba que se sintiera más bien como un objeto expuesto a la venta.

Veinte minutos después de la hora acordada, observó como un taxi paraba justo delante de ella, y desde la puerta trasera, su amiga Diana bajaba a toda prisa para abrazarla.

—Perdona cielo, es culpa mía. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, sólo la media a la que ya me tienes acostumbrada – dijo con una sonrisa conciliadora.

—¿Qué tal estoy? ¿Estoy guapa? – preguntó mientras giraba sobre sí misma esperando aprobación

Esther asintió con la cabeza mientras echaba un vistazo a su conjunto. Ya podía tranquilizarse, porque al entrar en el restaurante, sería su amiga el centro de atención. Había elegido una minifalda cortísima, con unas botas muy parecidas a las que llevaba Esther y lucía un escote demasiado sugerente. Si no fuera por la amistad que existía entre ambas, Esther hubiera pensado que se había vestido como una vulgar prostituta, lo que le producía una pequeña repulsión hacia ella. Por otro lado, también cabe debatir si la amistad no perjudicaba el hecho de que alguien pudiera ser sincera con ella por una vez, y que debería plantearse un cambio de vestimenta.

Por detrás de ella, asomaron los dos chicos que las iban a acompañar. Efectivamente, uno era bastante alto, de aspecto joven, moreno, con el pelo corto, con los ojos marrones a juego con la corbata que lucía junto al traje completo que había elegido para tal ocasión. ¿Era esa su cita? No podía dejar de mirarle y comenzó a creer seriamente que la noche no sería tan mala como ella pensaba. De hecho, se le caía la baba al pensar que ese chico era su cita. ¿Quién era Diana para buscarle novio? Una experta parece ser. Había acertado de pleno con los gustos de cualquier chica.

—Mira cielo, estos son Joaquín, al que no debes ni mirar ni tocar y este otro chico tan alto y guapo es tu cita a ciegas, se llama Enrique.

—Hola, buenas noches – Contestaron ambos al unísono.

Sin mucha más conversación, pero con miradas cruzadas entre los cuatro, entraron en el restaurante. El lugar había sido escogido por Diana y era la única que sabía con antelación que se trataba de un lugar iluminado sólo con velas, y por tanto, le daba un toque más romántico. Llevaba tiempo convencida de que tarde o temprano llegaría esta noche. Y más segura estaba aún de que sus planes, esta vez sí, saldrían bien.

Esther agradeció el detalle de su partenaire de apartarle la silla para que pudiera sentarse mientras Diana y su enamorado pretendiente comenzaban a cogerse de las manos y a realizarse comentarios secretos al oído. Tras la visita del camarero para anotarles sus pedidos, fue Enrique quien intentó romper el hielo.

—¿Qué te parece si nos volvemos a presentar?

—No se me ha olvidado tu nombre – Dijo Esther en tono irónico ofreciéndole una sonrisa para que supiera que era broma.

—Jaja, estoy de acuerdo en eso, y por supuesto, no pretendía ofenderte. Me refería a presentarnos bien, explicando a que nos dedicamos, y quizás, si no es ningún inconveniente, aportar algún dato sobre nuestra persona que pueda facilitar nuestra primera conversación.

Tras una explicación tan gentil, no pudo reprochárselo.

—Bueno, pues te comento. Me llamo Esther, tengo 26 años, estoy soltera, sin compromiso de momento y trabajo en un banco. Me gusta la música romántica, el cine, ir de compras y practicar deporte. Como ves, todo muy normal.

—Buena presentación – Comentó Enrique mientras se acomodaba en la silla – Me toca. Me llamo Enrique, aunque preferiría que me llamaras Quique ya que creo suena más en confianza. Tengo 28 años, también soltero, aunque hace tres meses salí de una relación de cinco años. Trabajo en una multinacional dedicada a instalaciones de electricidad en edificios nuevos y estoy en el departamento comercial. Me gusta todo tipo de música que se pueda bailar, me encantan las películas con un buen argumento, practico el tenis y me encantaría acompañarte la próxima vez que quieras ir de compras.

La idea de volver a presentarse, pero aportando más datos había resultado ser una ocurrencia de lo más acertada. Al menos ahora, ya se conocían mínimamente y podrían intentar escoger los temas de conversación mas convenientemente.

La única duda que le planteaba Quique, y que de momento no se lo preguntaría, era a que se refería con acompañarla de compras. ¿Era una broma o escondía un perverso que quería verla vestirse y desnudarse en los probadores de una tienda? Presuponía que era broma claro.

Ella, suspiró levemente mientras se servía un poco de agua en el vaso. Comenzaba a sentirse más cómoda y comenzaba a pensar que no tendría nada de malo si quisiera meterse con ella en el probador. Estaba claro, que estaba bajando la guardia alarmantemente.

—¿Y cómo es eso de trabajar en un banco?

—Un trabajo como otro cualquiera. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas.

—¿Es que acaso ese trabajo tiene algo malo?

—Estoy acostumbrada a tratar con clientes muy amables, que confían en nosotros y que nos ven

casi como amigos. Pero de vez en cuando, hay malentendidos, gente maleducada y por desgracia, cuando llegas a casa, sólo te acuerdas de ese último.

—Es decir, que atiendes a cien personas, y olvidas a noventa y nueve.

—Podría resumirse así. Pero no me quejo. Estoy muy a gusto.

—¿Y lo tuyo? ¿Qué tal va ahora con la crisis?

—De mal en peor. Cada vez está más complicado. Mi empresa tiene suerte y de momento, no nota tanto la crisis. Claro, que de esa forma, también tengo suerte yo, evidentemente.

La cena prosiguió muy animada. Ambas parejas hablaban y conectaban a la perfección. De hecho, Diana ya conectaba sin hablar y comenzaba a tener prisa por irse. En vez de cuestionarla como otras veces, Esther estaba muy a gusto con su cita, conociéndolo cada vez más y mejor y pasaba olímpicamente de los actos de su amiga.

Al llegar el postre, se hizo el silencio durante un par de minutos. Ambas parejas deseaban seguir la cita por separado, pero nadie se atrevía a pedir a la pareja contraria que se fueran por otro camino.

Una furtiva escapada al baño de Esther, fue la solución más apropiada. Así, ambas amigas podrían comentar sus planes en privado, haciendo los dos chicos lo propio en la mesa.

—¿Qué pensáis hacer Esther? ¿Va tu cita bien? ¿A que es guapo? ¿A que no me equivoqué?

—Jeje, no, no te equivocaste. Tenías razón. Es increíble – Suspiro profundo – Doy por hecho que te quieres ir con él a su casa o a la tuya, ¿verdad?

—Pues eso quería comentarte. ¿No te importa irte con él? Es que me ha invitado a subir y tengo unas ganas tan locas de decirle que sí.

—Pues vete con él y disfruta. – Dijo sonriente – Diviértete y me cuentas mañana.

—Haz tú lo mismo por favor. Dame una alegría. Quiero que mañana me llames y me digas que he acertado y que es el hombre de tu vida. ¿Lo harás?

—Calma, que estás muy alterada. Vete con él y haced lo que debáis. Yo veré ahora que hago con mi cita.

Ambas amigas se dieron un abrazo delante del espejo. Los ojos les brillaban como dos colegialas que acaban de conocer a su primer novio.

Diana y Joaquín pidieron un taxi al salir del restaurante y se marcharon a toda velocidad. Si se descuidan, casi ni se despiden de sus amigos. Tenían prisa por llegar a casa y culminar brillantemente la cita. Cualquier ciego se hubiera dado cuenta. En cambio, Esther y Quique, paseaban calle abajo sin rumbo fijo. Con cierta envidia, ambos deseaban que la noche acabara para ellos como iba a terminar la de la otra pareja. Ella no deseaba sacar el tema y esperaba que se lo currara un poquito y él no quería precipitarse.

Al final de la noche, y ya llegando a casa de Esther, ambos parecieron echar un freno a lo que deseaban, e intentar ir más despacio. No querían caer en el error de que esto se convirtiera solo en una cita de una noche. Así que Enrique se despidió dándole un beso de buenas noches e intercambiándose sus números de teléfono para repetir otro día.

Héctor estaba sentado en su despacho, mirando la pantalla del ordenador. No dejaba de darle vueltas y más vueltas. Veía la imagen de Mónica en todas partes. Se había obsesionado con su culo, sus piernas, su pelo. Con todo. Incluso había notado como el corazón le latía más rápido de lo habitual. ¿Como cuando conoció a Osvaldo? No, intentaba convencerse de que no. Creía seguir sintiéndose gay. No creía que fuera normal mirarla así. Desearla. Tras un rato obsesionado con lo ocurrido, decidió llamar a la Mari. Siempre conseguía guiarle cuando estaba perdido.

—Hola Mari, ¿cómo estás? Soy Héctor.

—Hola, pues por aquí, luchando por la vida.

—Te noto de bajón, ¿ocurre algo?

—Nada, un mal día.

—Venga, te conozco, piensas estar malhumorado hasta que te insista mil millones de veces para que me lo cuentes. Y me lo terminarás contando, como siempre.

—Vale, vale, está bien. A ver. Tú ya sabes que yo llevo bastante bien esto de que haya gente que nos vea como si fuéramos bichos raros.

—Sí, de hecho no conozco a nadie que lo lleve tan bien como tú.

—También sabes, que hoy en día, hay mucha gente que no lo ve mal y lo acepta con madurez.

—Sí, también lo sé.

—Y también debes saber, que no todos estamos de buen humor todos los días. Tenemos días malos. Y claro, si un día malo, coincide que te viene una persona del grupo de los malos...

—A ver, dame detalles.

—Déjalo, que estoy tonto hoy.

—Jaja ¿qué te ha venido la regla o qué? Cuenta.

—Pues nada. Uno que me he cruzado por la calle, me ha visto caminar y me ha preguntado si tenía hora. Le he dicho que sí, le he dicho que eran las ocho menos cuarto y se ha echado a reír en mitad de la calle por mi forma de hablar. Que si soy marica. Que si no soy un hombre, y alguna cosa más.

—¿Y?

—¿Cómo que "y"?

—Tú siempre has estado por encima de eso. Ya lo hablamos hace siglos. ¿Qué más te da a ti lo que piense ese? Que yo sepa, tú siempre has estado por encima de eso.

—Ya, pero tengo el día tonto.

—Eso ya me lo has dicho. Y como me lo vuelvas a decir, te cuelgo.

—Ya sé que no me debería de afectar, pero supongo que sus risas y sus burlas no me han sentado bien

—Olvídate. No hay que darle importancia. Un tipo así, si quiere burlarse, decide escoger cualquier cosa. A ti te llama marica, al otro, enano, a la otra, puta y así. No es más que una persona carente de autoestima.

—¿A ti aun te pasa?

—¿El qué?

—Sentirte ofendido por según que comentarios.

—A ver. Yo hace tiempo que decidí separar esos comentarios en dos grupos. En un lado, pongo los comentarios que me ofenden y que creo que vienen con maldad o burla y por el otro lado, pongo los comentarios que creo que son desafortunados. Y créeme, al cabo del día, el segundo saco, el de la inocencia, suele estar lleno, mientras que el otro solo tiene un contenido anecdótico.

—Haces que sea fácil maricón.

—Y lo es. Mira, te pongo un ejemplo. Hace un par de meses, que un cliente se me acercó para preguntarme sobre tiendas, museos y demás. Y entre bromas, me preguntó que donde podía llevar a la mujer a cenar. Se ve que habían discutido, y necesitaba un sitio romántico para hacer las paces.

—Nada mejor que un paseo por la playa

—Jeje, si, pero el caso, es que en un momento de la conversación me pregunta que cuando hay que ser mas cariñoso con una mujer, antes o después de la regla

—Anda cojones. ¿Y por qué lo pregunta a ti?

—¿Por qué va a ser? Según él, como tengo la misma mentalidad que una mujer....

—La madre que lo escupió. Pero será idiota

—Ahí quería yo llegar. No es mala persona. Solo idiota. Bueno, no le llamemos idiota, llamémosle inculto, que queda más suave jaja. Ahora resulta que a los gays nos viene la regla.

—Pues claro. De hecho yo no salgo de casa sin mis tampones jaja.

—Pero, ¿lo ves? Cosas así son normales. Esto fue directamente al saco de los comentarios sin maldad.

—Sí, y también al saco de las buenas anécdotas.

—Al menos he conseguido provocarte una carcajada.

—Sí, eso sí.

—Por cierto ¿para qué me llamabas?

Héctor recordó de nuevo el motivo real de la llamada. Pasados estos minutos, se arrepentía de haber llamado para contar algo así. Dudó unos instantes, y decidió no preguntar directamente.

—¿Qué opinión tienes de alguien que le mira el culo a una chica?

—¿El culo? Pues que le gustará.

—¿Y las piernas?

—Que le gustarán.

—¿Y que la mire de arriba abajo?

—No sé, supongo que se debe de sentir atraído por esa persona.

—¿Hablas de estar enamorado?

—No, no tiene por qué ser así. También puede ser deseo.

—¿Qué le aconsejarías a alguien que mira el cuerpo de una mujer y que a la vez, se le disparan las pulsaciones?

—Que ataque sin pensar. Rectificar es de sabios, dijo el pato bajándose de la gallina.

—¿Entonces es algo normal?

—Claro que sí. Somos humanos. Oye cielo, tengo que dejarte, que viene mi hermano. Dile a quien sea que se lance antes de que sea demasiado tarde. Ya me contarás.

Tras colgar, las dudas acerca de la conversación persistían como antes. No había sido capaz de ser del todo sincero con su amigo, pero en el fondo, creía que su consejo era bueno. Otra cosa es aplicarse el cuento. Mientras se perdía en sus propios pensamientos, Agustín se asomó por la puerta y picó un par de veces.

—¿Mal día chico?

—No, no pasa nada. Solo es un poco de sueño.

—Pues tómate unos minutos y métete un poco de café en el cuerpo. Ya verás cómo te ayuda.

—Gracias. Enseguida iré.

—Venía para decirte que ya me he decidido. La chica, esa tal Mónica, será la elegida. La llamaré esta tarde para decirle que comienza el lunes. ¿Podrás atenderla a primera hora y enseñarle el hotel y comenzar a explicarle su funcionamiento?

—¿El lunes? Sí, claro, cítala a las diez, si te parece bien.

—Pues que sea el lunes a las diez. Cuando llegue la dejo en tus manos.

—Perfecto entonces.

Ese “perfecto” había sonado triste, sin fuerza, apagado. Llevaba unos minutos dándole vueltas a una posible compañera y ahora, ya era una realidad. Tendría que pasar la semana siguiente, todo el día al lado de ella. Bien mirado, casi era lo mejor. Si sentía algo de verdad, y descubriría que los chicos no eran su única atracción, esa era la mejor forma de descubrirlo. Aunque estuviera aterrado.

16

Esther se duchaba feliz, cantando algunos de sus temas favoritos y desafinando sin preocuparle lo más mínimo. A su reloj le faltaban tan sólo diez minutos para marcar las doce de la mañana y ella sabía que al salir de la ducha, pondría rumbo a la cocina, y se prepararía un buen desayuno.

La noche anterior, tras el beso de buenas noches que le dio Enrique, todo cambió para ella. Se sentía feliz, radiante, segura de sí misma.

Su desayuno fue interrumpido por el timbre del teléfono móvil. Lo tenía muy a mano, casi al lado del plato, deseosa de que cuando sonase, fuera Quique el que llamara. Y así fue.

—Buenos días – dijo ella, mientras terminaba de masticar un trozo de tostada.

—Muy buenos días guapa. – Respondió él — ¿Sabes quién soy?

—Claro que se quién eres tonto. ¿Qué estás haciendo? Oigo mucho ruido de fondo.

—Te llamo desde una cafetería. He quedado con un amigo que hacía tiempo que no veía, ¿y tú?

—Pues me has pillado desayunando. No pensé que me llamarías tan pronto – dijo, a pesar de que estaba como loca que sucediese así.

—No quería esperar más. No he pegado ojo pensando en ti.

—Vaya, pues siento que no hayas podido dormir – dijo con cara sonriente, aunque nadie pudiera verla en estos momentos.

—Y dime, ¿qué desayuna una chica como tú?

—Sano, saludable y variado.

En la mesa, Esther había preparado un plato con tostadas, un vaso lleno de zumo de naranja recién exprimido, una jarra de leche, café recién preparado, azúcar, un croissant y cubiertos debidamente colocados. Sin duda, había preparado un desayuno más que aceptable.

—Ayer no te llegué a preguntar si hay algún hombre en tu vida. No recuerdo si me dijiste si salías con alguien o no.

—En estos momentos, solo existe un hombre en mi vida. Se llama Héctor y es mi hermano. Es toda mi vida.

—Vaya, ¿estás muy unido a él?— se interesó mientras ella ya comenzaba a desayunar.

—Sí, mucho. Somos uña y carne. Nos lo contamos todo.

—O sea, que a estas horas, él ya sabe quién soy y que nos conocemos, ¿verdad?

—Todavía no, es muy temprano.

—Bueno, mientras no mida dos metros por dos metros y me coja manía jajaja Espera, dame un minuto.

Esther dejó de escuchar el ruido de fondo de la cafetería. Dio por hecho que había tapado el teléfono mientras hacía algo, pensó ella. Utilizó esa pausa para servirse un café con leche antes de que comenzara a enfriarse.

—Ya estoy perdona – Volvió a hablar Quique – Habían dos tíos chafardeando nuestra conversación.

—Vaya, pues mándales un saludo.

—Me he apartado. Lo siento, pero no soporto a la gente que se mete donde no les llaman. Yo no sé si es porque son casi mujeres o que.

—¿Casi mujeres? – dijo, pensando que era broma.

—Sí. Son dos maricas, quiero decir, que son dos gays como dicen auto llamarse.

La definición de Enrique pilló desprevenida a Esther, que casi se atraganta con el café. Hasta ahora, la conversación estaba saliendo muy bien, pero esa falta de respeto, era casi un insulto para su propio hermano. Dudó unos segundos si preguntarle si tenía algo en contra de ellos, pero se imaginó que con una pregunta directa, seguramente se daría cuenta e intentaría disimularlo, así que optó por seguirle la corriente.

—Deberían de prohibirles la entrada a según quien. Vaya ejemplo que dan a los niños.

—¡Caray! Veo que ya vamos coincidiendo en cosas. ¿A ti también de dan asco los homosexuales?

¿Asco? Esther se quedó petrificada. Lo había intentado poner a prueba y se había llevado una buena sorpresa. Se le quitaron las ganas de desayunar de golpe. Al reaccionar, decidió aclararle ciertos puntos.

—Oye, Enrique. ¿Lo dices en serio? Porque yo no soy así, yo no suelo juzgar a la gente por su orientación sexual. Y eso de asco, la verdad, lo veo una falta de respeto enorme. Has insultado a esa pareja que has visto donde quieras estés, pero también faltas el respeto a mi hermano, que es gay. Dime, ¿te da asco mi hermano?

—¿Tu hermano es gay?

—Sí, lo es.

Durante unos segundos, ninguno de los dos fue capaz de decir nada. Enrique se dio cuenta que acababa de meter la pata hasta el fondo y no sabía que decir. Solo se le ocurrió una modesta disculpa.

—Perdona si he dicho algo malo. No pretendía faltarle el respeto a tu hermano.

—Pues lo has hecho. Mi hermano es lo más importante que hay para mí en este mundo. Si tú quieres salir conmigo, deberás entender que él está por encima de cualquier chico. ¿Lo has entendido? – dijo ella visiblemente alterada.

—Sí, perfectamente.

Acto seguido, colgó sin despedirse y dejó el móvil encima de la mesa. Cerró levemente los ojos, se terminó el vaso de zumo y dejó su desayuno sin terminar.

Héctor charlaba con tres de sus compañeros en el cuarto de técnicos de mantenimiento, cuando le avisaron que Mónica ya había llegado. Como ya había previsto, llegaba unos minutos antes de la hora a la que se le había citado. Era su primer día y seguro que quería causar buena impresión.

Mientras se acercaba a recepción, caminando por el pasillo, pudo distinguir la silueta de su nueva compañera, que la esperaba de pie observando la vista a través de la cristalera de la puerta principal. Había elegido para ese día un traje parecido al que lució el día de la entrevista, sólo que esta vez, había escogido un tono azul oscuro en vez del gris oscuro.

Al girarse, ambos se miraron y se saludaron disimuladamente. Héctor comenzó a ponerse nervioso de nuevo tras verla.

—Buenos días y bienvenida a tu nueva etapa.

—Muy buenos días y muchas gracias por tan cordial recibimiento – dijo esbozando una sonrisa mientras se tocaba el pelo para darse unos últimos retoques.

—Falta poco para que cierren el buffet del hotel, ¿has desayunado?

—Sí, ya he desayunado. Pero no te negaría tomarme alguna infusión.

—Pues entonces, vamos a tomar algo y te comienzo a explicar un poco todo.

Héctor le dio paso hacia el restaurante que, a primeras horas del día, servía un desayuno continental que hacía las delicias de los huéspedes. Ubicado en un gran salón, de aproximadamente cuatrocientos metros cuadrados, disponía de tres grandes mesas donde, separado y muy bien colocado, se distinguían tres zonas, tales como la bollería, entremeses y comida caliente.

El hotel había obtenido cierta fama por sus desayunos, muy completos y del agrado de casi la totalidad de los que habían tenido la oportunidad de probarlo. Además, hasta diez camareros se encargaban de servir y retirar las mesas; de reponer la comida proveniente de la cocina y de acudir a los clientes preguntándoles que les apetecía beber para, posteriormente, servirles una jarra de cristal transparente con el líquido demandado. Este, como casi siempre, solía contener zumo de naranja, leche o café.

Ambos se sentaron en una mesa cercana a la ventana, donde se podía divisar el pequeño jardín que decoraba la entrada al recinto. Tras cogerse un poleo—menta ella y un café con leche y un vaso de zumo de naranja él, éste comenzó a precisar detalles:

—A lo largo de esta semana, comenzaré a darte una pequeña formación de cómo funcionamos internamente. También deberás hablar con Agustín, que te detallará más cosas propias de tu cargo y Ana, que es la administrativa jefe y contable del hotel que, también lleva el departamento de recursos humanos, te explicará tu sueldo, tu contrato, te dará el manual de acogida y el resto de papeleo.

—Ok, ¿Me llamará ella o tengo que ir yo a que me atienda? – Se interesó ella mientras sorbía con serenidad su taza.

—De momento, esperaremos a que llame ella, ya que eso será señal de que tiene tiempo para atenderte. Si no, como es posible que coincidamos con ella aquí, a la hora de comer, pues ya os presentaría.

—Perfecto. Veo que lo tienes todo controlado – Dijo mientras le volvía a sonreír sin quitarle la vista de los ojos.

—Como ya habrás podido comprobar, llevo el departamento de recursos humanos, pero siempre me ha gustado el trato directo, así que conozco el funcionamiento del hotel a la perfección.

—Sí, ya veo ya. Y entonces... ¿Tendré que hacer todo lo que tú haces o tendré que buscar a alguien más o menos de tu perfil?

—No, tú tendrás un cargo superior al mío. Una de tus primeras misiones, será buscar a alguien que ocupe mi puesto allí en Madrid. Yo te ayudaré. También deberemos contratar personal específico para cada puesto de trabajo.

—Vale, entonces deberé de comenzar a prever todo esto.

—Exacto, aunque mientras tanto, te recomiendo que te mentalices que lo primordial es que el hotel comience a funcionar con normalidad para que de beneficios, así que si hay que dejar la oficina durante un rato y reforzar recepción, no te cortes.

—Vaya, estará entretenido al principio.

—Sí, pero ya te he dicho que es puntual. Además, eso ayudará a conocer al personal que tendrás a tu cargo y que haya un mínimo de confianza con ellos. Siempre ayuda no crear barreras. Cuando se abrió este hotel, fui rotando por todas las secciones. Recepción, limpieza, mantenimiento...

—Ok, entiendo. Ahora que pienso, ¿has dicho mantenimiento?

—Jaja, sí. En aquellos días iban cortos de personal. Aunque más que ayudar, estorbé un rato.

—Estaría apañada si lo hiciera yo. La última vez que cambié una bombilla, se me rompió en la mano y tuve que salir corriendo al hospital.

—Lo tendré en cuenta. Nada de bombillas.

—Te estaré agradecida eternamente, jaja

—Pues... No, no se me da bien a mí tampoco. Pero por un lado, me enseñaron a hacer alguna cosilla, que nunca viene mal aprender. Y por otro, pues mira, las pasadas Navidades, una de las labores de los técnicos de mantenimiento era decorar el hotel. Así que como tenía mi trabajo controlado, les eché una mano colocando adornos día y noche.

Al terminar de desayunar, recogieron ellos mismos la mesa y se fueron juntos a dar una vuelta por el hotel. La conversación había sido divertida y muy entretenida. Les había servido para romper el hielo. Y había ido muy bien. Cualquiera que les vea en estos momentos, pensaría que se conocen desde hace tiempo.

Héctor aprovechó el paseo para explicarle todo el funcionamiento del hotel. Normas de conducta, actuación ante situaciones de riesgo, comportamiento delante de clientes y cosas parecidas

fueron el tema de conversación durante el paseo. Así pasó el primer día de Mónica en el hotel.

18

El primer lanzamiento solo tumbó cuatro bolos. No era la actividad recreativa de Esther; siempre veía cómo su hermano intentaba dejarse ganar para darle una pequeña alegría, pero, aun así, siempre le ganaba con facilidad. Quizás una pequeña falta de interés pudiera tener la culpa de no aplicarse como debiera.

En cambio, a Héctor le encantaba echar una partida a los bolos de vez en cuando. Le servía para pasar el rato y, en muy pocas ocasiones, le gustaba apostarse algo con algún otro jugador, conocido o no, para disfrutar también de cierta competitividad.

—Bueno, hermanito. ¿Qué te parece si nos jugamos algo? Podrías darme doscientos puntos de ventaja para que quede reñido, ¿no?

—¿Y por qué no te doy mil? Así ya de paso me ganas a todas las partidas que hagamos.

—Creo que tendríamos que buscar otra actividad más neutral. Algo en lo que no destagues tanto.

—Cielo, ya te he comentado muchas veces que no tienes por qué venir a jugar conmigo. Hay muchas otras cosas que podemos hacer juntos.

—Sí, lo sé. Y yo te he contestado en el mismo número de veces que lo hago porque a ti te hace ilusión. Y eso, para mí, ya es mucho. Además, así tenemos tiempo de hablar de nuestras cosas.

Desde pequeños, siempre habían compartido muchos gustos y aficiones. De vez en cuando, se topaban con alguna actividad que solo ilusionaba a uno, mientras que el otro no lo disfrutaba o le aburría directamente. Pero siempre intentaban aprovechar el tiempo para estar juntos.

—¿Cómo te fue la cita con Diana y sus amigos? ¿Era guapo el chico que te trajo?

—Me fue bastante bien. De feo no tenía nada. Es un chico muy guapo, hermanito, muy, muy guapo.

—¡Lo veo y no lo creo! ¿Te fue bien entonces?

—Sí, creo que de momento puedo decirte que me fue bien —dijo mientras se preparaba de nuevo para tirar.

—¿Entonces?

—No sé si te lo quiero contar, jaja.

—No te hagas de rogar y dime si te acostaste con él o no.

—Jaja. Creo que es evidente que la respuesta es un no. Como siempre, ya sabes que estoy gafada.

—Bueno, ¿algún defectillo debería tener, no? ¿O es que creías que iba a ser el hombre perfecto?

—Ya sabes que el único hombre perfecto eres tú. Como todos los hombres, tiene defectos. Pero tengo dudas sobre eso —dijo mientras dudaba si contarle algo de la conversación telefónica que

tuvo con él.

—¿Y qué problema tiene este que haga que mi niña no le ponga un diez?

—Parece ser que tú eres un problema.

—¿Yo? No te entiendo —Héctor lanzó la última bola, cerrando una nueva victoria en su casillero particular.

—No estoy segura de si debo contártelo. Creo que te enfadarás con él. De hecho, no sé si estoy enfadada, decepcionada o yo qué sé.

—¿Te ha hecho algo? Dime que no te ha hecho daño.

—No, no te preocupes, hermano protector. El caso es que parece que no respeta mucho a las personas homosexuales.

—Vaya, ¿qué te dijo exactamente?

—Eso da igual. Simplemente, se ha presentado un problema inesperado y aún estoy algo impactada.

—Pero si solo tiene ese defecto, tal vez se pueda solucionar de alguna manera. No le des la patada de momento.

—No lo sé. Yo estoy buscando todavía a mi chico ideal. Y tengo pocos caprichos, pero sí que soy exigente con que se cumplan. Si no tiene todo lo que yo pido en un hombre, entonces no lo quiero.

—¿Cómo queda el tema entonces?

—Esta semana, de momento, hablamos a través del móvil. Quiero que se explique. Que lo piense bien. Queremos planificar algo para el fin de semana, y estamos pensando todavía qué hacer. Ya te iré informando.

Durante unos instantes, ambos hermanos caminaban en silencio, cabizbajos y pensativos. Devolvieron las zapatillas y subieron por las escaleras que daban acceso al recinto y que comunicaban con el resto del centro comercial.

—Prefiero cambiar de tema. ¿Entró ayer la chica nueva en el hotel? ¿Cómo es? ¿Parece competente para un puesto así?

—Sí, ayer fue su primer día. Es muy guapa y parece que no tendrá problemas para adquirir los conocimientos necesarios.

—Jeje, debe de ser guapa la puñetera, para que tú opines sobre una chica.

—Quizás te deba contar algo sobre ella. ¿Prometes no reírte? —preguntó él mientras observaba disimuladamente los escaparates.

—No entiendo. ¿Por qué tengo que reírme? ¿Qué pasa?

—Verás. Es una sensación rara. Últimamente, me estoy cuestionando muchas cosas acerca de mi vida. ¿Qué me dirías si de golpe tuvieras la sensación de que eres una persona distinta? Es como si te dieras cuenta de que te has estado equivocando durante toda tu vida, haciendo y deshaciendo principios, costumbres, valores...

—¡Corta el rollo, hermano! No estoy entendiendo nada en absoluto. Yo, si quieres, te busco un

psicólogo, pero a mí me lo tienes que explicar más claro. Cualquiera diría que te has enamorado de esa chica.

Héctor no articuló palabra. Caminó sin mirar a su hermana, esperando que ese silencio fuera interpretado correctamente por ella y evitar así tener que dar explicaciones. Parece ser que surtió efecto.

—Espera, espera, para. ¡Te gusta! ¡Oh, Dios mío, te gusta esa chica!

—¡Baja la voz, loca! Y sí, me gusta. O no. Yo qué sé.

—Madre mía. Necesito sentarme. A mi hermano el gay le gusta una... Joder, ni siquiera puedo decirlo, jaja.

—A decir verdad, no lo sé. Es una chica fabulosa, muy guapa, con muy buen cuerpo y además parece muy maja.

—Pero escúchate. Si hasta te has fijado en su cuerpo. ¿Y no pensabas decírmelo?

—Tengo muchas dudas al respecto. Además, contigo siempre hay que elegir el momento apropiado; no sueles ser discreta. Por favor, habla más bajo —Héctor le reprochó su falta de discreción en un sitio público. Si bien es verdad que estaba demasiado nervioso para darse cuenta de que nadie había reparado en ellos—. Además, pensaba intentar explicártelo de otra forma, con algún símil tal vez.

—¡Ay, madre! ¿Con un símil? ¿Pensabas decirme que ya no te gustaban los coches y que ahora prefieres las motos?

—No, pensaba más bien en la corbata.

—¿Corbata? ¿Qué corbata? ¿Ella lleva corbata? —Esther se había sentado en un banco, cruzando las piernas mientras no conseguía dar crédito a lo que le estaba desvelando su hermano.

—No sé si te acuerdas de que me regalaste dos corbatas, una rosa y otra azul. Pues bien, a mí me gustó desde un principio la rosa, pero el otro día, cuando la conocí, me asusté y recordé que me dijiste que la azul queda más varonil...

—¡Venga ya! ¿Te cambiaste la corbata? ¿Te pusiste la azul?

—Sí, lo hice —dijo, mirando al suelo avergonzado.

—¿Y ella sabe que tú eres gay? Bueno, o eras...

—Digamos que no salió el tema.

—Vaya, o sea que el problema es que no te preguntó si eras gay. Qué raro, es lo primero que pregunto cuando conozco a alguien.

—No sabía qué decirle.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Realmente te gusta?

—Ya no.

Tras hablar de nuevo por la noche, Esther decidió hacer caso a su hermano y, tal como le había recomendado, pasar momentáneamente de Enrique y centrarse en darle una pequeña oportunidad a Carlos, Carlos Caballero. Tal como se había presentado, no podía evitar añadirle el apellido tras el nombre. Él había seguido insistiendo, acudiendo diversas veces al banco, con diferentes excusas o simplemente para sacar dinero y poder verla. Cada día que Esther lo veía, se perdía en su mirada y terminaba rindiéndose levemente ante él. De hecho, tras colgar con Héctor, decidió llamarlo para saludarlo. Terminaron hablando casi dos horas.

No le gustaba la idea de salir con dos personas a la vez, pero, visto que el primero no había conseguido llegar al 100% de perfección, decidió probar con el segundo. Un día antes, lo había llamado por teléfono y habían quedado, tras casi una hora de conversación que se les pasó volando, para dar una vuelta en bici por la playa. Ella le había reclamado una cita que fuera original, y practicar deporte al aire libre había sido la propuesta ganadora.

Al llegar, se encontró a Carlos Caballero, que había llegado ya al punto establecido y la esperaba desde hacía rato. A lo lejos, Esther pudo observar cómo sostenía una vieja bici para que no cayera al suelo y tenía a la espalda una mochila grande. Vestía de sport, con gafas de sol y gorra. Al acercarse, ambos se saludaron:

—Hola, Induráin, buenas tardes.

—Buenas tardes, guapa. Como ves, he llegado antes y he ganado la primera carrera. ¿Tendré algún premio al respecto?

—Si quisiera competir, ya te habría ganado sin que te hubieras enterado —dijo Esther, dándole un beso en la mejilla mientras se recogía el pelo con una cinta.

—Pues qué mal me sabe. Por una vez, creía poder ganar a alguien en una carrera en bicicleta.

—¿Es que nunca has ganado? ¿Tan mal se te da?

—Creo que debo explicarte algo. Pero me tendrás que prometer que no te reirás de mí —hizo una pausa, momento que aprovechó para observar cómo Esther lo aprobaba con un gesto de la cabeza—. Ayer fue un día maravilloso. Y fue porque pude compartir una hora de mi vida contigo por teléfono. Fue algo maravilloso. Pues bien, en un momento puntual, me comentaste que te hacía ilusión dar una vuelta por aquí y que fuéramos los dos en bici, puesto que era algo que llevabas mucho tiempo sin hacer.

—Recuerdo perfectamente la conversación —interrumpió ella mientras se bajaba de la bici—, pero no entiendo adónde quieres llegar.

—Lo que intento decirte es que me tenías tan ilusionado con la posibilidad de tener una cita contigo, que mi mente no funcionaba con eficacia. Y cuando me ocurre eso, suelo olvidarme de detalles sin importancia.

—¿Habías quedado? Si no podías hoy, podríamos haber quedado a otra hora, por ejemplo.

—No, no, no es eso. —Carlos hizo una pausa, agachó la mirada y buscó dentro de él fuerzas suficientes para sacar la frase de su mente. Por fin, lo consiguió—. Es que no me acordaba de que no sé montar en bici.

Esther se quedó inmóvil, de pie, sosteniendo su bicicleta, mirándolo atónita sin saber si reír o llorar. Si bien estaba claro que no iba a ponerse a llorar, sí que estaba a punto de comenzar a burlarse. Sus esfuerzos para evitar soltar una tremenda carcajada no dieron el resultado deseado, teniendo que taparse con la mano levemente la boca para intentar disimular.

—¡Mírala! Si lo llego a saber, te doy plantón. ¿Tan malo es que no sepa cómo se hace?

—Perdona, perdona —dijo secándose las lágrimas—, pero es que no entiendo cómo no te inventaste una excusa para... no sé, invitarme al cine, a cenar, a comer, a merendar o yo qué sé. No te enfades, pero me acabas de chafar los planes. Jajaja.

—Vaya, pues si que comienzo con mal pie —dijo mientras ella le daba un abrazo para intentar disculparse—. Aunque creo que ha merecido la pena, puesto que he conseguido que pases un rato divertido y ahora me estás abrazando.

—Lo siento. Pero es que me has pillado por sorpresa —se disculpó mientras dejaba de abrazarle y le miraba a los ojos—. Es que no comprendo por qué no me lo dijiste.

—¿Qué por qué no te lo dije? ¿Quieres saberlo?

—Sí, dime.

—Pues porque estoy convencido de que no soy el único chico que se ha quedado boquiabierto con tu increíble belleza y tampoco creo que sea el único que ha intentado conquistarte. Mi propuesta es esta, es decir, quiero que vivamos experiencias que no vivirías con otro tío. Quiero que cada vez que salgas conmigo, creas que va a pasar algo novedoso, diferente, distinto y... original.

—Veo que has estado ensayando el discursito, jajaja.

—¿Tanto se ha notado?

—Solo un poco.

Y ambos se echaron a reír. Giraron sus cabezas hacia las bicis mientras rememoraban en sus mentes las partes que cada uno les parecían más interesantes de la conversación. A pesar de que en el fondo ambos lo deseaban, Esther comenzó a darse cuenta de la buena sintonía que había entre ellos.

—¿Y qué me propone usted ahora, señor Carlos Caballero?

—Pues si no te da vergüenza enseñar a un hombre como yo a viajar en este vehículo de dos ruedas...

—No sé si soy buena profesora.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—¿Ya te fías de mí?

—Creo que sí, que puedo confiar.

—Me alegro. Creo que allí abajo hay un sitio bastante apropiado. Es más llano, tendrás más espacio y no hay tantos niños que se puedan cruzar por delante.

—Cierto, los niños. Hay que evitar que algún torpe ciclista se los lleve por delante por no saber cómo frenar. ¿Hacia dónde es?

—Sígueme. Y, por cierto, frenar es muy fácil.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se hace?

—Busca un árbol y ve derechito hacia él. El resto ya lo averiguarás sobre la marcha.

Ambos cogieron sus bicicletas y las empujaron por el paseo, dejando atrás el embarcadero. El camino hasta llegar a la zona que Esther conocía lo aprovecharon para charlar, intercambiar anécdotas y, en el caso de ella, aprovechar cada circunstancia para seguir burlándose de él y de su “incapacidad ciclista”.

Una vez llegaron a la zona, la joven le explicó todo lo que ella creía que debía saber para aprender lo más rápido posible. Tras varios intentos fallidos, en los que Carlos Caballero demostró más miedo del que se le suponía, poniendo en contadas ocasiones el pie en el suelo, al fin consiguió avanzar más de cien metros.

Dado el pequeño desnivel de la zona, Carlos Caballero se alejó a una velocidad demasiado alta para un novato. Esther reparó entonces en que solo le había explicado un sistema para frenar que no era muy apropiado. ¿Sabría controlar la bicicleta para no hacerse daño? La respuesta era negativa. Y ya que había árboles en su camino, parece ser que se decantó por poner en práctica sus nuevos conocimientos. Se estampó contra el árbol más grande de la avenida. Esther llegó enseguida, interesándose por su amigo. Hicieron falta varias tiritas y un par de copas de vino en casa de Esther para olvidar el desastre.

A las diez de la mañana, Héctor saltó de la cama en ese sábado lluvioso. Se había despertado con el ruido del agua golpeando contra la persiana de su habitación. La lluvia estropeaba ligeramente sus planes para el día, ya que había decidido dedicarlo a limpiar la casa. Por culpa de las inclemencias meteorológicas, tuvo que bajar todas las persianas y cerrar las ventanas, que debía limpiar ese día, y que tendrían que seguir esperando al menos un día más. El objetivo era asegurarse de que no entrara ni una gota en su hogar.

Para desayunar, se preparó un tazón con cereales. Se sentó en el sofá y acercó una mesita pequeña, que le permitiría desayunar más cómodamente. Buscaba en la televisión algún programa que le llamara la atención, zapeando entre los más de quince canales que tenía configurados. Mientras esa búsqueda continuaba infructuosa, miraba de reojo la ventana, intentando hacer un listado mental de todas las tareas que tenía previstas para ese día. Separaba las que sí podía hacer a pesar de las condiciones meteorológicas desfavorables, como limpiar el baño o preparar la maleta para su viaje a Madrid; y las que tendrían que esperar, quizás hasta su vuelta, como limpiar los cristales o lavar las sábanas de la cama.

Tras terminarse los cereales, decidió apagar el televisor y ponerse manos a la obra. Se levantó y se dirigió a la cocina para comenzar con las obligaciones que se había autoimpuesto. Empezó a fregar los platos, mientras en silencio intentaba poner orden a sus ideas. ¿Por qué no podía quitarse de la mente la imagen de Mónica? ¿Por qué la consideraba tan guapa? ¿Desde cuándo tenía interés por una persona del sexo femenino? Estas y otras dudas revoloteaban por su cabeza, cuando un recuerdo emergió de su escondite: cómo La Mari le había intentado animar para acompañarla a una cita doble con dos chicos que había conocido hace poco.

Teniendo en cuenta que hacía tiempo que no salía con nadie, la idea de esa cita comenzó a cobrar sentido. Se debatía en llamarle y proponerle quedar tal y como le había comentado. Quizás incluso ese mismo día. Si la cosa no salía bien, solo perdería unas horas. ¿Y si salía bien? Entonces, perfecto. Así, seguro que, aunque solo fuera durante un rato, dejaría de pensar en su nueva compañera. Ya iba siendo hora de que se olvidara de ella, pues en pocos meses él trabajaría en Barcelona y ella en Madrid, por lo que no tenía mucho sentido seguir lamentándose.

Una vez terminado de fregar los platos, se secó las manos, cogió el móvil y llamó a La Mari.

—Hola, mariquita, ¿qué tal estás?

—¡Héctor! ¡Qué fantástica sorpresa! ¿A qué se debe tu llamada matutina?

—Resumiéndolo mucho, que no tengo ganas de quedarme en casa solo en un día tan gris como hoy.

—Me parece estupendo. ¿Llamo a Bruno y Jesús? ¿Has pensado en ir a algún sitio en concreto?

—No, no les llames. Había pensado en otra cosa. ¿No me dijiste que a finales del mes pasado

conociste a dos chicos en un bar que te invitaron a cenar y te preguntaron si tenías algún amigo que entendiera? Pues podríamos ir a cenar al restaurante italiano que tanto te gusta. Y luego ya se verá.

—¡Qué golfo! Pero, ¡qué golfo! —gritó La Mari a pleno pulmón—. Me encanta ese plan. Te cuelgo ahora, les llamo y te vuelvo a dar un toque para comentarte. ¿Te da igual la hora?

—Me da igual la hora. No tengo nada que hacer, jajaja.

—Perfecto entonces. Voy a preguntarles. Ya verás, te va a gustar mucho. Es un chico muy guapo. Se parece un poco a Antonio Banderas.

—Jaja, eso ya lo veremos. Hasta ahora.

—Hasta ahora, guapo.

Héctor colgó el teléfono y se dejó caer en el sofá. Estaba semiacostado, serio, mirando hacia ninguna parte y dudando si había hecho bien en animar a su amigo para esa cita. Por un lado, le gustaba la idea, ya que La Mari había organizado más de diez citas a ciegas para él y siempre había acertado con sus gustos. Aunque no siempre había salido bien al cien por cien. Al menos, en cuanto al físico se refería, su amigo parecía tener sus mismos gustos.

Con una leve sonrisa, comenzó a recordar sus citas pasadas. Desde la primera, donde los nervios casi lo estropean todo, hasta la última, que fue un pequeño fracaso dado que el chico al que conoció era demasiado tímido y reservado. Además, no tenía del todo claro su orientación sexual, y le serviría de prueba.

Entre estas citas, la cuarta se coló una en particular muy especial. Fue cuando conoció a Osvaldo. Cuesta creer que hubiera habido tanta química entre ellos y tan rápido. Conectaron enseguida, hablando apasionadamente de intereses comunes; acabando las frases que comenzaba el otro; juntos casi a todas horas del día. Parecía una pareja perfecta.

Pasadas unas pocas semanas, ya conocían sus respectivas casas, habían salido con sus respectivos amigos organizando cenas comunes e incluso pensaban aprovechar la nueva ley que les permitía casarse. Pero todo acabó en saco roto.

Esa noche, tal y como habían planificado ambos amigos, terminaron quedando para cenar en una cita doble. A pesar de que Héctor volvió a certificar la increíble semejanza de gustos que tenía con La Mari, el experimento de la noche se podría dar como fallido. Durante la cena, no pudo olvidar a Mónica. Cada vez tenía más claro que sentía algo por ella.

21

Con la mini cadena a todo volumen, Héctor escuchaba sus temas preferidos mientras preparaba la maleta. Silbando y tarareando, se movía de un lado de la habitación al otro, amontonando en diversas columnas la ropa que seleccionaría para su estancia en Madrid.

A pesar del volumen de la música, se dio cuenta de que el móvil estaba sonando, así que lo silenció de golpe y contestó.

—Hola, Héctor. ¿Te pillo ocupado?

—Hola, guapa. Me pillas haciendo la maleta.

—Buff, en tu caso eso puede llevar horas. ¿Te llamo más tarde?

—Jaja, no, espera, pondré el pinganillo y te hablaré por el manos libres. Y no te pases, que esto es más complicado de lo que parece, jaja.

—Llamaba para ver cómo estabas, preguntarte si necesitabas algo o si querías que me acercara con alguna película.

—Pues estoy bien. Creo que no necesito ayuda y que hoy no estoy para películas. Quiero hacer cosas en casa para no dejar nada tirado por el suelo. ¿Y tú, qué haces?

—Ahora mismo, estoy tumbada en la cama. Me he despertado hace un rato, pero tengo el día vago y me había quedado aquí, tapadita, leyendo un libro.

—Vaya, un plan perfecto. ¿Y ahora qué harás?

—Por eso te llamaba, para ver si me arrancabas de esta pereza.

—Si quieres, ven a limpiarme la casa.

—No, prefiero seguir tumbada.

—Y dime, ¿cómo te va con tu novio?

—¿Con Enrique? No lo he vuelto a ver. Solo nos hablamos por móvil de vez en cuando.

—¿Pero no me comentaste que habíais quedado para ir en bici?

—Ah, ese es Carlos, Carlos Caballero. El otro chico con el que salgo.

—¿Sales con dos? ¿En serio?

—Sí, es complicado. De hecho, si te dijera que no salgo con ninguno, también sería correcto. Salí con Enrique, el que dijo aquellas cosas sobre ti, y en la misma época conocí a un cliente especial en el banco.

—¿Piensas salir con los dos eternamente o te terminarás decantando por uno de ellos?

—El problema radica en que me gusta Enrique. Mucho. Pero no me gustó su forma de pensar acerca de tu orientación sexual.

—¿Y qué problema tiene ese tal Carlos?

—Que todavía no siento nada especial por él. Creo, vaya. Tampoco es que haya intentado nada. Solo quedamos como amigos.

—¿Solo amigos? ¿Estás segura de que es lo que él busca?

—Es que no lo sé. Ah, una cosa. Carlos Caballero no sabe ir en bici.

—¿Ah, no? ¿Y qué hicisteis entonces?

—Yo intenté enseñarle. Él, intentar esquivar un árbol. No lo consiguió y terminé haciendo de enfermera. Imagínate qué golpe se dio.

—Pues creo que deberías elegir entre uno de ellos, formalizar una relación y sentar la cabeza. Que ya toca, eh.

—¡Míralo! El que tiene las cosas tan claras. Mi hermanito el gay, que ha sido toda la vida gay, que se siente orgulloso de ser gay, que defiende a los gays y ahora, resulta que no sabe si es gay porque le mira el culo a una tía y le mola.

—Tú sigue así que te cuelgo.

—A ver. Yo solo quiero lo mejor para ti, pero es que eres un caso. ¿Hay alguna novedad en todo esto? ¿Vas a intentar salir con esa chica o no?

—No consigo dar con una solución. Llevo pensando en ella las 24 horas del día y todavía no sé qué debo hacer.

—Deberías simplificarlo.

—Suená fácil. Pero mira, estoy hablando contigo, mientras hago las maletas, recojo la habitación y miro hacia la cama. Encima de la cama están las camisas, los pantalones, el neceser, la maleta y dos corbatas. Tengo una corbata azul, que se supone que es varonil, y otra rosa. Decide por mí, ¿qué corbata me pongo? ¿La azul o la rosa?

—No lo sé. Veo que el color de las corbatas comienza a ser demasiado importante para ti. Le das mucha importancia, creyendo que será una pista reveladora para los que te rodean. Tendrás que decidirlo tú y solo tú.

Faltaba una semana para que ambos emprendieran su nueva aventura madrileña. Los detalles del viaje ya estaban previstos, desde el avión que tomarían hasta dónde se hospedarían una vez llegaran a la capital. Dado que el hotel que Mónica iba a dirigir todavía estaba en obras y, por tanto, no estaba preparado para recibir huéspedes, habían buscado por internet algún lugar cercano a su destino. Quedaron satisfechos al conseguir habitación tan cerca del nuevo recinto. No fue tarea fácil, pues ese fin de semana estaba prevista una importante reunión de científicos y muchas plazas ya habían sido cubiertas. Este dato les habría venido muy bien si el hotel ya estuviera en pleno funcionamiento, ya que habría sido formidable tenerlo lleno.

Por motivos laborales, debían ir juntos a casi todas partes. Aprovechaban los pocos ratos libres que tenían para charlar de sus cosas. Poco a poco se habían ido conociendo más y comenzaban a contarse intimidades. Tras hablar de experiencias laborales y de familia, Mónica comenzó a interesarse, de forma muy superficial, por la vida sentimental de su compañero. Así, mientras comían, ella sacó el tema.

—Y dime, Héctor, ¿hay alguien que te espere al llegar a casa? ¿Tienes pareja?

—¡Vaya! Es algo complicado, pero... No. No salgo con nadie. Estoy libre y sin compromiso.

Héctor intentó contestar con la mejor de sus sonrisas, intentando no darle demasiada importancia a su respuesta. Aun así, no conseguía estar del todo tranquilo. Como si de una partida de póker se tratara, ambos jugadores iban mostrando las cartas a su rival. En el caso de Héctor, las cartas más importantes eran las que, por ahora, debían permanecer ocultas. Cada vez que se hablaba de algo, medía muy bien sus palabras.

Tras un pequeño silencio, en el que ambos aprovecharon para terminar el primer plato que les habían servido, Héctor se dio cuenta de que sería bueno conocerla mejor. Si finalmente sentía algo por ella, esa era una de las formas de averiguarlo.

—¿Y qué me cuentas de ti, Mónica? ¿Estás soltera, casada o divorciada?

—Llámame Niqui. Así me llaman mis amigos.

—Ok, ¿y qué me cuentas de ti, Niqui?

—Ahora mismo estoy soltera. Hasta hace poco tenía novio. Rompí con él hace casi un año, con el que estuve saliendo unos cuatro años.

—Caray, eso es mucho tiempo.

—Sí, cuatro años, y el último año y medio viviendo juntos —continuó ella, mirando hacia la televisión y evitando mirar a su compañero.

—Vaya, ¿y qué pasó? —Héctor hizo una pausa de duda— Bueno, vaya, si no es meterme donde no me llaman, claro.

—No pasa nada. Conocí a Braulio hace tiempo, mediante amigos comunes, y comenzamos a salir. Después de tres años, decidimos probar suerte y alquilamos un pisito para ver cómo nos iba con la convivencia diaria. Nos lo planteamos como prueba, antes de dar el siguiente paso, que ya sería conmigo de blanco. Pero mira, cosas que pasan, no terminó bien y terminamos la relación.

—Perdona que te interrogue, pero ¿cómo se pone fin a una relación de cuatro largos años? ¿Cómo uno se da cuenta de que no funciona tras tanto tiempo?

—Es raro. O al menos, me es raro hablar de ello. Verás, cuando éramos novios, hablábamos de todo. Cualquier tema era bueno con tal de poder charlar, opinar, comentar o discutir distintos puntos de vista. Si surgía algún problema o teníamos alguna discusión, intentábamos arreglarlo cuanto antes. Y lo conseguíamos. Pero cuando nos fuimos a vivir bajo el mismo techo, en poco más de dos semanas, la situación cambió. Cuando había algo que no nos gustaba del otro, nos callábamos. ¿Por qué? No lo sé. Era como si creyéramos que opinar iba a comenzar una pelea. Y ninguno quería ser el causante, el culpable de haber elegido ese tema.

—Pero eso también pasa al principio, cuando se conoce a alguien —interrumpió Héctor, como queriendo restarle importancia a lo que le estaban contando.

—Sí, lo sé. Pero a nosotros nos ocurrió así. El caso es que cierto día comenzamos una discusión muy idiota. Yo tenía gripe, no estaba de humor y vi cómo él no se esforzaba en mimarme un poquito. No es que quisiera que se tumbara en la cama conmigo todo el día y velara por mí, pero antepuso ver un partido de fútbol con sus amigos a quedarse en casa conmigo. Creo que lo que más me molestó no fue que se fuera. Fue peor la sensación con la que me quedé. Me sentí como si huyera de casa. Como el preso que disfruta de la libertad condicional.

—Veo que el fútbol siempre se interpone en las parejas.

—Jeje. En nuestro caso, esa tontería hizo que comenzáramos a discutir. Y, por alguna extraña razón, todas aquellas cosas que nos habían molestado el uno del otro, y que no habían sido solucionadas, saltaron de golpe para empeorar la situación. La discusión llegó a ser bastante desagradable. Dijimos cosas de las que ambos nos arrepentimos incluso antes de que salieran de nuestra boca. Pero ya era tarde.

Mónica prosiguió contándole detalles de su antigua relación. Hasta la fecha, no había conseguido hablar sobre su ruptura con nadie que le prestara tanta atención y la escuchara con tanto detalle. Y es que si algo tenía Héctor era que sabía escuchar a la gente, dar buenos consejos y ser bastante discreto. Es por eso que transmitía mucha confianza.

Mientras pensaban en pedir el postre, la joven se planteaba si seguir contándole su vida o darle paso a él. Le estaba viniendo bien desahogarse por primera vez en mucho tiempo y poder hablar de su ex sin que nadie la cuestionara. Meses atrás, se había enfadado tras escuchar repetidamente a familiares y amigos acusarles de ser infantiles por separarse después de tanto tiempo sin tener motivos suficientes. Todos opinaban, pero casi nadie escuchaba.

Tras mirarse el uno al otro, ella decidió romper ese silencio tan incómodo.

—Me ha venido muy bien poder hablar de mi vida privada. Creo que hacía tiempo que necesitaba que alguien me escuchara sin que me diera la charla.

—Me gusta escuchar. Bastante más que hablar, desde luego. Jaja.

—Eres un tipo increíble. Ojalá te hubiera conocido antes.

Esther acudía tarde a su cita. Había quedado de nuevo con Enrique para ir al cine y darle así una segunda oportunidad. A pesar de no estar muy convencida, creyó que el cine sería buena opción. A las malas, vería una película. Otro tema sería como actuaría al verle. En el fondo le gustaba, pero no podía quitarse de la cabeza la palabra asco, que había utilizado para referirse a, entre otros, a su hermano.

Al subir a la última planta del centro comercial, pudo encontrarle con su mirada apoyado en la valla, con el móvil en la mano, escribiendo un mensaje o esperando su llamada y mirando de reojo el reloj de su muñeca. Al acercarse, él también la vio y se acercó para saludarla, darle dos besos y piropearla.

—Que alguien llame al cielo, porque se les ha escapado un ángel.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, no mucho. Además, merece la pena esperar a tan maravilloso monumento – dijo mientras la miraba a los ojos

—Gracias, tú también estás muy guapo. ¿Hacemos cola?

—Sí, he cogido un panfleto de estos para ver que película podemos ver. Por cierto, me gustan mucho esos tejanos – dijo mientras le daba una palmadita en el culo.

Se dirigieron a la cola mientras miraban la cartelera y observaban el reloj de reojo para ver que sesiones convenían más para no estar demasiado tiempo esperando. A pesar de no sentirse a disgusto, a Esther le hubiera gustado, después de la discusión de la última vez, que él se hubiera cortado un poco. Ciertamente es que estuvieron hablando por teléfono y habían aclarado sus puntos de vista pero, tampoco veía bien que aprovechara al primer minuto para darle un cachete en el culo.

Tras debatir mínimamente las opciones que tenían, decidieron quedarse con una comedia protagonizada por Jim Carrey. La hora del inicio no les convenía, pero ella pensó que sería bueno reírse un rato. Aprovecharon el tiempo que les quedaba para dar una vuelta por el recinto y acercarse al salón recreativo para matar el tiempo.

Por el camino, la pareja tuvo tiempo de poder seguir hablando, aunque Esther no terminara de encontrarse a gusto. Enrique era un chico simpático y bastante majo, pero comenzaba a coger demasiada confianza en determinados momentos. Quizás le prejuzgaba, pero aun tenía muchas dudas acerca de él.

Una vez dentro de la sala de juegos, decidieron echar una partida al billar, aprovechando que no había demasiada gente.

—Dime Esther. ¿Quieres que apostemos algo para hacer el juego más interesante?

—No me parece mal. ¿Qué tipo de apuesta? ¿En qué estás pensando?

—Se me ocurren varias cosas, pero no sé si son oportunas – dijo Enrique mientras la cogía de la cintura, la acercaba hacia él e intentaba besarla.

—No sigas por ahí. Córdete un poquito que nos están mirando. – dijo ella cada vez más molesta por la actitud de su acompañante. Estaba claro que si por él fuera, se habrían ahorrado el cine y la bolera y se hubieran ido directamente a la cama.

—Vamos preciosa, seguro que nos entendemos muy bien – insistió él mientras su mano había llegado ya a donde la espalda pierde su nombre.

—Espera por favor – suplicó ella mientras intentaba apartarse de él. Dado que no terminaba de funcionar y él comenzaba a darle besos por el cuello, decidió cortarle de raíz – ¡Uy, me acaba de bajar la regla!

Como si de un resorte se tratara, el recurso dio resultado. Enrique se apartó con una cara de resignación más que aparente y con voz quebrada miró a su chica ofreciéndole una segunda alternativa a la que no le era de buen agrado, teniendo en cuenta además sus primeros pensamientos.

—¿El que gane elige el restaurante?

—Bien dicho – Contestó ella sonriente, viendo que había funcionado – Me gusta la idea. Así que no pienses en sitios, porque pienso ganar. Iremos al sitio que diga yo.

—Está bien, eso ya lo veremos.

Y comenzaron a jugar. Esther iba ganando la apuesta. Durante la partida, Enrique aprovechaba cada acierto, ya fuera suyo o de ella, para intentar abrazarla o besarla. Este hecho, hizo que ella volviera a sentirse incómoda y decidió apartarlo sutilmente de nuevo.

—Tengo que interrumpir la partida un momento – dijo Esther mientras le apartaba sus manos de su cintura – Tengo que ir al baño. Ya sabes, voy que mancho jeje. ¿Me esperas a que vuelva?

—Sí, claro – Bastaba verle la cara para cerciorarse de que había vuelto a funcionar.

Esther se dirigió al baño, saliendo de la zona de tiro para evitar así interrumpir las partidas del resto de personas. Una vez en el baño, se miró al espejo intentando aclarar sus ideas sobre que debía o quería hacer. Una parte de ella sentía una extraña atracción por él, mientras que la otra mitad, sentía repulsión.

Dado que el mirarse al espejo no le dio ninguna solución, aprovechó para peinarse un poco y volver con él. A lo lejos, ya podía ver su silueta, nuevamente con el móvil en la mano y con un niño jugando muy cerca de él.

—Ya estoy aquí. ¿A quién le toca tirar?

—A ti. Te tocaba a ti. ¿Estás bien? – se interesó con timidez mientras se volvía a meter el móvil en el bolsillo.

—Vale, pues tiro. Y no te preocupes. De momento, no hace falta que llames a la ambulancia – Dijo ella mientras le sonreía.

Tras su turno, se giró hacia su acompañante y vio como un niño que llevaba tiempo jugando en la mesa de al lado y que ya se había acercado en diversas ocasiones, intentaba darle a Enrique su grúa de juguete.

—Mira que ricura. Te ofrece su juguete para que juegues con él. – dijo ella con voz maternal.

—Sí, sí, ya lo estoy viendo – protestó mientras se apartaba del pequeño como si tuviera algo infeccioso – No entiendo cómo es que no los atan para que no molesten.

—¿Atarlo? ¿Qué te piensas que es, un animal?

—No lo sé. Pero no para de acercarse a mí. ¿Es que acaso soy su padre?

—No le hagas caso pequeño – le susurró al niño mientras lo cogía en brazos tras solicitárselo con un suave gesto a su madre, que lo vigilaba desde la mesa de al lado. – Dile cariño, dile “Nene malo” jeje

—Nene maooo – Intentó decir el niño

—Lo que me faltaba ya, que se encaprichara con ser madre – susurró para sus adentros, pero intentando que sonara lo suficientemente fuerte como para que ella lo escuchara.

—¿Es que no te gustan los niños? – preguntó ella mientras dejaba al niño en el suelo para que pudiera volver con su madre

—No, no me gustan. Y no entiendo cómo puedes acercarte tanto a uno de ellos.

—¿Ah, no? ¿Y por qué si puede saberse?

—Da igual, déjalo. – Dijo mientras se alejaba un par de metros más del niño. Y en voz baja, añadió – Este es un sitio público, no deberían aceptar niños aquí.

Cinco minutos atrás, Esther aun se debatía en darle una oportunidad a Enrique para que la noche no terminara mal. Pero después de ver la poca sensibilidad que demostraba, cada vez tenía más claro que ambos no eran compatibles. Decidió armarse de paciencia y terminar al menos la partida.

Eran casi las nueve de la mañana cuando el avión procedente de Barcelona tomó tierra en el aeropuerto de Madrid. Había sido un vuelo cómodo y tranquilo. Tras realizar la pertinente maniobra para acercarse al punto indicado, Héctor y Mónica recogían su bolso de mano y se preparaban para desembarcar.

—¿Habías estado aquí antes, Niqui?

—Sí, he estado varias veces. Casi siempre he estado cuatro días, aunque esta será la primera vez que me quede tanto tiempo.

—Sí, esta vez te vas a hartar. Yo también he estado antes. Las dos veces que he venido ha sido acompañado de mi hermana.

—Lástima no haberla conocido. Hablas muy bien de ella.

—La próxima vez intentaremos concertar alguna cita.

Ambos cruzaron la pasarela y se fueron directos a la zona donde estaban las cintas. Esperaron a que desembarcaran sus maletas y, una vez que pudieron hacerse con ellas, salieron hacia la zona de llegadas. Allí, medio centenar de personas esperaban a los demás pasajeros. La mayoría eran familias que debían esperar a uno de sus integrantes. Al acercarse a la puerta, observaron cómo varios hombres, todos bien trajeados, sostenían a la vista un cartel con el nombre de una empresa o de una persona. Debían ser sus chóferes, que esperaban para transportarles a sus destinos. A pesar de que ambos sabían que nadie les estaría esperando, no pudieron evitar leer todos los carteles, buscando alguno con el que sentirse identificados.

Al salir a la calle y tras comprobar que la temperatura era bastante agradable, hicieron cola para coger un taxi mientras revisaban por separado las anotaciones que habían realizado antes de viajar. Después de revisar de nuevo la dirección exacta a la que debían ir, se montaron en el vehículo y se desplazaron al hotel.

A pesar del tráfico, atravesaron gran parte de la ciudad en pocos minutos. Pero, de golpe, se encontraron en medio de un atasco. Desconocían el motivo, dado que estaban todavía demasiado lejos, pero cuando vieron pasar varias unidades de policía, creyeron oportuno solicitarle al taxista que les dejara allí mismo para continuar a pie. Según el mapa que tenían, solo cuatro manzanas les separaban de su destino, por lo que podrían hacer ese recorrido a pie.

—No sé si me acostumbraré a una ciudad nueva —bromeó Niqui.

—Supongo que es como todo, cuestión de acostumbrarse. ¿Ya has mirado algún piso para vivir?

—Sí, ese tema ya está solucionado. Ayer me llamaron desde administración para darme el visto bueno. De momento, y si no cambio de idea con el tiempo, me hospedaré en el mismo hotel.

—Jaja, será como trabajar las veinticuatro horas entonces. ¿No te da miedo no poder desconectar?

—Precisamente por eso te he dicho lo de que si no cambio de idea. A día de hoy me parece buena idea, pero desconozco si mañana me agobiaré si ocurre algo; pueden encontrarme muy rápido.

—En mi opinión, deberías irte a las afueras, donde sea, pero que te permita desconectar y alejarte del trabajo.

—Ya lo he pensado, pero es que creo que esos días los dedicaré a viajar a Barcelona para ver a mi familia y a mis amigos.

Continuaron calle abajo cuando algo en concreto les llamó bastante la atención. Un poco más adelante, pudieron divisar por primera vez el motivo del tráfico parado: tres camiones de bomberos regaban un edificio que estaba en llamas. A su lado, unos policías intentaban aumentar el perímetro de seguridad ante unos periodistas que deseaban justo lo contrario. Las sospechas que ambos temían se hicieron realidad cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para poder leer el letrero que colgaba de una de las paredes.

—Héctor, eso que se está quemando, ¿no es el hotel al que íbamos?

En efecto. Tras cruzar al otro lado de la vía, comprobaron con desánimo cómo el lugar que les debía dar cobijo durante los próximos días ardía ante la mirada de varias decenas de curiosos.

—Mira, Niqui. Allí abajo está el que será tu hotel.

—Sí, es verdad. Parece que llevan más retraso del que creía.

—Mañana nos acercaremos a mirarlo. Recuerda que hemos quedado para verlo con detenimiento. Creo que ahora debemos preocuparnos de otro asunto pendiente. Digo yo que tendremos que buscar otro hotel.

—Qué remedio, chico. Por el tamaño de las llamas, no creo que podamos quedarnos aquí —dijo, burlándose de la suerte que habían tenido—. ¿Qué hacemos?

—Yo tiraré calle abajo y voltearé por las calles paralelas. Hotel que veamos, hotel en el que nos paremos para preguntar si hay disponibilidad.

—Buena idea. Pero te propongo otra opción: llama al hotel, al de Barcelona me refiero. Pídeles que busquen por internet hospedajes cercanos y que llamen para reservarnos.

—Me parece bien. De hecho, podemos hacer ambas cosas.

Tras varias horas de búsqueda, comenzaron a desesperarse levemente. Antes de salir de casa, ya sabían que había una convención y que sería muy difícil encontrar un hotel en el centro, pero lo que no imaginaban era que esa tarea rozara lo imposible.

Habían intentado ponerse en contacto con sus compañeros de Barcelona en más de cinco ocasiones, pero desde allí seguían buscando y encontrándose siempre con la misma respuesta: "Está completo".

Entraron en uno de los pocos que les quedaba por preguntar y tuvieron un pequeño golpe de suerte. Tras esperar su turno en la cola, no pudieron evitar escuchar la conversación que mantenía el recepcionista con un matrimonio. Se trataba de una pareja que rondaba la cuarentena; ella estaba triste, con los ojos hinchados, posiblemente de llorar, y el marido pedía disculpas una y otra vez, argumentando que necesitaban cancelar sus vacaciones y volver a casa.

Por lo que pudieron escuchar, la pareja abandonaba el hotel, lo que les daba mínimas esperanzas

de poder encontrar alojamiento. Al ver cómo se iban y al llegar al mostrador, el recepcionista les informó de un detalle que habían dejado pasar por alto.

—En efecto, señores, pueden ustedes ocupar el hueco que deja el matrimonio al que acabo de atender. Les informo que es una habitación con cuarto de baño propio, televisión, caja fuerte, muy bien iluminada y que dispone de un sofá, dos sillas de escritorio y una cama de matrimonio.

Habían recorrido más de setecientos kilómetros y se encontraban con que una de sus opciones era dormir... juntos.

—¿Qué hacemos? —comentó Mónica—. ¿Es la única opción? No se me ocurre nada.

—Pues yo solo veo dos opciones: o esto, o buscar un hostel. Pero cabe la posibilidad de que también estén completos. No lo sabemos.

—Yo digo que este lugar está muy cerca de nuestro hotel y que, además, es posible que solo sea esta noche. Mañana podemos buscar otro o puede que quede otra habitación libre aquí mismo.

—Pues habrá que compartir cama —dijo con resignación.

—Ya somos mayorcitos como para andarnos con tonterías. Creo que a estas alturas podemos compartir una cama sin problemas.

Evidentemente, si ella supiera que, en teoría, él era gay, seguramente se habría lanzado con más empeño a quedarse con dicha habitación. Posiblemente a ninguno de los dos le entusiasmaba la idea, pero, dado que no había problemas con el dinero, puesto que pagaban sus jefes, decidieron quedarse con la habitación. A pesar de que sonara un tanto extraño, estaban a punto de acostarse juntos en la misma cama. A dormir. Se entiende, ¿no?

Tras el incidente de Enrique y su poco agrado hacia los niños, Esther volvió a plantearse su plan B en cuanto a novios se refiere. Carlos Caballero siempre estaba ahí y acudía a su llamada.

En esta ocasión, decidieron sustituir las fracasadas clases de bicicleta por algo más tranquilo. Quedaron en ir al cine a ver una película infantil elegida por ella. De esta forma, rodeado de niños, podría mirar de reojo a su acompañante y ver su comportamiento durante un rato. Además, Carlos Caballero le había pedido ayuda a Esther para buscar un regalo apropiado para un amigo y su prometida, cuyo enlace estaba ya a la vuelta de la esquina.

—Contéstame a una pregunta: ¿puedo saber por qué vamos a ver una película infantil?

—No sé, me lo pide el cuerpo. ¿Por qué? ¿Hay algo que no te guste del plan?

—Cualquier plan contigo siempre me gustará. Solo que me ha sorprendido que lo tuvieras claro. ¿Ya habías estudiado la cartelera en casa?

—Sí, exacto. Todo está atado y bien atado. ¿Tienes alguna idea en mente de qué le vas a regalar a tus amigos?

—Tengo varias opciones. El otro día estuve en su casa y me fijé en que tenían botellas de vino y de cava por el suelo. A ver si encontramos algún botellero original.

—Vale, es una opción. ¿Ya estás seguro de que les puede hacer ilusión? Porque mucha gente regala cosas que luego no se usan y terminan en un rincón cogiendo polvo.

—En ese caso, cualquier cosa material puede incluirse en esa teoría, ¿no es cierto?

—Cierto. Yo suelo regalar cheques regalo en estos casos. No queda tan original como un regalo, pero sí es muy efectivo. Como verán el dinero exacto que destinas a ellos, siempre es bueno esmerarse un poco más.

—¿Y de dónde son los cheques regalo que coges tú?

—Te vas a reír —dijo ella, cogiéndolo de la mano mientras se giraba para mirarle a los ojos—. Sí tengo la confianza suficiente, suelo regalar vales de centros comerciales. Es decir, de supermercados.

—¡Venga ya! Pero, ¿a dónde vas con un cheque del Carrefour o del Eroski?

—Feo no. El truco está en incluir una nota divertida.

A pesar de contar la anécdota como si fuera suya, lo cierto es que la idea original fue de Héctor. Su hermano había usado este recurso en la boda de unos amigos, convirtiéndose así en una de las cosas más recordadas de aquel día. Héctor les había comprado un reproductor de DVD, que por aquella época era lo más nuevo del mercado. Pero el hermano del novio ya lo tenía comprado y se lo dio antes que él. A raíz de ello, decidió cambiarlo por una mini cadena, sin haberse dado cuenta de que no tenían una, sino dos.

Al devolver el equipo de música, la persona que le atendió lo reconoció de la anterior vez y le sugirió la idea del cheque regalo. No le pareció buena idea, ya que en aquella tienda solo estaban especializados en electrodomésticos. Fue entonces cuando se le ocurrió pasarse por el supermercado más grande y más cercano a la zona donde irían a vivir la feliz pareja y adjuntar una nota que decía lo siguiente: “Cuando os despertéis a la mañana siguiente después de la noche de boda, exhaustos y felices, agradeceréis tener café, leche, cereales, zumos... Ese será el momento en el que apreciaréis mi regalo”. Y fue un sorprendente éxito.

Esther no había hecho más que copiar en repetidas ocasiones la idea de su hermano y allá donde iba, lo convertía en el regalo más comentado.

Una vez terminada la sesión, Esther se sentía satisfecha. Se había reído mucho, a pesar de ser una película infantil, y había comprobado cómo a Carlos Caballero sí que le gustaban los niños. Además, le había convencido la idea del cheque regalo y pensaba ponerla en práctica.

Al llegar a casa, ambos se pararon en la puerta de la calle donde vivía ella. Era el momento clave, en el que había que tomar la decisión de seguir con la cita o terminarla aquí. Fue el momento en el que Carlos Caballero decidió besarla, acercándose lentamente hacia ella, ambos de pie, mientras le cogía las manos.

Pero no siempre estos besos salen igual de bien que en las películas. En el momento en que movían la cabeza de un lado a otro buscando la posición ideal, Esther hizo un gesto y, sin querer, le dio con la nariz en un ojo. Ambos se echaron a reír, y fue cuando él metió la pata y lo estropeó todo.

—No te preocupes, cielo. Estoy bien. Soy consciente de que estas cosas no se hacen a posta. Con esa nariz, seguro que no soy el único al que has dejado tuerto.

Y el embrujo se rompió. A pesar de que el comentario no pretendía ofender, lo había conseguido con gran éxito. Y es que Esther era considerada para muchos una mujer perfecta. Solo se le podía atribuir un único defecto: la nariz.

Este comentario sin importancia provocó que los recuerdos de infancia y, sobre todo en su adolescencia, volvieran a estar más que presentes. Era un defecto teóricamente superado, pero el incidente la dejó noqueada. Se despidió de su acompañante y subió a casa.

Héctor estaba sentado en una de las sillas de su habitación, mirando la cama de matrimonio con preocupación. La obsesión por su compañera había ido en aumento en los últimos días. Le resultaba familiar ese sentimiento; cuanto más la conocía, más se daba cuenta de que sentía algo por ella. Cada vez estaba más claro. Poco a poco, comenzaba a recordar que había experimentado algo muy parecido hace algunos años, algo similar a lo que había sentido, en su día, por Osvaldo.

Sin embargo, ahora, una de sus inquietudes no era descubrir si sentía o dejaba de sentir, sino cómo iba a compartir cama con ella. ¿Qué sucedería si se despertaban a medianoche y se daban cuenta de que estaban demasiado juntos? Recordaba, preocupado, el número de veces que había dormido acompañado. Y el dato no era alentador, ya que siempre lo había hecho abrazado. ¿Abrazaría a Mónica durante la noche? Evidentemente, sería sin querer, ya que en ese momento su obsesión era evitarlo por todos los medios. ¿Cómo reaccionaría ella si eso ocurría? Mientras se levantaba para observar la calle a través de la ventana, pensó que tal vez sería buena idea hablarlo con ella para evitar malentendidos. Pero claro, ¿no sería eso un poco infantil? Una frase le martilleaba la mente: "Ya somos mayorcitos, ¿no?". Si ella argumentaba que ambos no eran críos, ¿cómo le iba a plantear un tema así? La pregunta "¿Qué pasa si nos abrazamos?" sonaba bastante patética.

Otro dato saltó a su mente: hay cosas en los hombres que no se pueden evitar. Si ambos se despertaban abrazados, ¿notaría algo ella? Comenzaba a ser muy rebuscado, pero no eran posibilidades demasiado descabelladas.

Mientras seguía asustándose a sí mismo, Niqui entró en la habitación. Se estaba retocando el pelo después de haberse cambiado para ponerse algo más cómodo. Vestía un jersey de punto corto y unas mallas de color gris oscuro, acompañados por unos zapatos planos, más informales. Al ser un jersey corto, las mallas marcaban su contorno perfectamente.

—¿Hay buenas vistas? —preguntó.

—Sí, se ve extraordinariamente bien el tráfico.

Ambos rieron mientras miraban por la ventana. Héctor la observaba de reojo, fijándose en su figura. Sus ojos se detuvieron en su pecho. Tal vez no se dio cuenta de que la ventana, a pesar de ser transparente, reflejaba mínimamente su imagen. Así, Mónica se dio cuenta al instante de las miradas furtivas de su compañero de habitación. Sonrió, sintiéndose halagada. Lejos de asustarse, dibujó una expresión pícaro, se retocó nuevamente el pelo, intentando dar unos últimos toques, e invitó a Héctor a salir.

—¿Qué te parece si damos una vuelta y buscamos algún sitio para cenar?

—Me parece buena idea. Mañana tendremos un día muy largo, jaja. ¿Vas así o te cambias para salir?

—¿Qué tiene de malo ir así? ¿No te gustan los leggins?

—Sí, sí, me gustan. Claro que me gustan. Perdona

—Hoy vas a cenar con Mónica Leggins —dijo acariciando sus muslos con sus manos.

—Pues, encantado señorita Leggins. Dime, ¿buscamos algún tipo de restaurante en particular?

—No entiendo. ¿Cómo que "tipo de restaurante"?

—Me refiero a que no sé si eres vegetariana; si es así, habría que buscar un lugar más de ensaladas, o si preferimos uno de menús, uno más tranquilo o de comida rápida. No sé, a eso me refiero.

—¡Ah, ahora te entiendo! Por mi parte, te diría que diéramos una vuelta. El primero que encontremos que nos llame la atención a los dos, entramos y cenamos. No tengo preferencias. Como de todo.

—Vale, voy a por la chaqueta.

Comenzó a sudar levemente. Se giró sobre sí mismo y se dirigió a la maleta para cerrarla y coger su chaqueta. Seguía estando nervioso y no podía evitarlo.

Ambos salieron de la habitación y dieron una vuelta en dirección contraria a la que habían llegado. Tras dejar atrás varias panaderías y un par de restaurantes que servían menús, encontraron un italiano que hacía esquina. A través de la puerta de cristal, se observaba un local amplio, bien iluminado, y al fondo, una cristallera que separaba las mesas de la cocina. Dentro de ella, se distinguían un par de cocineros haciendo sus peculiares malabares con las bases de pizza mientras miraban a los clientes, intentando demostrarles que allí no servían comida preparada ni congelada.

—¿Te gusta la comida italiana, Héctor?

—Sí, me encanta. Y me apetece un plato de tallarines a la napolitana.

—¿Entramos aquí entonces?

—Sí, me parece un buen sitio.

Una vez dentro, observaron que el local estaba ambientado con música claramente italiana. Las canciones que sonaban por los altavoces eran de autores como Zucchero, Laura Pausini o Paola & Chiara. El camarero les ofreció una mesa en el centro del local, donde podían ver con la misma facilidad la cocina a un lado y la calle, con su ventanal decorado con las letras del nombre del establecimiento, al otro.

Ambos pidieron enseguida, ya que lo tenían claro. Héctor solicitó los tallarines y Niqui se encaprichó con una calzone de carne y queso. A pesar de ello, él no pudo reprimir una leve sonrisa cuando el camarero se retiró.

—¿Y esa sonrisa, caballero?

—Estaba recordando una anécdota en un restaurante italiano que tuve con mi hermana. A veces, debería encerrarla.

—Cuenta, cuenta —dijo, acercando aún más su silla a la mesa, con los codos apoyados sobre ella, observando atentamente a Héctor con los ojos bien abiertos, fijos en los suyos. Intentaba intimidarlo un poco, a sabiendas de que en la habitación había comprobado que él se fijaba en

sus atributos de mujer.

—Verás, fuimos a un restaurante italiano que nos habían recomendado mis padres, y se nos acercó un camarero con perilla, intentando poner acento italiano, aunque se notaba a leguas que no lo era. Debía ser rumano o de algún parecido nórdico; soy incapaz de decirte cuál. Se acercó a la mesa y nos preguntó qué queríamos tomar. Mientras yo le pedía una pizza cuatro estaciones, el camarero le guiñó el ojo a mi hermana.

—¿Intentaba ligar con ella? —interrumpió suavemente Niqui mientras servía el agua.

—Sí, y además de forma descarada. Así que ella decidió tomarle el pelo para ver cómo reaccionaba. Se acomodó en la silla y, ¿a que no sabes lo que le pidió?

—¿Algo que no estaba en la carta?

—¡Pidió un plato de paella! —Ambos rieron al unísono. —El camarero la miró muy cortado, con el lápiz que se le caía de la mano, y lo único que se le ocurrió decir fue que no tenían. En vez de decirle que en ese local no tenían ese tipo de platos, simplemente le dijo que no disponían de paella. Así que mi hermana volvió a sonreír, lo miró fijamente y, mientras cerraba la carta con resignación, le dijo: “Bueno, pues si no hay paella, tráigame tres rollitos de primavera y ya está”.

Niqui comenzó a sentirse cómoda y relajada con Héctor. Ella ya había descubierto que él la miraba con otros ojos y comenzaba a hacer lo propio. Esperaba acontecimientos para decidirse por completo. En el fondo, la idea de compartir habitación no era más que una estrategia. ¿O se pensaría él que eso lo hacía todos los días?

Tras recibir un nuevo ramo de rosas en su oficina y una caja de bombones, Esther comenzó a pensar seriamente en darle una tercera y última oportunidad a Enrique. La noche anterior, había quedado con Diana para debatir su situación. A pesar de lo directa que es su mejor amiga al hablar de cualquier tema, discutieron la posibilidad de que algunos rasgos de la personalidad de Enrique pudieran cambiar con el tiempo. Según Diana, solo era cuestión de "domesticarlo".

Así que, tras acabar la primera caja de bombones entre las dos, sin ningún tipo de miramiento ni arrepentimiento, Esther decidió darle una última oportunidad. Su amiga, fiel a sus principios, le había recomendado, sin más, que se acostara con él. Según su teoría, los hombres casi siempre mienten, siendo pocas las excepciones en las que no lo hacen. Y una de esas ocasiones es después de haber tenido relaciones. Quizás no sea el método más apropiado, pero desde luego, Diana se creía experta en el tema.

Durante la noche, también tuvieron tiempo de hablar del "pretendiente número 2", que era la forma en que se referían a Carlos Caballero. Tras analizar lo ocurrido en su última cita con él, Esther decidió olvidarlo y concentrarse únicamente en un pretendiente.

Dado que ese día debía trabajar en horario de tarde, se fue directamente a la parte alta de la ciudad, donde había quedado con Enrique para dar una vuelta por un parque y admirar las vistas, con la playa al fondo. A pesar de llegar bastante antes, vio que su cita ya había llegado.

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, guapa. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien, como siempre. Un poco cansada.

—Me gustaría agradecerte que me des esta nueva oportunidad. Sé que lo que dije no estuvo bien y quiero pedirte disculpas. Espero que hoy conozcas al verdadero Enrique.

Tras decir esto, separó los brazos en forma de cruz, intentando mostrarse tal como es. Pretendía que ella notara que esta vez se había arreglado para la ocasión, con una camisa y unos zapatos como única variación respecto a su cita anterior. Ella lo miró mientras sonreía, para que él entendiera que sí había notado el cambio en su vestimenta.

Por desgracia para él, ella estaba buscando un cambio en él, pero no en su ropa, sino en su forma de pensar. ¿Podría una persona cambiar en tan poco tiempo? Estaba claro que no. Pero lo que quería saber de él era si esos eran sus únicos defectos conocidos o si había más que debiera conocer. De esos detalles dependía que la balanza se decantara a su favor o a favor de Carlos Caballero, a quien intentaba olvidar sin éxito.

—Recuerdo que me dijiste que tenías un hermano. Me mencionaste algo de tu familia y yo no te conté nada de la mía. ¿Te dije que tengo dos hermanos mayores?

—No —era evidente la respuesta, pero así le facilitaba que prosiguiera con su explicación.

—Pues sí. Nos criamos juntos desde pequeños en una casa en las afueras. Teníamos un jardín y copiábamos todo lo que veíamos en la tele.

—¿También los programas de teletienda?

—Jaja. No. Creo que solo les hacíamos caso a los programas deportivos y a alguna película bélica. Cuando veíamos un partido de fútbol, cogíamos el balón y echábamos un partido. ¿Te lo puedes creer? ¡Éramos impares!

—Tal vez tendrías que haberme conocido antes y poder jugar dos contra dos.

—También había días en los que veíamos películas en las que los personajes, americanos por supuesto, jugaban a béisbol o baloncesto y también lo copiábamos.

—Me has dicho que también imitaban alguna película bélica. ¿Cómo cuál?

—Bueno, daba igual cuál fuera. Mi hermano Samuel, el mayor de todos, siempre era el que se le ocurría las ideas, y mi hermano mediano, Miguel, y yo hacíamos siempre lo que él decía.

—¿Hacían siempre lo que él quería? ¿No tenían opinión?

—Generalmente no. No solíamos llevarle la contraria.

A pesar de ser una idea absurda, quiso creer que era su hermano quien tenía esos pensamientos tan negativos acerca de su hermano y que Enrique no era más que una persona sin iniciativa, que se limitaba a hacer lo que le dijeran. Y quizás también a pensar. En ese caso, sí que creía que había una pequeña opción de hacerle cambiar.

Aunque Enrique se esforzaba por caer bien a Esther, no conseguía estar tan acertado como pretendía. Las explicaciones sobre su vida privada eran bien recibidas por ella, pero terminaron haciéndose algo pesadas, sin dejarle casi espacio para que ella hablara de sí misma. "Mucho hablar y poco escuchar", pensó ella en un momento de la tarde. No quiso darle muchas vueltas, porque quizás solo fueran nervios.

Tras cenar en un restaurante de comida rápida, Enrique la acompañó a casa. De pie, uno frente al otro en la calle, se miraron a los ojos. Él suplicaba con la mirada que ella le dejara subir. Ella no lo tenía claro, así que se fueron a casa por separado.

Una porción de helado crocanti y una copa músico. Esos eran los postres elegidos por Niqui y Héctor para rematar una cena sencilla, pero exquisita. Cuando alguien tiene un antojo, siempre se recibe como un manjar. Además, la cena había estado acompañada de una interesante conversación. Se habían conocido mucho más, compartido anécdotas y pequeños secretos. A pesar de confesarse antojos, caprichos y algún que otro sentimiento, Héctor seguía guardando bajo llave uno de los mayores secretos: ella aún no sabía que era gay.

—Ha estado muy bien la cena. Me alegro de habernos parado aquí. ¡Y este crocanti está buenísimo! —dijo Niqui.

—Calla ya, golosa. Que esos postres los carga el diablo.

—Jaja, pues si lo carga el diablo, deberé rezar cuando lleguemos a la habitación. Por cierto, ¿puedo confesarte una tontería?

—Claro que sí, dime.

—A veces tienes unos gestos... Es decir, me da la sensación de... que eres gay.

¡En el clavo! Cualquiera que conociera a Héctor habría pensado que Niqui había tardado demasiado en darse cuenta de algo tan evidente. Sin embargo, él había intentado disimular al máximo, a pesar de que no le gustaba aparentar. Tras un leve e incómodo silencio, reaccionó.

—¿Y por qué lo dices? ¿Es algo que he dicho?

—No sé. Tienes unos gestos muy femeninos. Bueno, no me malinterpretes. —Niqui hizo una pausa, dándose cuenta de que su explicación no le convencía y añadió—. Y supongo que no es nada que hayas dicho, sino el cómo lo has dicho. ¿Estás enfadado?

—No estoy enfadado, solo que me ha extrañado.

El silencio volvió a apoderarse de la conversación. Mientras Niqui se arrepentía de su exceso de confianza, Héctor comenzaba a sentirse incómodo. Sin consultarla, pidió la cuenta, agachando levemente la mirada para evitar el contacto visual.

Una vez pagaron, ambos salieron en silencio del restaurante, ya eran más de las doce y los bostezos empezaban a escaparse. Caminaban como dos personas serias y malhumoradas, cerrando una cena que había estado llena de risas y buen humor. Una, pensando en pedir disculpas sin entender qué había ocurrido, y el otro debatiéndose entre confesar su orientación o esperar lo que pudiera pasar en los días siguientes.

Al pasar por un bar musical, Niqui se interpuso en el camino de Héctor y le pidió disculpas.

—Oye, lo siento, creía que te lo tomarías a broma y que nos serviría para contar alguna anécdota o reírnos. Es evidente que no te ha hecho gracia y quiero que sepas que no tienes por qué decir nada. Olvidemos el incidente y sigamos con el buen rollo que teníamos.

—Sí, está bien. Dejemos el tema atrás —dijo Héctor tras una pausa—. Creo que se nos ha ido de las manos.

Niqui no entendió exactamente a qué se refería con eso, pero no quería profundizar más. Al mirar a su izquierda, vio el bar y le propuso sellar las paces.

—Venga, muchachote, te invito a una copa para mostrarte mi arrepentimiento.

Héctor se giró para observar el local, luego volvió a mirar a su compañera y, tras ofrecerle una sonrisa forzada, se animó a entrar. Ambos deseaban dejar atrás esos momentos incómodos y volver a la ligereza de antes.

Ella pidió un Martini con limón, y Héctor secundó la idea pidiendo uno igual. Tras recibir y pagar las copas, comenzaron a observar el local. Estaba claramente separado en dos partes: la más cercana a la puerta era donde se encontraba la barra, las máquinas recreativas, el expendedor de tabaco y una máquina de recargas de saldo para el móvil. En la parte más alejada había mesas, un billar, un futbolín, dos televisores que emitían videoclips que no se asemejaban a la música que sonaba por el local y, evidentemente, la puerta que daba acceso a los lavabos.

Ambos se sentaron en una mesa, la más cercana al billar, donde una pareja estaba terminando su partida. Imponiendo su voz a las canciones de Estopa que sonaban por megafonía, Niqui se interesó en saber si iban a continuar jugando y, tras recibir una negativa, aprovechó para guardar su turno para ser los siguientes.

—¿Te gusta el billar, Héctor? Me apetece echar una partida.

—Soy bastante malo, así que no pienses que me dejo ganar.

—Yo tampoco juego bien. Pero es esto o el futbolín, y ahí todavía juego peor.

—Yo prefiero el billar. Además, el futbolín es para jugar dos contra dos. No digo que no se pueda jugar uno contra uno, pero es más divertido si somos más.

—Bueno, si quieres, les puedo preguntar si les apetece y echamos una partida contra ellos, jaja.

—Qué va, tranquila, prefiero el billar.

—Perfecto, así mataremos el tiempo con algo.

La música de fondo cambió, sonando esta vez el último éxito de Amaral. Era evidente que era un CD ya grabado, ya que no había nadie en la pequeña cabina habilitada para un hipotético DJ. No tardaron en terminar la pareja que estaba usando el billar; apresurados por una llamada al móvil de ella, que hizo que su acompañante metiera todas las bolas de forma manual, cerrando la partida oficialmente.

Se levantaron y se prepararon para jugar. Héctor introdujo un par de monedas y las bolas retumbaron al chocar entre sí, disponiéndose al alcance del jugador.

—¿Nos jugamos el desayuno de mañana? —preguntó Niqui mientras preparaba su taco con la tiza.

—Me parece un error jugarnos el desayuno —su sonrisa demostraba que conocía algún dato a destacar—. Piensa que hemos pagado una habitación con desayuno incluido. Pase lo que pase, el desayuno ya está pagado. Y encima, es un desayuno continental.

Ambos rieron. Héctor se acercó a la zona elegida para comenzar la partida, momento en el cual

la joven matizó su propuesta.

—Ya que estamos juntos en la misma habitación, podríamos jugarnos el turno del lavabo. El que gane, entra primero mañana y el perdedor, tendrá que esperar fuera.

—Hecho. Y el que gane también elegirá el lado de la cama.

Volvieron a reír y aceptaron ambos la apuesta. Comenzó tirando Niqui, no consiguiendo acertar con ninguna, al menos de momento. Este primer lanzamiento provocó que un hombre sentado en el fondo del bar, se fijara en ella. Estaba sentado en dirección a la zona del billar, tomándose una cerveza que le había dejado manchada la barba de espuma. Con los ojos abiertos, se le caía la baba casi literalmente observando sus movimientos. Tal era su descaro, que llegó a levantarse para sentarse mucho más cerca de ellos, mirándole fijamente el culo y moviendo los labios sin sentido aparente.

—Vaya culo tienes, preciosa.

—¿Perdone? ¿Qué ha dicho? —Con el volumen de la música, Niqui creyó entenderlo mal, así que no se lo tomó a mal.

—He dicho, que me gusta mucho tu culo y añadido que me encantaría darte caña. ¿Te vienes conmigo muñeca?

—Disculpe señor, pero no quiero nada. Estoy con alguien, ¿vale?

—Venga mujer. No me digas que prefieres estar con este niño antes que estar con un hombre como yo.

Fue decir esto, e intentó acariciar a Niqui, que con un rápido reflejo se apartó de él. Héctor estaba presenciando la escena, y al ver como su mano se dirigía hacia ella, saltó de su posición como un resorte para intervenir y proteger a Niqui.

—Disculpe usted, pero ya te ha pedido que la dejes tranquila —Le dijo mientras le miraba fijamente a los ojos y con su brazo apartaba a Niqui detrás de él. Protegiéndola.

—¡Mira microbio! —gritó acercándose más a él para intentar intimidarlo—. Si no quieres que te aplaste como a un insecto, vete cagando leches de aquí. Así que quita de mi camino maricón de mierda.

“Quita de mi camino maricón de mierda”. Esa frase no era nueva para él. Es el mismo insulto con la que le obsequió Osvaldo el día de su última pelea. A diferencia de aquel día, no pensaba dar media vuelta y largarse sin más. Esta vez, había que proteger a alguien. Y no pensaba ceder ni un milímetro.

—Eso me gustaría verlo. Te doy una última oportunidad. ¡Deja a mi chica en paz!

Fue decir esto, y dos hombres, bastante altos y corpulentos se acercaron a cada uno de ellos para intervenir. Uno de ellos, el más musculoso, vestido de negro y con pinganillo en la oreja, se dirigió a ambos con voz ronca y potente.

—En este local no vamos a permitir que se peleen. Hagan el favor de separarse por las buenas o nos veremos en la obligación de apartarles por las malas y llamar a la policía.

Héctor, a pesar de su estado de nerviosismo ante un inminente cambio de golpes, no tardó en darse cuenta de que les estaba hablando el responsable de seguridad del local y, por tanto, era buen momento para retirarse pacíficamente, con tal de que echaran del local a aquel tipo y poder

continuar la partida con Niqui. Dio un paso atrás y se dirigió hacia el hombre que le había hablado.

—No se preocupe, este caballero ha molestado a mi chica, pero creo que ya se ha dado cuenta de su error y estaba a punto de irse.

—¿Qué me voy a ir donde mocoso? —A pesar de las amenazas, comenzaba a perder la verticalidad y a cerrar los ojos fruto de las copas que había tomado de más—. ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú?

—¡Él no, pero nosotros sí! —dijo el de seguridad, con voz autoritaria—. ¡Salga fuera del local ahora mismo! ¡Y tú, quédate aquí y no salgas hasta que te dé permiso! — Amenazó mientras señalaba con el dedo a Héctor.

Los dos responsables de seguridad, lo cogieron en volandas y lo sacaron a la fuerza del local, no sin que dicho individuo, gritara y amenazara a todo aquel que se pusiera por delante.

Héctor acompañó con la mirada como le obligaban a desalojar el local, mientras denotaba un templanza serio, aun en tensión por si conseguía soltarse y volver, cosa que no ocurriría.

En esto, Niqui se acercó a él, le cogió de la mano, y le acarició la mejilla mientras se interesaba por él.

—¿Estás bien? Ya se ha ido, relájate.

—Sí, estoy bien. Estaba mirando si lo echaban del todo o no. ¿Tú estás bien?

—Sí, estoy bien.

Pero no lo estaba. Mónica había visto como Héctor le defendía como un príncipe azul va al rescate de su amada. Se había convertido en su ángel de la guarda, el hombre que necesitaba para sentirse segura y no tener miedo de tipos como ese. Además, había escuchado decirle “mi chica”. Le había encantado tanto como sonaba, que se dejó llevar.

—Héctor

—Dime

—Gracias

Y Mónica abrazó a Héctor. Le miró a los ojos, los cerró y le besó.

Diana preparó una cena en su casa para celebrar su cumpleaños. Había invitado a Esther, a quien había pedido que llegara un poco antes para que le diera detalles acerca de sus dos citas. A pesar de su curiosidad, también deseaba contarle a ella su experiencia con su propia cita y compartir alguna novedad en su vida.

También había invitado a Lucía, una compañera de trabajo con la que había hecho muy buenas migas; a Petra, su vecina del piso de abajo, quien conocía su ajetreada vida sentimental; y a Natalia, excompañera, amiga y rival del colegio.

Mientras preparaba la mesa del comedor, adornándola con la vajilla que heredó de sus abuelos y con las copas de vino que compró semanas atrás, se sumergía en recuerdos, recordando anécdotas con Natalia. Ambas se conocieron en la guardería y, desde entonces, habían sido inseparables. A pesar de ser buenas amigas, siempre rivalizaron por ser mejores que la otra. Las coreografías de fin de curso, el primer novio, el primer beso, ser la más popular e incluso ser la primera en tener una videoconsola. Cualquier cosa despertaba en ellas un deseo de competir que casi siempre terminaba en empate.

A pesar de su antagonismo en todas sus actividades, se tenían un respeto mutuo y siempre se ayudaban. No siempre había sido así. En el pasado, vivieron etapas en las que estuvieron a punto de llegar a las manos. Pero cierto día, cuando Natalia cumplió veinte años, necesitó más que nunca tener una amiga de verdad. Se quedó embarazada sin desearlo, y Diana fue la amiga, la confidente, la ayuda que necesitaba para superar ese mal trago. Evitó que se enteraran sus padres y la acompañó al médico para que, finalmente, pudiera abortar. Desde entonces, y a pesar de estar a veces meses sin hablarse debido a sus apretadas agendas, siempre habían encontrado un hueco si la otra necesitaba ayuda.

Una vez reunidas todas las amigas, cenaron pollo asado preparado por la anfitriona y una exquisita variedad de ensaladas, siendo la ensalada de mariscos, hecha con pequeñas gambas, lechuga, palitos de calamar y salsa rosa, la estrella de la noche. En cambio, la que contenía pepinillos quedó casi intacta.

Tras un par de horas comiendo, riendo e incluso cantando, Esther, Diana y Natalia decidieron irse a un bar de copas, mientras que Lucía y Petra se retiraban a sus casas.

—Conozco el sitio perfecto para que vayamos las tres esta noche —dijo una eufórica Natalia—. Está en el centro y tiene dos salas. En ambas suena la misma música, solo que en una la ponen más floja para que la gente pueda charlar.

—¡Estupendo! —gritó Diana, con las mejillas coloreadas por el vino—. ¡Así podremos criticar a todo chico que se nos acerque!

—¡A ligar con tres chicos buenorros! —replicó Natalia.

Y el trío se dirigió al mencionado bar en un taxi que solicitaron por teléfono. Hasta la fecha, solo Esther había tenido problemas para ligar. Si bien su problema era no encontrar al chico perfecto, el de Diana pasaba más bien por el miedo al compromiso; aunque le sonara raro, le tenía pánico al matrimonio. “Si no tengo novio, no tengo por qué temerle al matrimonio”, era su razonamiento.

Por último, estaba el caso de Natalia. Si bien había un elevado número de hombres infieles a sus parejas, no se podía ignorar que en el caso de las mujeres, ese número no se reducía a cero. Esta chica rubia, de pelo rizado y curvas voluptuosas, era un claro ejemplo. Aún no había encontrado a su media naranja, y buena parte de la culpa la tenía el hecho de que, antes de conocer a cualquier chico, ya estaba saltando a la cama con otro. Lejos quedaba aquel famoso récord vergonzoso en el que, en menos de una semana, salía de manera más o menos formal con hasta cinco chicos, a todos a quienes les juraba amor eterno.

—¿Dónde está Natalia? —preguntó Esther mientras sujetaba con su mano derecha un chupito de licor de melocotón.

—Creo que ha visto a alguien conocido y se ha parado a saludarle. Un antiguo novio, creo.

—Mira, por allí viene.

—¿Cómo están ustedes? —bromeó Natalia mientras se hacía la borracha, o al menos, más de lo que en realidad estaba—. Perdonadme, estaba con un antiguo novio.

—¿Antiguo? ¿Por qué antiguo y no actual? —indagó Diana, saltándose toda discreción posible—. ¿Cuál es el motivo por el que no seguiste con él?

—Porque me quería un montón. Era un tipo estupendo, simpático, dulce, cariñoso, y la tenía más o menos así... —hizo un gesto con las manos, alejándolas, calculando a ojo lo que sería un metro o algo así.

—¡Alaaaaaa! —gritaron sus amigas al unísono.

—Sí, la tenía así —prosiguió ella sin miedo a lo que pudieran decir o pensar las personas a su alrededor—. Pero tenía un problema muy gordo, muy gordo, muy gordo.

—¿Cuál? —se interesó Esther.

—Suéltalo, ¿qué problema tenía el “picha metro y medio”? —dijo Diana sin pensar.

—Que estaba conmigo... y con tres o cuatro chicas más. ¿Os lo imagináis? ¡Yo! Que siempre he sido infiel y he engañado a tantos chicos... ¡Engañada! Pocas veces me he enamorado, y mira. Para una vez que me pasa, ¡recibo mi propia medicina!

Tras decir eso, se dejó caer en la silla, de frente al billar, donde un grupo de chicos terminaba una apuesta por ver quién pagaba la cerveza que estaban tomando. En una pose poco femenina, con las piernas algo abiertas y sin importarle que pudieran mirarla, cerraba los ojos, recordando el daño sufrido antaño, intentando que no se le escapara ninguna lágrima.

Esta tristeza fue advertida por Diana, quien no pensaba tolerar que en el día de su aniversario, una de sus amigas pudiera estar triste. Pero fue Esther la que tuvo una idea y no dudó en proponerla en voz alta.

—¿Y si le damos una lección? ¿Qué os parece si nos reímos de ese tipo esta noche?

—No estaría mal. Vengaríamos al sector femenino. ¿En qué estás pensando, señorita peligro? —

dijo riendo Diana.

—Que a nosotras no nos conoce. Podríamos intentar ligárnoslo. Vamos a por él una de nosotras dos, le proponemos ir al baño y le quitamos los pantalones. A ver cómo vuelve a casa.

—Caray, ¿tú siempre eres así de mala? —preguntó Natalia.

—No me parece mala idea —dijo una sonriente Diana—. ¿Lo hacemos?

La respuesta fue afirmativa. La idea comenzó a cuajar y, tras unos minutos en los que detallaron todos sus movimientos, Natalia les explicó que estaba sentada en una mesa cercana a la puerta y que llevaba una camiseta roja, con chaqueta negra y una gorra gris oscura deportiva. Además, les detalló con quién estaba y cómo estaba sentado, pues, al saber quién era, lo veía desde su sitio.

No tardaron en ponerse manos a la obra con el plan. La idea era que, mientras Diana se paseaba para despistar a sus amigos, Esther iría directamente a por él, le susurraría al oído que le acompañara al baño y, una vez dentro, comenzaría la venganza.

Estaban convencidas de dejar en evidencia a un infiel y se animaban mentalmente, pensando que no solo lo hacían por ellas, sino por el honor y el respeto de toda mujer.

Todo este énfasis. Toda esta energía. Toda esta valentía. Todo el atrevimiento. Todo fue en vano en el momento en que Esther pudo ver la cara del infiel. Del odiado. Del que debía sufrir.

De pie, estupefacta y sorprendida, pudo ver la cara del traidor, que estaba manos a la obra, intentando ligar con una chica de la mesa de al lado. Este, por fin, se dio cuenta de la presencia de Esther y se giró para mirarla. Ella, con los ojos bien abiertos, solo pudo preguntarle una cosa:

—¿Enrique? ¿Eres tú?

Héctor se quedó mirando a Mónica mientras ella se movía con total desinhibición, la luz tenue resaltando su figura. Una mezcla de confusión y sorpresa invadió su mente. Las imágenes de la noche anterior comenzaron a fluir, pero todo seguía siendo un rompecabezas desordenado.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó en voz baja, tratando de recordar los detalles.

Mónica salió del baño, secándose las manos con una toalla y sonriendo de una manera que a Héctor le pareció tranquilizadora, pero a la vez inquietante.

—¿Todo bien? —preguntó ella, notando su expresión.

—Sí, solo... estoy intentando procesar esto —respondió, levantando una mano para señalar la cama y la situación.

—¿No te gusta lo que ves? —bromeó, pero había una chispa de inquietud en sus ojos.

Héctor sintió un nudo en el estómago. No era que no le gustara; más bien, todo era demasiado nuevo y rápido.

—Es solo que... —se detuvo, buscando las palabras—. Nunca he estado en una situación así.

Mónica se acercó, su sonrisa ahora más comprensiva.

—¿Nunca has pasado la noche con una chica?

Él asintió, sintiendo cómo la incomodidad aumentaba.

—No sé cómo manejar esto. No estoy seguro de qué esperar —admitió, evitando su mirada.

—Está bien, podemos tomarnos nuestro tiempo. No hay presión —dijo Mónica, acercándose un poco más.

La tensión en el aire comenzó a disiparse, y Héctor se dio cuenta de que Mónica no parecía querer que se sintiera obligado a nada.

—Gracias. A veces me asusto de mis propias reacciones —murmuró, aliviado de poder abrirse.

Mónica le dio una suave palmada en el hombro, y la calidez de su gesto le hizo sentirse un poco más a gusto.

—¿Te gustaría desayunar algo? —sugirió ella, cambiando de tema—. Tal vez un buen café nos ayude a despejarnos.

—Eso suena bien —respondió él, sintiendo que su corazón se calmaba.

Mientras ella se vestía, Héctor empezó a pensar en cómo abordar el día. Tal vez no había necesidad de apresurarse. Después de todo, estaban juntos en un lugar tranquilo, lejos del ruido del mundo exterior.

—¿Te gustaría que fuéramos a la terraza? —preguntó Mónica, al tiempo que se abrochaba el pantalón.

—Sí, me encantaría —dijo Héctor, sintiendo que la idea de compartir un desayuno en un ambiente relajado podría ayudarles a ambos a clarificar las cosas.

Salieron a la terraza, donde el aire fresco les recibió. A medida que el sol comenzaba a asomarse, la luz llenaba el espacio, y Héctor se sintió más esperanzado. Quizás lo que había comenzado como un caos podía transformarse en algo más significativo.

Mientras disfrutaban de su desayuno, la conversación fluyó con naturalidad. Hablaban de sus gustos, de sus planes para el día y de lo que significaba para cada uno esa inesperada experiencia. Poco a poco, Héctor se dio cuenta de que, aunque todo era nuevo y desconcertante, también había una oportunidad de explorar algo diferente, de descubrirse a sí mismo de una manera que nunca antes había imaginado.

Héctor sonrió, intentando desviar la tensión con humor, pero no pudo evitar sentirse un poco más expuesto.

—No, nada de extraterrestres. Es solo que... —se detuvo, buscando las palabras—. Es la primera vez que me despierto así, sin tener claro qué ha pasado.

Mónica lo miró con curiosidad, su sonrisa se desvaneció un poco.

—¿Y eso es malo? —preguntó suavemente.

—No, no es malo. Solo... diferente. —Se frotó la nuca, intentando relajarse—. No esperaba esto anoche.

Mónica se quedó en silencio por un momento, como si estuviera sopesando sus palabras. Luego, con un guiño, dijo:

—Bueno, a veces lo inesperado puede ser lo mejor. ¿Te gustaría que habláramos de lo que pasó?

Héctor sintió un nudo en el estómago. La idea de poner en palabras lo que había sucedido le parecía aterradora, pero a la vez necesaria.

—Sí, creo que eso ayudaría —respondió, sintiendo cómo la sinceridad se abría paso.

—Bien, entonces —dijo Mónica, acomodándose un poco más sobre él—. ¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

—No sé... tal vez la sensación de haber cruzado una línea sin estar preparado para ello. —Su voz tembló ligeramente—. Y la presión de que esto signifique algo más.

Mónica le acarició suavemente el brazo, su gesto era tranquilizador.

—Podemos tomarnos nuestro tiempo. No hay prisa, ni expectativas. Solo disfrutemos del momento.

Héctor sintió un alivio inesperado ante su respuesta. Era un enfoque maduro y comprensivo, y eso le dio un poco más de confianza.

—¿Te gustaría desayunar algo? —sugirió, tratando de cambiar un poco de tema.

—¡Buena idea! ¿Qué tal si hacemos un café y algo dulce? —propuso, saltando de la cama con una energía renovada.

Mientras ella se movía por la habitación, Héctor la observaba, sintiendo una mezcla de admiración y nervios. Tal vez, al final, podría disfrutar de esta experiencia sin demasiada presión. A medida que ambos se preparaban para el desayuno, el aire entre ellos parecía más ligero, y Héctor se dio cuenta de que quizás esto no era tan aterrador como había pensado.

No le dejó terminar. Se burlaba de Héctor con una sonrisa juguetona y burlona. Si no fuera por la interrupción, posiblemente le hubiera desvelado que era la primera vez que se acostaba con una mujer. Hubiera sido poco creíble para ella sin conocer el dato de su orientación sexual.

Niqui aparto las sabanas que se interponían entre sus dos cuerpos, para luego volver a tumbarse encima de él. Le beso en el cuello, y se acerco a su oído para susurrarle una pregunta picantona

—Y dime Héctor, ¿te sientes feliz?

“¿Feliz?” A pesar de ser una resta bastante sencilla, no pudo evitar asustarse. Comenzó a temblar, en parte propiciado por los besos de la chica y comenzó a notar que algo se movía por la parte baja de su barriga. Estaba muy nervioso y comenzaba a temblar.

—Para, por favor.

Sin evitarlo, aparto a Mónica de encima de él empujándola suave, pero firmemente hacia su izquierda y con un ágil brinco, se puso de pie al lado de la cama. Con una mano, se tapaba su entrepierna.

—¿Qué ocurre cariño? — Pregunto ella mientras lo miraba desde la cama.

—No me toques. No quiero que me toques.

—¿Pero que te ocurre? ¿A qué viene ese cambio?

—¿Qué a que viene? Yo no puedo hacer nada contigo – dijo sin pensar mientras miraba de izquierda a derecha, buscando su ropa, con los ojos bien abiertos, procurando no mirarla.

—No te entiendo. ¿Que no puedes hacer nada conmigo? ¿Qué bicho te ha picado? — dijo Mónica mientras comenzaba a recoger su ropa

—Esto ha sido un grave error. ¡No me toques! ¡Aléjate!

El silencio se apoderó de la habitación. Con un inesperado y repentino gesto recogió sus cosas y se encerró en el baño como el niño al que acaban de castigar sin tele. A Héctor parecía haberle dado un ataque de ansiedad. Mónica estaba desconcertada. No entendía nada.

Héctor se encontraba solo, mirando por la ventana de su habitación y sentado encima de una de las mesitas de noche. Observaba la ciudad con mirada perdida. No había conseguido pegar ojo en toda la noche y tenía un aspecto cansado, con ojeras visibles, ofreciendo una imagen muy lejana a la habitual.

Sobre las nueve de la mañana, se vio sobresaltado por el timbre del móvil, que le hizo salir de su mundo.

—¿Hola? – dijo con voz apagada

—Hola, soy yo, tu triste hermana – se oyó al otro lado de la línea

—Veo que hoy somos la alegría de la huerta. ¿Qué te pasa?

—Pues que soy tonta. Muy, muy tonta. Nunca he tenido suerte con los hombres. Soy tan tonta, que conozco a un chico, que aun sabiendo que no me conviene, sabiendo que te falta el respeto, sabiendo que no le gustan los niños, voy y descubro que es un mujeriego. Y encima, me deprimó por qué no lo puedo olvidar. Soy tonta, tonta, tonta.

—¿El peor? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Pues que de dos pretendientes que tenía, estaba saliendo con un caradura que suele salir con varias chicas a la vez. Es un cerdo. Ahora entiendo porque siempre estaba tan pendiente de su móvil. Y me tuve que enterar por Natalia.

—¿Natalia? ¿Quién es Natalia? Y, ¿de quién estamos hablando, de Enrique?

—Sí, el cerdo de Enrique – repitió su nombre esta vez con menosprecio.

—¿Y qué le pasa al otro?

—Que se burló de mi nariz.

—Hace meses que estuvimos hablando de los defectos hermanita. Y te vuelvo a repetir lo que te dije en su día. ¿Estás segura de no haber malinterpretado? ¿Hay que darle tanta importancia a un comentario puntual?

—Me dolió Héctor, me dolió. La imagen que tenía de este hombre era de un perfecto caballero.

—Mira, como su apellido – dijo sarcásticamente Héctor mientras se tumbaba en la cama de la habitación.

—Sí, como su apellido. – hizo una pausa larga, mientras suspiraba profundamente — ¿Qué tal te va? Aquí en Barcelona tienes a una hermana que te necesita.

—Pues mi hermana tendrá que esperar unos días más. ¿Cómo me va? Pues para que te hagas una idea. Hoy debería de ser yo el protagonista de nuestra conversación.

—Tú siempre quieres ser el protagonista.

—Hagamos la prueba. Tú me comentas que tu novio número dos, el que formaba parte de tu plan B te ofendió por que dijo algo sobre tu nariz. En mi caso, yo, homosexual y orgulloso de serlo, no dejo de pensar en una chica. ¿Es correcto decir que he salido del armario o en mi caso, que he entrado?

—¿Aun sigues con eso? ¿Tan seguro estás de que sientes algo por ella? Si total, seguro que ya se ha dado cuenta de que pierdes aceite.

—Buff, me acabo de dar cuenta de que tengo que explicarte demasiados detalles nena. ¿Sabías que hemos compartido habitación de hotel? ¿Y que solo quedaba una con cama de matrimonio?

—¿Y eso?

—Pues porque nuestro hotel estaba ardiendo cuando llegamos, porque nos tuvimos que buscar la vida, porque solo encontramos este sitio, porque según ella ya somos mayorcitos, porque había feeling, porque salimos a cenar, porque bebimos algo en un bar, porque se nos subió a la cabeza, porque la defendí, porque esta mañana estábamos desnudos...

—¿Desnudos? ¿Cómo que desnudos? ¿Es que lo habéis hecho?

—Sí, lo hemos hecho. —dijo tras pensárselo unos segundos.

—Madre mía, madre mía. Pero el protagonista hoy tendrías que ser tú, ¿por qué no me has cortado?

—Lo peor fue que cuando me desperté no recordaba todos los detalles de la noche anterior. Me asusté y la aparté de mi lado bruscamente.

—¿Cómo fue esa brusquedad?

—Le dije gritando que no me tocara. Y me fui.

—Vamos a ver hermanito. ¿Eres tonto?

—No, pero es que soy gay y hacerlo con una chica pues...

—¡Idiota! ¡Eso es lo que eres! No eres gay, eres idiota. ¿Tanta importancia tiene para ti? Porque sobretodo eres persona. Y las personas se enamoran. Y son felices. Y se quieren. Y no se ofenden metiéndose con la nariz de ella.

—No le pasa nada a tu nariz. No creo que intentara burlarse de ti. Siempre haces lo mismo. Al primer defecto, cortas. No dejas que se expliquen, que se disculpen, que aprendan. Todo es bonito y de golpe, sale algo y vuelves a estar sola. Deberías de salir con uno, pero solo con uno y ver hasta donde puedes llegar.

—¿Solo uno? ¿Y con quien me quedo de los dos?

—No lo sé. Ojalá tuviera la respuesta. Pero no sé qué decirte. No tengo la mente fluida. Solo sé que deberías de luchar por uno, sólo por uno y ya está. A ver, ¿a quién quieres más?

Esther colgó el teléfono y se tumbó boca arriba en el sofá. La frase de su hermano, “¿A quién quieres más?”, empezó a dar vueltas en su mente. Intentaba hacer un listado mental de las virtudes y defectos de sus dos pretendientes, analizando todos los detalles que recordaba. Desde aspectos superficiales hasta los más profundos, pasaba por un hipotético futuro que intentaba construir a partir de lo que conocía de ambos. Cada vez que pensaba que Carlos Caballero merecía ganar en esa “competición”, se desmotivaba, convencida de que se había equivocado y que quizás ya era tarde.

Cerró los ojos con fuerza y se los tapó con las manos, intentando esconderse del mundo, deseando que todo fuera más fácil y que se solucionara solo.

Las virtudes y defectos de sus amantes pronto dejaron de ser exclusivas en su memoria; el recuerdo de la conversación sobre su hermano y Mónica se coló entre sus pensamientos. “¿A quién quieres más?”

Se levantó lentamente, recogiendo cosas del salón y colocándolas de nuevo en su sitio, o reorganizándolas sin sentido mientras repetía para sí misma: “¿A quién quieres más?”

Al llegar al mueble del televisor, se detuvo frente a una foto enmarcada en la que ella y su hermano posaban juntos. Era de la boda de su primo Ismael, y desde hacía cinco años, esa imagen ocupaba un lugar destacado sobre el televisor. Esther la guardaba con cariño, convencida de que era la instantánea en la que mejor se veían juntos.

“¿A quién quieres más?”. Mientras contemplaba la foto, su mente comenzó a aclararse en torno a una respuesta que, aunque no fuera la más objetiva, era la que empezaba a aceptar. “¿A quién quieres más?”. Finalmente, una respuesta que le agradaba: “Pues a mi hermano”.

Como si de un resorte se tratara, se dirigió rápidamente a su habitación. Acercó una silla al armario y se subió para alcanzar la parte superior, donde guardaba sus maletas. Una vez localizó la más pequeña de las tres, la colocó sobre la cama y la abrió, vaciando su contenido, que consistía en ropa de distintas temporadas.

Después, se acercó a la cómoda y, tomando lo primero que encontró, cerró la maleta apresuradamente. Volvió a coger el teléfono y, mientras se calzaba, llamó a un número de información. Tras la espera, le pasaron con el aeropuerto, donde hizo una reserva para un vuelo a Madrid que partiría en menos de dos horas.

Colgó y descolgó de nuevo para pedir un taxi. Salió de casa con la maleta y su bolso, asegurándose de tener la documentación en regla. Sin mirar atrás (se dejó varias luces encendidas), cerró la puerta con llave y casi se lanzó sobre un taxi.

Rumbo al aeropuerto, no podía dejar de mirar por la ventanilla del coche, como alguien que se despide de su tierra para siempre, observándolo todo sin mirar nada. Para ella, su destino era

conseguir algo para su hermano. Algo bueno. Hacer un sacrificio por la persona que más le importaba en la vida. ¿A quién quería más? Pues a su hermano.

Era casi mediodía cuando Héctor dejó su maleta en el suelo. Metió la mano en los pantalones, buscando las llaves. Una vez las encontró, y tras diferenciar entre todas ellas una en concreto, abrió la puerta despacio y entró en la portería del piso. Del piso de Esther.

Héctor había vuelto de Madrid montado en un tren de alta velocidad que le había devuelto a su ciudad en menos de tres horas. Solo deseaba subir y darle un abrazo a su hermana. Evidentemente, eso no solucionaría todos sus problemas, pero era algo que necesitaba en esos momentos y que deseaba con locura.

Al subir al rellano, se frenó ante la puerta, pensando que, al fin y al cabo, se presentaba sin avisar, y que sería más lógico picar al timbre para no asustarla. También cabía la posibilidad de que no estuviera sola. Pero tras picar un par de veces, decidió abrir la puerta y entrar en casa.

Al mirar al interior, observó que había diversas luces encendidas y llamó a su hermana mientras la buscaba. No estaba. Pensó que no debería tardar mucho, ya que no consideraba lógico dejar las luces encendidas si no era para volver en breves minutos. Nada más quitarse la chaqueta y antes de que pudiera dejarla en el perchero, picaron al timbre de la puerta. Al abrir para ver quién era, se encontró con Diana, la mejor amiga de Esther.

—Hola, Diana. ¿Qué tal?

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó muy sorprendida, con los ojos muy abiertos.

—He vuelto de Madrid hoy. De hecho, acabo de llegar ahora mismo. Pasa y ponte cómoda.

—¿Has vuelto? ¡Ay, qué mal! —decía mientras se sentaba en el sofá para no desmayarse.

—¿Ay, qué mal? ¿Es que hago mal volviendo a casa? ¿Es delito?

—Héctor, cariño, ven, siéntate a mi lado. Tienes que saber algo.

No se había sentado Héctor todavía, cuando volvió a sonar el timbre de la puerta. Diana pegó un brinco del sofá y adelantó a Héctor en una hipotética carrera hacia la puerta para ver quién era. Al abrirla, vieron a un chico con traje y corbata, un ramo de flores y una caja de bombones. Tras quedarse parado al ver que las personas que le abrían no eran quienes quería, consiguió decir:

—Hola, buenas. Me llamo Carlos Caballero. ¿Está Esther?

Héctor y Diana se miraron atónitos, sin dar crédito a lo que veían. Héctor intentó dirigirse a él, pero antes de que pudiera siquiera respirar, fue apartado por Diana, que decidió tomar el mando de la situación.

—A ver, chicos. Un poco de orden. Héctor, siéntate allí, en aquella silla. Carlos, dame las flores, los bombones, deja la chaqueta en el perchero de mi derecha y siéntate al lado de Héctor.

Ambos obedecieron mientras se miraban de reojo. Héctor por fin tenía una imagen del famoso Carlos Caballero, y este hacía lo propio, conociendo por fin al perfecto hermano de Esther. Una vez se sentaron, miraron con incredulidad a Diana, que trataba de arrancar su explicación.

—Nos olvidaremos de las presentaciones, porque creo que ya os conocéis a través de Esther. Y si

no, Carlos, este es Héctor; Héctor, este es Carlos.

—Encantado —respondieron casi al unísono mientras se daban la mano.

—Pues bien. Como veo que Esther es idiota y no es capaz de hacer la o con un canuto, voy a dejar bien clara la situación actual. Vamos a ver, Carlos, ¿con qué intenciones has venido hoy?

—¿Cómo que con qué intenciones? Pues yo... —Carlos Caballero miraba hacia la puerta, lamentándose de que quizás podría haber venido otro día.

—Vayamos al grano y no nos andemos por las ramas, que ya sois mayorcitos. ¿Has venido porque te gusta Esther, te gusta mucho y quieres salir con ella, verdad? —interrumpió Diana con gestos de teniente general.

—Sí, sí, supongo que sí, pero es que yo pensaba hablar con Esther. Porque claro, estamos aquí...

—aseguraba, mientras miraba a Héctor, esperando su aprobación.

—Vale, perfecto —interrumpió Diana bruscamente, sin dejarlo terminar—. Pues Héctor, te presento a Carlos Caballero, el hombre perfecto que está enamorado de tu hermana y por el que tu hermana está flipada. Y para ahorrar tiempo, ya te digo que sí, que es buen partido. ¿Vale? Ah, y le vas a dar el visto bueno o te escamochas.

Héctor asintió con la cabeza, sin salir de su asombro. No esperaba un recibimiento así a su llegada a Barcelona, ni esperaba conocer a Carlos Caballero, ni que Diana lo tuviera pegado a la silla sin miedo a levantarse. A su lado, Carlos Caballero se limitaba a observar la situación.

—A lo mejor no viene al caso, pero ¿dónde está mi hermana, si puede saberse?

—Esa es otra. Si es que me tenéis hasta el gorro – espetó Diana mientras hacía una pausa bebiendo agua – La muy tonta, estaba deshojando margaritas con el típico “me quiere, no me quiere” y pensando en este señor que está aquí sentado, con flores y bombones. Cago en la puta, si ya tendrían que estar por el segundo polvo...

—Pero... ¿Dónde está? – Insistió esta vez Carlos Caballero

—Pues me ha llamado esta mañana para decirme que la persona que más quiere en este mundo, es su hermano. ¡Fíjate, como si no lo supiéramos! Está mal de la chota. Y me ha dicho que no puede permitir saber que su hermano ha encontrado al fin a su media naranja y dejarla escapar. Que tenía que hacer algo para juntarlo con Mónica y que ella sabía cómo.

—¿Quién es Mónica? – preguntó Carlos

—La novia de éste – dijo Diana señalando a Héctor

—¿Tú también estas enterada de que Mónica y yo...? – preguntaba con asombro Héctor

—Sí, hijo sí. Despierta cariño. Somos amigas. Nos contamos hasta el tamaño de los callos de los pies – Si algo había que reprocharle a Diana en estos momentos, es que se había dejado toda su finura en casa esa mañana.

—Sigo sin saber donde está Esther. – interrumpió de nuevo Carlos

—¡Otro que no se entera! ¡Qué Esther está en Madrid alelaos! ¡Que ha ido a buscar a Mónica para explicarle algo tan simple como que Héctor ya no es gay o un rollo parecido! ¡Que se quieren, joder!

Mientras Carlos Caballero y Héctor veían como Diana se quedaba sin aliento tras sus gritos y como se sentaba exhausta, ambos comenzaron a reaccionar levemente. Héctor cogió el móvil e intentó llamar a su hermana para hablar con ella, pero le salía apagado o fuera de cobertura. Era

algo normal si aún estaba dentro del avión.

Por fin, Carlos Caballero tomó la iniciativa, dirigiéndose a Héctor:

—Héctor, oye, ¿tú sabes si Esther podrá dar con Mónica? Es decir, ¿sabe dónde encontrarla?

—Pues imagino que sí – dijo tras pensarse su respuesta – Ella sabe que trabajamos juntos en el hotel, sabe en cual nos hospedamos y comenzará su búsqueda por ahí supongo.

—Bien, pues entonces, solo tenemos que ir a Madrid. Si encontramos a Mónica, encontraremos a Esther y antes podremos solucionar este lío.

—Tengo que llamar a Mónica – dijo Héctor haciendo caso omiso a las palabras de Carlos Caballero.

—¡Deja el puto móvil alelao! – irrumpió de nuevo Diana como si de una fiera se tratara — ¿Qué le vas a decir? ¿Qué si está tu hermana allí? ¡Déjate de móviles! ¡Vete a Madrid, y solúcionalo cara a cara, que es como se solucionan estas cosas! ¡Sé un hombre, que ya toca que aprendas a serlo! Y por lo que más quieras, si no se te ocurre nada bonito que decirle, no te des media vuelta. La coges y le pegas un buen morreo. ¡Largando los dos para abajo que hay que parar un taxi!

Una vez Diana había tomado de nuevo el control de la situación, ya dejaron de haber dudas. Ambos debían viajar cuanto antes a Madrid.

Esther llegó a la recepción del hotel madrileño nerviosa, cansada, con síntomas visibles de fatiga en sus ojos, donde destacaban unas ojeras marcadas. Cualquiera habría afirmado que esta chica había estado llorando hasta no hace mucho. Y acertaría. El viaje se le había alargado más de la cuenta, fruto de una ansiedad que había hecho que los segundos parecieran minutos y los minutos, horas.

No tardó en dar con el hotel, que aún estaba en construcción. Con los nervios y la ansiedad, se le había olvidado por completo encender el móvil, por lo que no pudo recibir ningún aviso de llamada. Una vez allí, buscó al encargado de obra y, sin importarle demasiado si estaba ocupado o no, comenzó la búsqueda preguntándole.

—Perdone, busco a la señorita Mónica.

—Hola, buenos días. ¿Mónica, qué más?

—Caray. Pues... la persona que busco tiene un cargo importante. O lo tendrá. Directora, creo. Venía con mi hermano.

—Puede que sepa quién es. ¿Cómo se llama su hermano?

—Héctor, se llama Héctor.

—¡Ah, el catalán! —dijo sin querer, pensando en voz alta—. Bien, en ese caso, debo informarle que su hermano ya se ha ido.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé. Pero me parece que comentó algo de que se iba a Barcelona. Le oí decir algo de un billete del AVE.

—¿Ha vuelto? ¿Sin avisarme? —Esther tenía la mirada perdida, intentando razonar la decisión de su hermano—. Y Mónica, entonces, ¿sabe dónde puedo encontrarla?

—Creo que está en el hotel. Espere, le preguntaré a mi jefe si sabe dónde se hospeda.

Mientras esperaba a que le dijeran en qué hotel se hospedaba, Esther reflexionaba sobre el hecho de que su hermano ya no estuviera en Madrid. ¿Trastocaría eso sus planes? La verdad es que no podía trastocarlos mucho. El impulso que le había hecho recorrer más de 700 kilómetros no le había dejado pensar en ningún plan. Tenía la idea firme de ayudar a su hermano, pero no sabía muy bien cómo. Lo mejor era improvisar.

—Pues la tiene bien cerquita. Está en aquel hotel de enfrente, donde está parada ahora esa ambulancia. Pregunte en recepción.

—Gracias, muchas gracias.

Al llegar a recepción del mencionado hotel, preguntó por su número de habitación. Tras explicar levemente que solo se trataba de una visita, el recepcionista se puso en contacto con ella por teléfono y dio el visto bueno para que subiera.

—¿Mónica?

—Sí, soy yo —dijo mientras la invitaba a pasar dentro.

—Soy la hermana de Héctor, Esther.

—Hola Esther, Héctor ya me había hablado de ti. Pero creo que tu hermano se ha vuelto a casa.

—Sí, eso me han dicho hace un ratillo. El caso es que creo que me gustaría hablarte un poco de él. Contarte algo que quizás no sepas todavía.

Mónica invitó a Esther a que la acompañara a la cafetería para poder invitarla a tomar un café. Una vez abajo, llegó el turno de las aclaraciones.

—Héctor me ha hablado mucho de ti estos días. Te tiene en un pedestal.

—Supongo que es cosa de hermanos. Yo hago lo mismo y lo quiero con locura. De hecho, por eso estoy aquí.

—Bien, pues tú dirás.

—Antes de empezar, ¿te importa que te pregunte si es verdad que tú y Héctor pasasteis la noche juntos?

—Es algo privado —contestó Mónica mientras se sonrojaba levemente—. ¿Te lo ha contado?

—Sí. La verdad es que nos lo contamos todo. O casi todo, vaya —afirmó, agachando la mirada para no mirarla directamente a los ojos.

—Entonces también te habrá contado que huyó sin mediar palabra, ¿no es cierto? Se puso histérico. Me repitió varias veces que no quería que le tocara —dijo con tono de réplica.

—Es largo de explicar, pero creo que puedo resumirlo diciéndote que solo se trata de miedo por parte de mi hermano.

—¿Miedo? ¿Es que acaso es virgen?

—Depende. Verás. Mi hermano ha tenido un par de relaciones serias. Una de ellas, la más importante, duró unos tres años. Aparte, ha salido con más gente, pero nunca le salió bien. No es que yo sea tampoco un ejemplo a seguir, pero ha sufrido mucho en estos años.

—Sigo sin saber dónde quieres ir a parar, pero sigue —interrumpió Mónica mientras silenciaba el móvil para prestarle más atención a Esther.

—¡Te lo diré directamente! De todas las relaciones sentimentales o sexuales que ha tenido mi hermano, tú eres la primera... —hizo una pausa, dudando nuevamente la forma de decirlo, hasta que decidió, simplemente, continuar—. la primera mujer.

—¿Y el resto qué eran? ¿Niñas? ¿Soy la primera mujer mayor que sale con él?

—Hija, creía que mi hermano se las buscaba más despiertas —insinuó, esbozando una sonrisa.

—Chica, como no seas más clara...

—¡Que mi hermano es gay!

—Te refieres a...

—Sí, gay. Homosexual.

—Pero si él y yo...

—Precisamente ahí está su miedo. ¿Entiendes por qué se asustó y salió huyendo? Está muy confuso. Mi hermano sufrió mucho de pequeño con burlas e insultos de sus compañeros de clase. Tampoco fue aceptado en varios de sus trabajos. Hasta que cierto día decidió aceptarse tal y como es. Desde entonces, está orgulloso de ser gay. Vamos, como si fuera una raza superior, jaja.

—Vale, pero entonces, al estar conmigo, significa que es bisexual.

—Supongo que sí. Es como esos casos en los que hombres casados deciden un día salir del armario y probar cosas nuevas. Se considera que salen del armario por tener relaciones con personas de su mismo sexo, pero yo considero que les van las dos cosas. Mi hermano es el mismo caso, solo que al revés de lo habitual. Es decir, acaba de darse cuenta de que también le gustan las chicas. ¿Te imaginas despertarte un día y dudar de tu orientación sexual? ¿Es o no es para echarse a temblar?

—Sí, desde luego. Con razón lo veía tan asustado. No doy crédito.

—Y por eso estoy aquí. Mi hermano me dijo por teléfono que había sido un error estar contigo. Pero yo sé que no. No es un error. Conozco a mi hermano mejor que a mí misma y estoy convencida de que se ha enamorado de la persona, no de su cuerpo o su belleza exterior. Él siempre mira más adentro.

—Sin importarle su cuerpo ni su sexo.

—Cuando me enteré de que iba a echar por la borda esta posible relación, no me lo pensé dos veces y vine directamente a verte. Ni me cambié siquiera —dijo sonriente, mirándose la ropa.

—Abreviando. Entonces, Héctor, ¿me quiere?

—Sí. No sé si decir que está enamorado es del todo correcto, porque os conocéis desde hace nada, pero lo conozco. Conozco a mi hermano. Es muy enamoradizo. Y si no es amor, sí que debe ser algo importante para que piense en ti y no en chicos. Solo que es tonto y necesita que su hermana le eche un cable para ponérselo en bandeja.

Mónica se levantó a por más azúcar para el café. Miraba sin mirar hacia ninguna parte, intentando procesar toda esta nueva información. Logrando que encajaran las piezas de su puzzle particular o haciéndolas encajar a la fuerza. Perdida y algo atónita todavía, miró a Esther y comenzó a sonreír, demostrando que ahora sí, todo tenía sentido. Y con voz firme, por fin tomó una determinación:

—Creo que le llamaré ahora mismo.

Esther se levantó de la silla con la intención de irse y darle un poco más de intimidad a la conversación, pero Mónica le pidió que no lo hiciera.

—No hace falta que te vayas. Total, si luego te lo va a contar tu hermano, ¿qué más da que lo escuches todo?

—¿Estás segura de que no quieres que me vaya? —se aseguró mientras Mónica cogía ya el teléfono y marcaba su número.

—Segura.

No tardó en sonar el primero de los dos tonos de llamada que se produjeron antes de que Héctor contestara.

—¿Diga?

—Héctor. Soy Mónica. Necesito hablar contigo.

—Hola Mónica. Yo también quiero hablar contigo, pero... una cosa. Es posible que mi hermana te esté buscando. ¿La has visto?

—Estoy aquí, estoy escuchando la conversación con el manos libres. Estoy divinamente —dijo alegremente mientras suspiraba satisfecha con su obra—. He hablado con Mónica y seguro que pronto solucionareis este malentendido.

—Estoy aquí, estoy escuchando la conversación con el manos—libres. Estoy divinamente —dijo alegremente mientras suspiraba satisfecha con su obra — He hablado con Mónica y seguro que pronto solucionareis este malentendido.

—Con que marchándote a mis espaldas. Ya te vale. Pues yo también tengo una sorpresa para ti hermanita.

—¿Cuál?

—La loca de Diana ya me ha puesto al corriente de todo. Me ha metido bronca, me ha contado cosas sobre ti y... viaje acompañado.

—¿Qué viajas acompañado? ¿Te has traído a Diana?

—No viajo con Diana. Viajo con un amigo. Viajo con Carlos, Carlos Caballero, ¿te suena?

Héctor y Carlos Caballero abandonaron Barcelona en el primer tren que salía hacia Madrid. Durante el viaje, comenzaron a charlar para intentar conocerse. Hablaban de todo un poco, pero sobre todo de Esther.

—Héctor, para mí es importante que des el visto bueno a toda esta locura. Sé que parece una tontería, pero soy un hombre que está a punto de recorrer unos setecientos kilómetros por estar al lado de una chica que conozco de unas cuantas citas.

—Sé que no son solo unas citas. Sé que fuiste a ese banco expresamente por ella, ¿verdad?

—Sí, bueno, es perfectamente confesable.

—Sobre todo si no está Diana, ¿no?

—Jeje, sí, esa chica da mucho respeto.

—A ver, yo en este caso soy bastante simple. Quiero que mi hermana sea feliz. Me da igual con quién esté. Si ella lo aprueba, yo lo apruebo. Y lo mismo pasará con mis padres. Aunque, como hermano, me veo en la obligación de amenazarte y decirte que si le haces daño, te las verás conmigo.

Héctor mostró su puño cerrado a Carlos. Este último ni se inmutó. Ambos intuían que eso no pasaría. Al menos, no a posta.

—¿Te has dado cuenta, Carlos, de que hablas de mi hermana como si ya fuera tu media naranja?

—No me había dado cuenta. Debo de ser patético.

—No, patético no, curioso.

Se hizo una pausa entre ambos debido a la azafata, que les repartía a los viajeros los auriculares para escuchar el hilo musical y la película. En este trayecto, reproducirían una de las comedias románticas de Hugh Grant.

—Hace un año, cuando Esther decidió pintar su habitación, fui a ayudarla a embalar y apartar los muebles. Mientras estaba con ella, le dije que su vida sentimental era como las películas de este tipo —dijo mientras señalaba el monitor—. Son siempre comedias románticas, simpáticas, divertidas, en las que juegan con las pifias sentimentales.

—Vaya, ¿ahora resulta que soy Hugh Grant?

—Siempre que no te ofendas por ello, claro. Jaja.

—Por supuesto que no me ofendo. Y dime, ¿qué me cuentas de ti? —dijo Carlos cambiando de tema—. Por lo que tengo entendido, tú vas a Madrid en busca de una chica también. Pero tu hermana me dijo que eras gay. ¿Cómo es eso?

—Buena pregunta. Si averiguas la respuesta, no dudes en comentármelo. Soy gay. O bisexual. No sé cómo describirlo. Supongo que soy como esos tíos que salen del armario en algún

momento de su vida para ser felices con alguien de su mismo sexo. Solo que yo hago justo lo contrario, me meto en él.

—¿Puedo ponerte a prueba?

—¿En qué estás pensando?

—Mira a la azafata —dijo Carlos mientras señalaba con la cabeza a una chica joven, morena, de pelo corto y muy alta—. ¿Qué me dirías de ella?

—Ya sé por dónde vas. Y no sé qué decirte. Es bastante curioso. Cuando estaba en Madrid, como tenía muchas dudas, miraba a todas las chicas con las que me cruzaba. Con disimulo, claro. Pero no había cambiado nada en mí. Las veía igual. Y a los chicos también. Sin embargo, cuando la veía a ella...

En el hotel, Mónica esperaba a que Esther terminara de ducharse y asearse. La había invitado a la misma habitación que había compartido con Héctor. Ambas también tuvieron ocasión de charlar. Dado que Niqui no sabía quién era Carlos Caballero, se limitaron a hablar de Héctor, el protagonista absoluto.

—Sobre todo te tiene que quedar claro que mi hermano lo ha pasado mal y su problema es que está confuso. Hace años que aceptó su homosexualidad, rodeado de gente que lo veía como algo malo. Y ahora, de golpe, descubre que todo es distinto.

—La verdad es que desde que lo conocí no pude evitar fijarme en él. Tu hermano es muy guapo. Muy, muy guapo. Pero siempre había algo que no encajaba. Creía que era por otro motivo, pero supongo que me olía algo, así que declinaba la idea enseguida.

—¿Otro motivo?

—Sí, no sé. Al principio pensaba que no estaba bien interesarse por un hombre que te hace una entrevista de trabajo. Días después, cuando me notificaron que me cogían para el puesto, di por hecho que si no pasaba nada, sería precisamente por ser compañeros de trabajo.

—¿Pero en tu caso fue amor a primera vista o qué?

—No sé qué es el amor a primera vista. Yo soy de las que piensan que no se puede denominar amor hasta que han pasado seis meses.

—¿Día arriba o día abajo, no?

—Bueno, en ese tiempo te da tiempo a conocer todo lo bueno de la otra persona, pero también las cosas malas. Si no le das importancia a las segundas, entonces es amor. Si para entonces la pareja se deshace, a esa relación se le debe llamar de otra manera.

—¿Y qué pasó aquí en Madrid? ¿Llevaste tú la iniciativa?

—Después de los últimos acontecimientos, no lo sé. Podría decirse que sí, pero claro, yo creía simplemente que se dejaba llevar. Y resulta que él se frenaba.

—Mi pobre hermanito estaba bastante confundido. Jaja.

—Me dijo Héctor que tú salías con alguien, ¿es así?

—Lo mío también es complicado. Supongo que es cosa de hermanos. Pero a ver si esta vez acierto. Ese alguien viene con Héctor en el tren.

—Ya tendrás ganas de reencontrarte con... ¿Enrique se llamaba?

—¿Enrique? Enrique es historia ahora mismo. A quien espero es a otro. Se llama Carlos. A Enrique le pueden ir dando un ratito.

—No lo entiendo, ¿salías con dos?

—Sí y no. Comenzaba a salir con Enrique, pero a cada paso que daba, metía más la pata. Y por otro lado, Carlos lo intentaba. Estaba cegada con uno y no veía las opciones claras.

—Habría que ver la cara que ponen tus padres cuando se lo contéis, ¿no?

—¡Mírala! Pues te invito a que estés ese día. Tú misma te has auto invitado, así que luego no te quejes.

Pasado el tiempo, un cuadro recuerda aquel año. En casa de los Montero, en el salón de los padres de Héctor y Esther, está colgada de una de sus paredes una foto familiar. La foto del día en que conocieron a Mónica y Carlos. Una foto con seis integrantes que sustituía a la anterior, en la que solo salían cuatro.

Y como se suele decir en estos casos, ambas parejas fueron felices y comieron... montaditos de ternera al horno con salsa de champiñones.

FIN